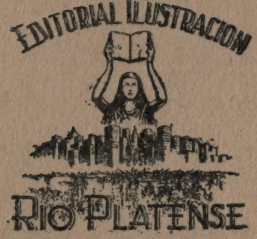
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01743951 4

aleluyas del brigadier

MATEO BOOZ

ALELUYAS DEL BRIGADIER

MICROFORMED BY
PRESERVATION
SERVICES
DATE MAR 31 1992



LARREA 1343 BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA

LIBRARY
SEP 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

Es propiedad, conforme a la ley. Quedan prohibidas las reproducciones sin permiso del autor.

F
2846
L843

índice

Pág.

DEDICATORIA 9

MATEO BOOZ (Biografía) 11

PALABRAS DEL AUTOR 13

ALELUYAS DEL BRIGADIER:

I.—Comienza la vida 19

II.—Ruído de armas 33

III.—Los senderos del Cabildo 47

IV.—La jornada de un caballero 63

V.—Las ases de la baraja 77

VI.—Retablo de peleadores 97

VII.—Calendario sombrío 113

VIII.—Linterna mágica 127

IX.—Cartas de Agucho Freyre 141

X.—Albures postreros 157

EL AMOR Y LA POLITICA 173

SOLDADOS Y ALMACENEROS 195

Pancho:

mucho te quise; mucho te admiré.
A tu memoria dedico este libro.

M.

MATEO BOOZ nació en Rosario el 7 de agosto de 1881. Actuó, en su juventud, en el periodismo de esa ciudad y luego en el de Santa Fe, donde llegó un día ocasionalmente y donde echó raíces definitivas.

Inició su labor literaria en 1919, alternando estas tareas con el desempeño de cargos públicos, importantes o modestos, según los vaivenes de la política. De su abundante producción, han sido sin duda los cuentos los que más han contribuído a dar relieve y difusión a su nombre. Escribió quizás dos centenares que aparecieron en las principales publicaciones argentinas y, algunos de ellos, en un volumen titulado: "Santa Fe, mi país". Pero casi todos los géneros liberarios fueron cultivados por Mateo Booz.

Salvo contadas excepciones todas sus novelas, sus cuentos, sus versos y su teatro, se desarrollan en la atmósfera de Santa Fe, su país, como él lo llamara, incorporando esa región, de escasos antecedentes en nuestras letras, a la geografía literaria de la Argentina, al reproducir con rara fidelidad sus costumbres, sus tipos y sus paisajes.

Mateo Booz falleció en Santa Fe el 16 de mayo de 1943. Un sendero del Parque del Sur de esa ciudad lleva hoy su nombre y un busto de bronce ubicado en las cercanías del convento de San Francisco, mantiene vivo su recuerdo en el espíritu de los santafesinos.

Su verdadero nombre era Miguel Angel Correa.

palabras del autor

(en la primera edición)

CON este libro ensayo un esbozo del brigadier general Estanislao López y un cuadro de la atmósfera moral que lo rodeaba. He escogido una figura sobresaliente del período formativo del país y la más procerosa de Santa Fe. Por el vigor de su personalidad y la época henchida de color y de pasión en que transcurrió su existencia, cautiva necesariamente al escritor aficionado a investigar o evocar tiempos pretéritos.

No es éste un trabajo de historia, en el sentido estricto que conceden a la palabra los profesionales de la materia; sólo procura una visión, aunque fragmentaria, de un trozo de la historia de Santa Fe y de su caudillo prominente. Abrigo la ilusión de que en estas páginas muchos encontrarán un panorama nuevo del pasado local y de que habré contribuído a divulgar antecedentes útiles para la in-

terpretación de determinados fenómenos actuales.

Los relatos no están compuestos al capricho; la inventiva sólo ha obrado en lo circunstancial y sujeta a intuiciones lógicas. Los sucesos fundamentales y cuanto atañe al movimiento vital del brigadier, provienen de los legajos del Archivo Histórico de la Provincia, examinados cuidadosamente hasta que se estimó oportuno arrojarme de ese lugar. ¡Que me fuera a hacer historias a otra parte! También me han servido los impresos de meritorios coleccionadores de datos y, en especial, las memorias de dos o tres contemporáneos del héroe y que al buscador atento le brindan un caudal de sugestiones.

Esta "vida" se aparta del método usual de los biógrafos, hoy de moda, de hombres representativos y singulares. No sigue los caminos de los narradores clásicos ni sus partes se eslabonan de tal manera que no puedan subsistir aisladamente. La estampa del hombre, la crónica de los hechos, el dibujo de los paisajes se van dando en viñetas sucesivas, cada cual con sus bordes y sus ámbitos propios. No pretende ser el que adopto un sistema mejor, sino un sistema distinto.

Al emprender la faena recordé los pliegos de aleluyas que vendían en la calle por unos cobres y era pan que nutría la imaginación de los chicos de mi tiempo. El fondo de mi

memoria me muestra aquellas imágenes primitivas y bien entintadas que describían, desde la cuna al sepulcro, las glorias y adversidades del protagonista. Y en cierto modo, he querido hacer, con la vida fecunda, azarosa y ejemplar del brigadier, unos papeles de aleluyas. Son treinta y seis láminas, labradas con amor y con esmero.

No pocos de los actores que desfilan han sido presentados por historiadores lugareños con la pompa y la rigidez de quienes anticipadamente exigen una estatua a la posteridad. Aquí lucen posturas y rasgos cotidianos, a menudo levemente festivos, a veces grotescos, que los dotan, si no me equivoco, de un perfil más atrayente, cordial y verdadero.

Veo igualmente distantes de la verdad a quienes sitúan a esos predecesores en la zona extrahumana de la ciega idolatría y a quienes los desdeñan, los burlan y hasta, irreverentemente, los aprecian de asnos. Adolecían desde luego —contrariamente no fueran hombres— de las flaquezas propias de su condición y, con el grado de cultura del lugar y los tiempos que vivían, legaron una obra de provecho y de inmanente patriotismo. Los horrores ortográficos, la retórica crasa y, a la luz del nuevo siglo, el candor de los conceptos, razonablemente no valen para fundar juicios absolutos, y quien por tales achaques los lapidara acusaría ausencia de sentido histórico.

Aquellos que transitaron esta misma tierra de Santa Fe y a esta tierra entregaron ya sus cuerpos, supieron cumplir su destino; que los cumplan sus sucesores con parecida eficacia y se asegurará la marcha ascendente de la provincia.

Frustrado o no mi propósito de narrador imaginativo, me apresuro a asegurar que los ya aludidos panegiristas no superan, a despecho de la solemnidad del trato, el afectuoso y respetuoso sentimiento que me inspiran no pocas de las figuras excelsas que muevo con mis cordeles.

Si con el esfuerzo que importa ALELUYAS DEL BRIGADIER *he realizado una cosa útil o he malgastado deplorablemente mis horas, lo dirán los críticos que me critiquen y los lectores que me lean. Tales los jueces legítimos del escritor, y a su fallo me someto. No promuevo incidentes de recusación.*

M. B.

Santa Fe de la Vera Cruz.

1936

aleluyas del brigadier

I comienza la vida

1

Nace pobre ¡días de seca!
el gran López y Fonseca.

ENTRAN a la catedral tres mujeres y un hombre. En brazos viaja, forrado con áspera bayeta, un niño, infiel todavía. Sobre la pila, José Roberto Aguirre, de la Orden de los Predicadores, incorpora al párvulo a la cristiandad, por obra del sacramento, y lo sostiene para los óleos, su padrino, don Estanislao Ojeda.

La ceremonia termina. La suma indigencia no permite al padrino abonar los derechos del arancel, y el sacerdote se conforma —¡qué hacerle!— y en un huelgo cumple su cometido. Ya vendrán los pudientes a fortalecer los proventos eclesiásticos.

La comitiva cruza el atrio. El sol de diciembre de 1786 se tuerce sobre la plaza y le saca a los naranjales larga sombra.

Pasa el niño frente al piquete de blandengues que maniobra al mando de su capitán, y desde el piso alto

del Cabildo echa una mirada distraída a los insignificantes transeúntes el teniente de gobernador don Melchor Echagüe y Andía.

De la próxima esquina llegan un retumbo y unos ayes: se aplican cien azotes al pulpero Juan de Azin, ejemplar castigo de una mención irrespetuosa para el Exmo. Sr. Virrey del Campo. Considérese, en disculpa del reo, que el Sr. Virrey ha prohibido la prisión por deudas de los dependientes del Erario Público, a menos que las deudas toquen a la Real Hacienda.

¿Cómo se asegurarán los comerciantes, si no hay cárcel ni zurras, el pago de cuanto consumen los recaudadores del Fisco?

Sigue andando la comitiva entre arenas y jarales, a la vista de los vecinos que, sentados a las puertas, en busca del alivio de la brisa, despiojan unos a la prole y otros hincan el cuchillo en la carne azucarada de una sandía. Y se mete la comitiva en un misérrimo rancho, a pocas varas del río. Reposan al niño sobre unas jergas, y las tres mujeres y el hombre forman ruedo.

Hablan. Y poco hay de qué hablar en la Santa Fe de la Vera Cruz de los días monótonos y lerdos de la colonia: la seca, el patillaje, la indiada...

Y el niño duerme al rumor de ese charloteo y del agua turbia que corre por la vena del Quillá.

¿Y qué pronóstico admite el porvenir de ese infante menesteroso y sin nombre? Será peón de carretas; será apagacirios en el convento de los padres franciscanos; será obscuro soldado para servir al Rey y poner el

pecho a las chuzas de los salvajes.

Se le llamará como su padrino: Estanislao.

Se le nombrará después Estanislao López.

Estanislao López y Fonseca.

2

Se apronta la expedición de Belgrano a la Asunción.

EN el convento de los dominicos se alberga el delegado de la Junta Gubernativa de Buenos Aires, don Manuel Belgrano. Viene con tropas para reducir al Paraguay a la nueva autoridad del Río de la Plata. Los recursos de la expedición son pobres, desproporcionados a la magnitud de sus miras. Y en el camino acopia hombres, bastimentos y materiales de guerra. Ya la villa del Rosario le sumó un contingente de milicianos.

Se improvisan los ejércitos y los jefes. El señor Belgrano ha debido dejar el papelerío y los códigos de su licenciatura para tomar el oficio de las armas. No conoce todavía el olor de la pólvora.

Los frailes agasajan al huésped. El padre prior, natural de las Canarias, le ha cedido su celda, con un ventanillo a la calle y una abertura a la crujía. La luz se acrecienta en un albo rimero de folios puesto sobre una mesa.

Acuden vecinos, cabildantes y militares a confe-

renciar con el señor delegado, y unas chinas de las vecindades, haciéndose presentes con un cordonazo de la campanilla, entregan al lego portero envoltorios y fuentones.

Dice una:

—Manda estas empanadas misia Vicenta para el señor delegado. Y que le haga parte a su reverencia el señor prior.

Dice otra:

—Por encargo de la niña Mechunga Troncoso. Y que perdonen el señor Belgrano y la comunidad si a este dulce de limón sutil no lo estiman en su punto.

Pero muy graves afanes impiden al señor delegado regalarse con la vida lisonjera que le prometen los santafesinos. No pasará aquí más de dos días. Tiene por delante un largo camino que andar e infinitos riesgos que vencer. Las demoras acumularán mayores peligros. En la Asunción acaso ya sepa el gobernador Bernardo Velasco que se mueve una fuerza para batirlo.

El señor Belgrano, las manos atrás y la cabeza tumbada sobre el pecho, pasea por el patio terrizo; unos frailes de relumbrosos cerquillos lo atisban por encima de los breviarios. Y el lego de la portería lo aparta de sus meditaciones para anunciarle la llegada de dos militares: el teniente de gobernador y el jefe de los blandengues.

Recibe el señor Belgrano a los visitantes en su celda. Al teniente de gobernador, coronel Ruíz, lo conoce de antiguo; español adicto a la causa de la Libertad, era

jefe del Regimiento de Negros de Buenos Aires. La Junta bien sabe, y ha podido ahora constatarlo el señor delegado, que los santafesinos no lo quieren a ese teniente de gobernador; pero la Junta del mismo modo sabe que el coronel Ruíz es hombre leal a sus ideas e idóneo para mandar.

El coronel Ruíz y el jefe de blandengues, capitán Francisco Antonio Aldao, toman asiento. El teniente de gobernador detalla por lo menudo las contribuciones de los santafesinos para el Ejército del Norte. Lee listas de caballos, vacas, carretas, armas, alhajas y peluconas. Sobresalen por su munificencia y patriotismo doña Gregoria Pérez de Denis y don Francisco Antonio Candioti.

Y elogia:

—Puedo asegurar que el vecindario de Santa Fe ha realizado, no obstante la penuria de los tiempos corrientes, un esfuerzo heroico en favor del ejército de su excelencia. Las cajas quedan exhaustas para el sustento de la población y desguarnecidas de tropas las fronteras.

El señor delegado asiente:

—En mucho aprecio las contribuciones y el loable espíritu de colaboración que se ha patentizado en las circunstancias. Estamos la Patria y yo muy reconocidos y lo estará también, cuando se entere, nuestro amado Rey Fernando VII. En prueba de cuanto digo, acabo de oficiar a la Junta de Buenos Aires, para que, premio de tal conducta, otorgue definitivamente a este Ayuntamiento el título de Noble.

El coronel Ruíz alza la diestra y declara con énfasis:

—Un florón más que agregar a las glorias de Santa Fe de la Vera Cruz.

Yendo hacia lo positivo, el señor delegado inquiere del señor jefe de blandengues:

—En suma, ¿qué fuerza se me incorpora en Santa Fe?

El capitán Aldao, con el charrasco entre las rodillas, responde:

—Dos compañías; un total de cien individuos, equipados y armados y de añadidura seis cañones de bronce.

—¡Superior! Pero los cañones tal vez los expida a Buenos Aires; la naturaleza del suelo no ha de permitir el arrastre de artillería pesada. Cien hombres avezados en el servicio es una dotación valiosísima para acabar con los facciosos que oprimen y encadenan a los hermanos paraguayos. Y más si traen, con una cabal comprensión de los altos fines que se buscan, un vivo entusiasmo patriótico.

—Hay que hablar claro —confiesa el capitán Aldao. —Al pronto se manifestó entre los blandengues una decidida resistencia a abandonar la provincia y dejar a la indiada las manos libres para sus fechorías. La idea de hacer leguas y leguas para pelear a un enemigo que no conocen y contra el cual no abrigan ningún odio, los dejaba por lo menos indiferentes. Y debo declarar lealmente al señor delegado que ha sido, más que yo, un sargento, el sargento López, quien con su palabra y popularidad cambió las opiniones e infundó a la tropa un ánimo que no tenía para la empresa del Ejército del

Norte. Consienta el señor delegado que recomiende a su consideración a ese sargento.

—Sargento López... ¿Está cerca?

—En el cuartel de la Aduana.

—Mándemelo por aquí, esta misma noche. Hay que estimular a los buenos soldados.

Antes de marcharse, el señor teniente de gobernador aclara:

—Yo me esmero en tranquilizar al vecinderio. Se van los blandengues, pero organizaré sin demora otro batallón para amparar la vida y los bienes de todos.

Los dos militares se despiden con las venias reglamentarias. En la calle los esperan sus cabalgaduras, amarradas a las verjas del convento.

3

Platican en el convento el general y el sargento

SE ha venido la noche, cálida, inmóvil, con oreos de diamelas; así son las noches de octubre en Santa Fe. El señor Belgrano adoba la proclama para la gran aventura bélica. La decorativa pluma de pato raspea el papel y vierte los adjetivos despiadados y las metáforas pomposas que se estilan en esos documentos.

El quinqué pone en el rostro ancho y pálido del señor delegado, un inquieto resplandor rojizo. Está en mangas de camisa; la espesa casaca militar pende de un

clavo. Y por el ventanillo entra, con los aceitosos bichos de luz, el confuso vocerío de la cercana pulpería del vasco Mendieta.

A punto de secar el folio con la arenilla, le previenen la llegada de un sargento de blandengues. La inferior jerarquía del visitante no lo obliga a mudar atavío ni postura.

El sargento Estanislao López está ya en la celda, el cuerpo rígido y el saludo de ordenanza. Cumple veinticuatro años. Es alto. La cabeza maciza se asienta sobre unos hombros sólidos. Tiene la frente espaciosa y la mirada aguda.

—El capitán de los blandengues —dice el señor delegado— me ha traído informes sobre la patriótica conducta de usted en estas circunstancias. Yo he deseado conocerlo y estrecharle la mano.

El sargento López avanza, tieso, y, al poner su diestra en la diestra del señor Belgrano, agradece:

—Su excelencia me confiere un excepcional honor.

—Sí; una distinción que no figura en los reglamentos militares, que ahora estudio. ¿Cuenta usted muchos años en las filas?

—Desde el 1800.

—¿Siempre en los Blandengues?

—Siempre; y siempre en servicios de fronteras.

—Vida dura —observa el señor Belgrano—. Pero allí se forman los mejores súbditos del Gobierno Superior de estas provincias y los verdaderos soldados de nuestro Rey, víctima del detestable usurpador Napoleón. ¿Pien-

sa usted, sargento, que con las dos compañías de blandengues daremos unos dignos hermanos de armas a los patricios, los arribeños y los húsares reales?

—Sí, excelencia; son corajudos, son curtidos, son fieles. Y amamos todos la libertad de Santa Fe.

—La libertad de las Provincias Unidas— rectifica el señor delegado.

—La libertad de las Provincias Unidas —repite el sargento.

—Y para defenderla castigaremos a los insurgentes del Paraguay. Quien foguee las banderas de Fernando VII será arcabuceado. Ya lo anticipo en mi proclama.

—Los blandengues santafesinos saben pelear y morir, excelencia.

El señor delegado aprueba con un gesto esa frase de romanticismo marcial, y pronostica:

—Aguardan al Ejército triunfos y glorias; confiemos en la fuerza de nuestros brazos y la ayuda de la Santísima Virgen. ¿Y usted tiene, sargento, algunas letras?

—Las pocas que he aprendido, excelencia, en la escuela de los padres franciscanos. Pero las suficientes para leer de corrido y para escribir sin muchas faltas los partes de mi compañía.

—La Junta Gubernativa se trazará la regla de ascender a los que son, además de valientes, instruídos y virtuosos. Y voy a darle, sargento, con una pregunta, alta prueba de confianza. ¿Cómo recibió esta ciudad la noticia de la deposición del virrey Cisneros,

El sargento López vacila y luego habla:

—Se hicieron repiques y se quemaron cohetes. Pero había mucha tibieza en los ánimos. Graduábamos muy por lo bajo la importancia del sucedido. Y no se conocen tampoco las disposiciones reservadas del Cabildo en esas fechas. Cursa ahora el rumor de que se han llevado el libro de los Acuerdos. Es el modo, para algunos, de sacarse compromisos.

—Sí, sí; algo de éso me ha contado el teniente de gobernador.

A esta sazón el señor Belgrano se aplica una palmada en la frente y allí le queda la seña roja del mosquito que ha estallado.

—Son bravos— dice.

—Excelencia: conoceremos otros más feroces en la marcha al Paraguay.

A poco se aleja por patios y crujías el taconeo del blandengue. El lego portero, adormilado, se asombra de que el jefe del Ejército haya concedido a un sargento tan larga audiencia.

—Tendrá el señor delegado —conjetura— ganas de palique.

Con el alba debe ir el señor Belgrano al campamento de la Bajada para ultimar los arduos preparativos de la partida. Lee el libro de oraciones —"El Tesoro Escondido"—, mata la luz y llama al sueño.

4

Cautivo en una fragata
se fuga a nado en el Plata.

LAS estrellas que tachonan el firmamento se duplican y quiebran en la superficie del mar. Allá, a la distancia, brillan los fogones del Ejército de Rondeau, que pone sitio a Montevideo.

En la cubierta de la fragata "Flora" está sentado, sobre un rollo de filástica y con un grillete en los tobillos, el sargento Estanislao López.

Evoca, en la soledad y las sombras, aquella entrevista que, en el convento de los dominicos de Santa Fe, le otorgó el general Belgrano. ¡Cómo el destino y los errores de conducción habían convertido en amarga ceniza los sueños triunfales! El ejército expedicionario, maltrecho y metido ingenuamente en una encerrona, capituló. En tierra paraguaya quedaron sepultadas las compañías de blandengues santafesinos. Ciertamente, sabían pelear y morir.

Pudo el general Cavañas, el general enemigo, haber aniquilado hasta mayores extremos a la fuerza del Río de la Plata. No lo hizo. Suelen gravitar ocultas razones, sobre las razones estrictamente militares.

Hace ocho meses que el sargento López cayó prisionero, en la acción de Tebicuarí. No se queja del trato. De día se le hace trajinar en las maniobras de a bordo y

de noche se le sujeta con un grillete. No se teme, sin embargo, por su seguridad. Se le ha creído cuando ha dicho que en el agua se va a fondo como una bala de cañón.

La fragata "Flora" ha venido de la Asunción para vigilar la banda oriental e impedir el paso de recursos al ejército sitiador. Tiene el armamento listo y los ojos avizorantes en la obscuridad.

El sargento López, con el uniforme del blandengue hecho harapos, se rebela íntimamente contra esa cautividad. Daría un trozo grande de su vida, por encontrarse, a las órdenes de Rondeau, bajo la muralla de Montevideo.

En el castillo de popa fulge, a momentos, la brasa de un cigarro. Es el álferez de guardia, tipo brutalmente ordenancista. Está con él el piloto Paco Bobadilla, un andaluz jovial, reclutado a la fuerza. Suele conversar con el sargento López y conversa de historias de mujeres y de lances de naipes. Pero hace muchos meses, por culpa de los jaleos de la guerra, que no peina naipes ni ve mujeres. En Asunción oficiaba de sastre, y se jacta de haber cosido la chaqueta militar del gobernador Velasco, la misma chaqueta que fué enviada a Buenos Aires por Belgrano como trofeo de victoria.

Paco Bobadilla le dijo un día, confidencialmente:

—¿Ustedes creen que han perdido la guerra con el Paraguay? Ustedes la han ganado. Verdad que han recibido una paliza de órdago. Pero les han abierto los ojos a los hijos del país, y no demorarán mucho, lo verá usted, en imitar a los porteños. No quisiera yo encontrar-

me en la pelleja de los señores que ahora llevan la talla en Asunción.

Las palabras del piloto impresionaron al sargento López. Acaso la semilla revolucionaria había quedado en el Paraguay con las tumbas de los blandengues.

Y piensa, nostálgico, en Santa Fe...

Y de sus imaginaciones lo arranca una voz que viene del castillo de popa:

—¡Alerta a estribor!

Hay en cubierta rumor de pies descalzos y golpeteo de fusiles. La marinería acude presurosa a estribor; seguramente algún lanchón intenta burlar el bloqueo.

El sargento López está a babor, de cara a la costa oriental. No lo ve nadie ni nadie se preocupa de él. Y llega el vértigo de la evasión. Nadar con los pies engrillados, tal vez sea sucumbir. Pero prefiere la muerte a la cautividad. Gateo, sigiloso, y, provisto de una tabla para su mejor sostén, se arroja al abismo negro y estrellado.

El ruído del chapuzón provoca un grito:

—¡Hombre al agua!

Atruenan unos disparos. A su alrededor chasquean los proyectiles, y saca energías de su esperanza y de su afán. Son sus brazadas vigorosas y diestras, de antiguo muchacho del Quillá.

El sargento López nada, nada, nada...

Y el tiempo sigue...

La fragata "Flora" se borra del paisaje, y en la orilla, ya cercana, crece una luz. Pisa, extenuado, tie-

rra libre. Unos perros torean. Y unos milicianos de Rondeau, atraídos por los fusilazos, acogen al soldado de Santa Fe.

5

Pelea en el Espinillo
y muere el bravo Morcillo.

EL coronel tirolés Eduardo Holmberg, barón Kailitz, héroe de las Piedras y antiguo teniente de guardias walonas, ha recibido orden de cruzar el río y zurrarle la badana a don José Eusebio Hereñú, hechura del Jefe de los Orientales, Protector de los Pueblos Libres.

El ejército de Observación al mando del general Juan José Viamonte, está en Santa Fe. Vino en este año de gracia de 1815 a desalojar a los artiguistas que invadieron la provincia y colocaron al frente del Gobierno a don Francisco Antonio Candioti. Cuando entró en la ciudad el ejército porteño, el señor Candioti estaba ya en las últimas extremidades. Dos días después entregaba su alma y las tropas invasoras le rindieron los honores de su dignidad. La gente piensa que así se salvó el señor Candioti de que lo decapitaran.

Ahora hace de teniente de gobernador don Juan Francisco Tarragona. Lo eligieron los frailes, los curas y los pulperos europeos, con declaración de que Santa Fe es pedazo de la provincia de Buenos Aires.

Previamente el general Viamonte anuló dos votaciones practicadas en la casa Consistorial a favor de don Pedro Larrechea, sospechado de separatista.

El barón Holmberg, que ha venido en el Ejército de Observación, alista su tropa: una compañía de blandengues santafecinos y un escuadrón de dragones porteños. El barón, corpulento y rojizo, consulta un mapa, un estuche de geometría y un libro de caracteres góticos con figurines y diseños militares. Y prevé el éxito completo de la operación.

Los expedicionarios ocupan dos lanchones, con caballería y armamento. Los custodia un falucho de la escuadrilla de Buenos Aires. Ahí va el alférez Estanislao López, alférez ahora de los ejércitos argentinos; ha ganado su galón de oficial en los sitios de Montevideo y las baterías de Rosario.

Desembarcan, descansan y echan al fuego unos bueyes flacos que pastan en el lugar. El barón Holmberg explora los alrededores con un catalejo; las arboledas le limitan a pocas cuadras el campo visual.

Junto a un ceibo, churrasqueando, el capitán Pedro Pablo Morcillo, jefe de los blandengues, dialoga, baja la voz, con el alférez López:

—El barón conoce mucha táctica europea —opina el capitán—, pero ésta se me antoja una operación des-

cabellada. Poca gente para apretarle las clavijas a Hereñú.

—Con una sorpresa podríamos sacar algún fruto. Pero los del Paraná ya deben estar avisados y en preparativos para recibirnos.

—Esta parada es pérdida de tiempo en nuestra contra.

—Y empuñaremos fuerte las lanzas. En otras peores nos hemos visto, capitán. Y usted deberá olvidarse de su luna de miel.

—Merceditas Aldao ya sabe las tribulaciones que trae el ser mujer de militar en los días turbulentos que vivimos.

—Falta una mano dura —expresa el alférez López— que haga respetar a los santafesinos. Cuando no los porteños, los orientales o los entrerrianos. Y cualquier día nos acogotan también los cordobeses.

—¡Una mano dura!. Si no es la de don Mariano Vera...

El barón, después de largo reposo, ordena marchar. Atraviesan campos solitarios. Ganados y moradores se retiran a la proximidad de la fuerza invasora. Y ya se divisa la cúpula de la catedral del Paraná, incendiada por el sol.

La columna se estrecha para salvar unos densos espinillares. El barón, a la cabeza, masculla el texto de su orden de capitulación, al jefe de la plaza, y, sobre el arzón de la silla, agujerea una carta topográfica con el compás.

El estratego debe abandonar bruscamente sus meditaciones y sus cálculos por culpa de una descarga a quemarropa. Y trás esa descarga otra y otra.

La caballería, imposibilitada para maniobrar, descabalga y acomete con las lanzas contra la maraña de espinillos. Patalean bestias y soldados. El capitán Morcillo cae, rota la garganta por una bala de tercerola.

El barón no ha perdido su serenidad ni evita su persona ningún riesgo. Allí está, grandote y gritón, la cabeza revuelta y el sable relampagueante. Pero sus órdenes no pueden cumplirse en el sangriento desbarajuste.

Los rodea y sofoca una masa de hombres infinitamente más crecida. Y los que no mueren caen en la garra del enemigo.

Y prisionero va, con talante altivo, vacía la vaina del sable y el catalejo cruzado en el fajín, el héroe de las Piedras. A su lado camina López.

—Ahora, alférez, a la Purificación, a purificarnos— dice el barón, con chanza siniestra.

—Son los gajes de nuestro oficio, coronel— repone, estoico, el santafesino.

—Ha sido una chingada. ¡Caray!

Suscita la Purificación, la residencia del Protector de los Pueblos Libres, visiones trágicas de mazmorras y cepos. En los campamentos porteños se relata la historia de los suplicios que allí padecen los cautivos. Un escalofrío raspa entonces la espalda de los milicos.

Pero José Eusebio Hereñú comunica un día a los prisioneros del combate de los Espinillos, en su encierro

del Paraná, que por orden del magnánimo general Artigas, quedan libres.

El barón, el alférez y un bulto de blandengues y dragones cruzan a Santa Fe. Otros prefieren enrolarse en las montoneras de Hereñú.

6

A favor de Santa Fe
se pronuncia Añapiré.

CAMPAMENTO de la 1ª compañía de blandengues, al mando del capitán Mateo Fontuso. Carpas y caballos, filas de carretas y lanzas en pabellón. Los fogones llamean con tufo de carne asada, y hay entre la tropa —unos cien hombres— el bullicio dichoso que precede al rancho.

En el poniente lucen los oros del crepúsculo.

A tiro de piedra corre el Saladillo y por lo alto pasan las bandadas de patos, rumbo a sus dormideros.

Hay sosiego en los ánimos. La indiada ha sufrido mucho el rigor de los cuerpos de línea para atreverse a intentar un ataque.

Llega un jinete. Es don Mariano Vera y Pintado, corto de piernas y largo de brazos, con dos ojos celestes y saltones que le iluminan la cara.

Debe venir de lejos y con mucha prisa. El caballo ijadea, sudoroso.

Desmonta y pregunta:

—¿El teniente López?

Lo entran a la casa —la única del lugar— de barro cocido, con mirador y troneras, que fué la estancia de don Melchor Echagüe.

—Hay noticias graves —dice el señor Vera, una vez cerciorado de que nadie los escucha.

—Me lo figuro —repone el teniente López—. Ociosamente no se costea usted hasta estas soledades.

—Cosme Maciel y Javier Abalos, con cinco canoas de rinconeros, han apresado en la boca del Colastiné, al falucho "Fama" y a la cañonera "Americana". Viamonte queda en seco y el camino habilitado para recibir auxilios de la otra banda.

—Es una proeza. Siempre me han merecido fe los rinconeros.

—Está el movimiento perfectamente concertado. Nos acompañan todos los buenos patriotas. Y ninguna oportunidad mejor para romper el yugo de los porteños. Las fuerzas de Viamonte disminuyen. Ha mandado 400 hombres a una expedición que arma San Martín a Mendoza, y el coronel French acaba de llevarle otros 400 para pelear con los españoles en Bolivia. A Rondeau lo han puesto mormoso en Sipe-Sipe. Viamonte está asustado; conoce su debilidad; ha pedido ayuda al Director Supremo.

—Y la tendrá.

—Razón para dar el golpe enseguida. El general Díaz Vélez pertrecha en San Nicolás un cuerpo de ejército.

—¿Y con qué cuentan los revolucionarios? Si no

hay organización, con pocas brigadas los exterminan.

—La 2ª compañía de dragones ya está de nuestra parte.

—¿Y el capitán Mondragón?

—Lo han dejado solo. El sargento Machengo se le ha alzado con toda la tropa. Vendrá el destacamento de Coronda. Y el jefe de los orientales nos mandará unos escuadrones aguerridos. A estas horas deben ya venir, bandeando el Paraná.

—¿Y el Cabildo qué hace? No se estará con la boca abierta.

—Alista una compañía de blancos y otra de pardos. Pero no hay que temerles. Esa gente se pasará a las filas revolucionarias en las primeras de cambio.

—Por lo visto, usted, don Mariano, busca mi cooperación.

—Sí, seguro de tenerla; usted es un santafesino amante de su provincia.

—Y también un soldado de disciplina y subalterno del general Viamonte. Me violenta el trance de sublevarme.

—El general Viamonte ultraja a los santafesinos. Las otras noches entraron sus oficiales a una novena de San Francisco, en camisa y con las ropas en los sobacos. Salió el mujerío —muchachas y viejas rezadoras— dando voces de pavor. No podemos tolerar esos insultos ni esos sacrilegios.

—El general Viamonte es hombre de buenas prendas. Achaquemos los desbordes de la oficialidad a la in-

disciplina de sus tropas.

—Acepto que sea así. Y ahora, para colmo de abusos, se levanta por orden de Buenos Aires, una leva de 130 hombres destinados a Tucumán y un empréstito para pagarle los gastos a San Martín. El descontento cunde. Los comerciantes, particularmente los europeos, están que bufan. Debemos sacar cortito a los intrusos, teniente.

—Sin embargo, usted fué a Buenos Aires a pedir que mandaran el Ejército de Observación.

—El señor Vera, lastimado por el reproche, respinga. Y tras un silencio, repone. conciliador:

—Sí, reconozco que me equivoqué. Los porteños no nos han traído la felicidad que esperábamos y nos prometieron... Y recuerde usted, teniente, que en los procelosos tiempos que corren, los coroneles y los generales se hacen de la noche a la mañana. Los pusilámines que no atinan a aprovechar las ocasiones, se friegan.

—No sé cuáles serán las intenciones del capitán Fontuso, mi superior.

—El capitán Fontuso es porteño. Con un llamado falso lo hicimos ir a Santa Fe.

—Lo maliciaba... Pero para decidirme debo conversar con el alférez Pedro José Lassaga, mi segundo.

—Háblelo nomás.

Y agrega, halagador:

—Bien sabemos que la compañía sigue al teniente López.

Viene el alférez Lassaga.

—¿Está siempre dispuesto a una patriada fuerte?

—Siempre a sus órdenes, mi teniente— responde firme y cuadrado el alférez.

—Lo esperaba... Refuerce la guardia y apronte la compañía para marchar. Si llega el capitán Fontuso, que no ha de llegar, le ajusta una barra de grillos, y si zoncea, proceda como es debido.

El alférez se retira.

El señor Vera echa los brazos al teniente López:

—Es usted un gran patriota y un soldado de eminente porvenir.

Las sombras de esta tibia noche del mes de marzo invaden la habitación. Los dos hombres dialogan.

De afuera llega el trajín del campamento agitado para una expedición que todos ignoran. No saben contra quién ni por qué van a pelear. Les basta saber que los mandará el teniente López. El teniente López es muy macho.

7

Con denuedo y con valor
castiga al cruel invasor.

DOSCIENTOS artiguistas, acaudillados por José Francisco Rodríguez, llegan a Añapiré, y unidos a los cien blandengues de López, se encaminan a la capital.

Mediada la tarde arriban a la chacra de Andino, donde se atrinchera el comandante Sáenz con 160 húsa-

res y un cañón. Alaridos y tiroteos. Los expedicionarios tratan en vano de copar la posición. Y al venir la noche retroceden y repasan el río Salado.

Han traído la noticia de que en Santo Tomé se asienta el coronel Echevarría, cuñado de Viamonte, con doscientos milicianos a pie y un ingeniero que dirige la construcción de unas baterías.

Con los primeros resplandores de la madrugada irrumpen en Santo Tomé artiguistas y blandengues. La inopinada embestida desconcierta a las huestes porteñas. Unos mueren lanceados y otros se ahogan en las aguas del río. El coronel Echevarría, seguido por unos pocos, logra escapar en una canoa.

Suena una corneta y se festeja el triunfo.

Va a intimarse al general Viamonte la entrega de la plaza.

Con la fuerza oriental viene un sujeto alto y flaco. Hombre de papeles. Se llama Félix Aldao y se susurra que ha sido fraile.

Aldao lleva a Santa Fe el pliego que firma Rodríguez, como capitán de Artigas.

De regreso da cuenta de su comisión:

—En el Cabildo me recibió el general Viamonte con varias personas. El general leyó el pliego. El teniente de gobernador, señor Tarragona, declaró que estaba pronto a entregar el bastón y el mando, si así se solucionaba el conflicto. No le hicieron caso. El general observó que no se especificaban las condiciones de la rendición. Parecía propenso a entablar negociaciones. Pero terció

un trompudo de apellido Rivadavia, abogado de Buenos Aires; dijo que el Gobierno Nacional tiene elementos de sobra para aplastar a los anarquistas. El general me hizo saber entonces que más tarde mandaría un parlamentario con la contestación.

Y más tarde viene el alférez Juan José Díez de Andino: el general Viamonte rechaza de plano la intimación.

—Habrá que darle en la cabeza— opina el señor Vera.

—¡Peor para él! —sentencia el caudillo oriental.

Y esa noche se encienden los fogones, a la vista de Santa Fe, y sigilosamente se ponen en movimiento. Marchan esa noche y la siguiente, y sin ser sentidos, se emboscan frente a la estanzuela de los padres dominicos, donde ahora vivaquean los húsares del comandante Sáenz.

Quieren repetir la hazaña de Santo Tomé.

Pero Rodríguez, encargado de la operación, demora la señal de ataque.

El teniente López, que está allí para obedecer, dice al alférez Lassaga, tembloroso el sable en la mano:

—¿Qué hace el jefe? Se nos escapa la oportunidad.

—A su mando, teniente, ya tendríamos a los porteños en las puntas de las lanzas.

Y cuando se dispone el avance, los húsares están advertidos y montados. Se pelea encarnizada y rabiosamente. Una bala agujerea los carrillos del comandante Sáenz; entonces los húsares se retiran, hostigados a sable y chuzo.

Los perseguidores paran en las orillas de la ciudad

y se les incorporan 300 jinetes del cuerpo de colorados, al mando de Aniceto Gómez.

—Artigas se porta —alaba el señor Vera—. Ya pueden los porteños apretarse el gorro.

Y el señor Vera entra a la ciudad con seiscientos combatientes. Lo apoyarán los rinconeros y los coronderos, que ya se han posesionado de la plaza matriz.

El general Viamonte se encierra en la Aduana con el desmantelado Ejército de Observación que le permanece leal. La mayoría de los blancos y pardos se han pasado a las filas contrarias.

Fuego de fusiles, de cañones y de granadas. El estrépito dura desde el amanecer. Los porteños no tienen escape.

A las cuatro de la tarde el señor Vera despacha un parlamentario al general Viamonte: si rinde las armas, quedarán todos libres para volver a Buenos Aires.

Los jefes artiguistas reclaman: el señor Vera ha excedido sus facultades; sólo ellos pueden acordar esas franquicias al enemigo, y no las acuerdan. Discuten. Hay inculpaciones. El señor Vera cede.

Y de la Aduana salen, las manos esposadas, pálidos y erguidos, con la amargura de la derrota y la protesta del engaño, el general Viamonte y los oficiales de su Estado Mayor. Un buque los espera. Son prisioneros del Protector de los Pueblos Libres y los encaminan al campamento de la Purificación.

Vibran jubilosas las campanas de la ciudad. Las calles están atestadas con los muebles, vajillas y mil co-

sas que ha arrojado la soldadesca porteña. Ahora toca el turno del saqueo a las montoneras artiguistas. Asaltan viviendas y comercios, ululando y golpeando con sus armas. Los borrachos articulan vivas y mueras estentóreos. Alguna vieja, con ojos de espanto, ayea por el hijo muerto.

Grupos de la plebe husmean a los aporteñados para el correspondiente y ejemplar escarmiento. Los que han podido huir, han huído; entre ellos el señor Tarragona. Ya les confiscarán sus bienes.

Los religiosos adictos al régimen derribado, se ocultan. A fray Hilario Torres lo sacan de los pelos de un confesionario de la Merced.

Y el señor Vera, gobernador de hecho, aparece en el balcón central del Cabildo, entre una cohorte de personajes y frente a la plaza invadida de pueblo y tropas.

El señor Vera habla:

—Ciego idólatra de la libertad, nunca más que ahora seré el velador de los derechos del hombre. Compatriotas; no creáis en los conceptos adulativos y las voces afinadas de los hombres ilustrados de Buenos Aires. El porteño es el Padre de la Mentira.

Vítores. Sombreros en el aire. Los blandengues, los dragones y los colorados de Artigas remontan por encima de sus cabezas lanzas y carabinas.

Estanislao López mira con sordo rencor ese espectáculo. Los santafesinos ya no son esclavos de los porteños; ahora lo son de los orientales.

Y murmura:

—¡Pueblo el mío valiente y desdichado!

Y, ascendido a capitán, se vuelve con su compañía a Añapiré.

Esperará.

Sabe esperar.

III los senderos del cabildo

8

Conspira contra el porfiado Mariano Vera y Pintado.

EL viento frío y seco del Sur levanta embudos de arena y bate la paja de los aleros de San José del Rincón. En la calle solitaria fraternizan cuzcos macilentos y gallinas picoteadoras.

Frente a una vivienda de rejas de palo, paredaña con la capilla, cabalgaduras ensilladas esperan a sus dueños. De la vivienda sale un rumor de conversaciones.

Hace tres días que ha llegado del Norte el teniente coronel y comandante de armas don Estanislao López. Sus blandengues acampan a un cuarto de legua, sobre el camino a Calchines.

De Santa Fe, a menos de una hora de galope, se reciben noticias agitadas: quieren mudar de teniente gobernador y, don Mariano Vera se empaca con el apoyo del populacho. Y desde esa vivienda de San José, van y vienen los emisarios a la ciudad.

En dos años de gobierno del señor Vera, Estanislao López ha trepado el escalafón militar hasta la jefatura de todas las milicias provincianas.

—Yo no me meto en nada —declara desde su mesa y de rostro a un alborotado concurso de patriotas—. Yo no ambiciono más que el progreso de mi país.

—Pero las horas son graves —revela un cabildante, pecoso y de chuletas grises—. Convocamos al pueblo para elegir nuevo gobernador y nos eligen otra vez al que no queríamos, al propio don Mariano Vera. Anulamos la elección, hacemos una nueva y se repite el resultado. La chusma, en la plaza, gritaba a desgañitarse: ¡No queremos más gobernador que a Vera!

—¡Bah! —dice un caballero de levita azul—. Trabajos de la parentela de Vera y de Dolores Alfaro, su mujer.

—Lo cierto es que los cabildantes no acertábamos con el partido a tomar. Don Manuel Leiva, hombre imprudente, nos salió con una pata de gallo: que el Cabildo citara a don Mariano Vera y le formalizara su capítulo de cargos. ¡Qué cargos ni qué niño muerto!

—Algo había que decirle— insinúa el señor López—. Mientras adulaba a Artigas, se entendía con Pueyrredón. Y son notorias sus vinculaciones unitarias.

—Exacto —apoya el cabildante—, pero duro de probar y de poca impresión para el pueblo. Y fué el doctor Seguí quien nos sacó del atranco. Espetó un impetuoso discurso, como él sabe hacerlo, en la Sala Capitular.

Los ojos de los circunstantes se vuelven al doctor

Juan Francisco Seguí, que está con la silla recostada en los adobes del muro.

El doctor Seguí, delgado, erudito, gesticulador, dice:

—¿Cómo iba a elegirse un gobernador si no tenemos una carta constitucional que regle su conducta y también el modo de designarlo? Absurdo. Lo primero, primero. Sin constitución todo es arbitrariedad y anarquía.

Las cabezas asienten. El señor López, ladino, sonríe y confirma:

—Un golpe maestro.

El cabildante coge otra vez la hebra:

—Con ese irrebatible argumento el Cabildo anuló también la segunda votación. Y sobre el tambor quedó convocado el vecindario para elegir dos sujetos de probidad y ciencia por cada cuartel; ellos elaborarán la constitución que prohija el doctor Seguí.

El caballero de la levita azul, escéptico, mordaz, opina:

—Y esos varones de probidad y ciencia serán hechura de Vera y muñidores de una constitución para que Vera se eternice en el candelero.

—El mismo temor nos aflije a los cabildantes. A seguir los negocios por ese rumbo, sólo nos espera el patíbulo o la emigración.

Pasa por la tertulia una ráfaga de terror.

—No hay más que una puerta de salida —señala el doctor Seguí—: que el teniente coronel López asuma por propia voluntad el gobierno hasta que se dicte el estatuto.

—¡La única solución! ¡La solución salvadora! —prorrumpen a coro los presentes, irguiendo los bustos.

El señor López rehusa con la diestra en el aire:

—Yo no puedo asumir la suprema autoridad por usurpación.

—Esos escrúpulos —gorgotea, enérgico, el doctor Seguí— honran al ciudadano y perjudican a la patria. Las circunstancias legitiman el ejercicio del mando por las vías de la violencia. El Gobierno de Santa Fe está virtualmente acéfalo y los malvados acechan por todos los horizontes. El comandante de armas es hoy por hoy la persona de la confianza pública.

El señor López, con ejemplar humildad:

—Y ¿qué títulos poseo yo para exhibir al soberano pueblo?

Alzase un murmullo de sorpresa:

—¡Vigilante indómito de la frontera!

—¡Héroe del Campito!

—¡Azote del invasor porteño!

—¡Sostén de la libertad!

—¡Soldado egregio de Santa Fe!

El aludido medita, con la cabeza inclinada, en un angustiado silencio de expectativa. Sólo se oye algún remoto relincho y el garruleo de la pajarería en el naranjal de la plaza.

—El soldado egregio de Santa Fe levanta la frente y lamenta:

—¡Derramar sangre hermana!

—No —se apresura a advertir el cabildante—. Ve-

ra sólo tiene al capitán Obando con dos compañías de morenos cívicos en la Aduana y al mulato Rodríguez con una pandilla de coronderos, en Santo Tomé. El más testarudo podría ser el capitán Obando, individuo de agallas. Pero el vicario Amenábar, cura de labia lucida y mandado hacer para las comisiones espinosas, ya ha convencido a Obando de que debe evacuar la Aduana, por amor a la ciudad, si toman bandera los cuerpos del comandante de armas. El vicario Amenábar está con nosotros, aunque aparenta no estarlo.

El señor López se endereza bruscamente y, una mano extendida sobre el pecho, exclama:

—Señores: yo me sacrifico por la felicidad común.

Abrazos. Efusiones. Frases de retórica jocunda.

9

Lo erigen gobernador;
queman pólvora en su honor

DEL lado de San José del Rincón se acercan los blandengues con su capitán Manuel La Rosa. Acompaña a la expedición el comandante de armas teniente coronel López, que trae, para escrituras y arengas, al doctor Seguí.

Los milicos cruzan a nado, la boca de la Laguna Grande; los jefes suben a unas canoas.

Y avanzan a la ciudad. Caras inquietas atisban

desde los rancheríos el tránsito de la caballería.

Ya está ahí la Aduana. Los blandengues forman en hileras, prevenidos. Pero no hay que combatir. El capitán Obando se ha retirado de la fortaleza con sus compañías de morenos cívicos.

El teniente coronel ocupa la Aduana y a continuación el doctor Seguí redacta el bando público. López lo lee, lo firma y, copiado con letra de molde, se pega en puertas y paredes.

Los curiosos se agrupan ante esos papeles. El teniente coronel López se declara gobernador interino de la Provincia, reconoce las atribuciones del cuerpo capitular, ordena la entrega de las armas y, con léxico apaciguador, exhorta al olvido de las ofensas y a la amistad de todos los santafesinos.

—¿Se resistirá don Mariano Vera?— preguntan los vecinos, temerosos de disturbios.

—Pero don Mariano Vera no se resiste. Rinde las cuentas de la administración y se marcha con su familia al Paraná. Lo siguen los fieles: el capitán Obando con las compañías de morenos y un grupo de habitantes de Coronda.

Gentes de buen juicio conjeturan que esta situación no durará. Pronto arrancarán de su silla al nuevo gobernador las influencias de Buenos Aires o del Oriente. Ni Artigas ni Pueyrredón pueden alegrarse con el cambio. Después de todo, digamos la verdad, don Mariano Vera contaba con la opinión de los santafesinos y se las componía con sus mentiras y agachadas, para te-

ner aplacados a los enemigos. Era hombre de experiencia en los negocios del Estado. Esa experiencia no se gana en las fronteras, peleando con los indios.

Pero otras gentes, de poca instrucción, que no fundamentan sus pareceres, dicen en las reuniones de las pulperías:

—Este gobernador es un criollo a macha-martillo. Sólo muerto lo sacan del Cabildo. Tendremos Estanislao López para rato.

Otra vez los sacristanes se han prendido furiosamente a los badajos de las campanas para los repiques anunciadores de un acontecimiento fausto y a la noche, en la plaza principal, se encienden luces de bengala.

Fenece el mes de julio de 1818.

10

Los indios saquean y huyen y razona el señor Cullen.

EL gobernador López ha despachado agentes de confianza y experiencia a las tolderías con mensajes de paz. Todos somos hermanos y nos debemos simpatía y ayuda.

Los indios no han cesado de hostilizar los pueblos fronterizos y aun de acercarse audazmente a la ciudad. La autoridad dispone, sin duda, de tropas suficientes para tenerlos a raya. Pero el gobernador saca sus cuentas y comprende las ventajas de convertir a los salvajes

en amigos.

Los tiempos se presentan muy inseguros y no es cosa de fiarse de los modales. Al tomar el mando de la Provincia el teniente coronel López comunicó al general Artigas el motivo que lo indujo a derrocar al señor Vera: éste tenía atada a la administración con sacrílega cadena —tal su metáfora— en obsequio de los favoritos partidarios y lisonjeros y era, además, notoria su inteligencia con Buenos Aires. Y, a su turno, el doctor Seguí adobó una carta para su antiguo condiscípulo el director Pueyrredón, con menciones efusivas a los designios patrióticos y anhelos de alianza del flamante jefe de los santafesinos. Lo discreto es ganar el ánimo de esos dos eminentes antagonistas, cuando no se sabe a ciencia cierta de dónde vendrá el golpe, si de los porteños o de los orientales.

El indígena es excelente milico. Bien lo sabe el teniente coronel López, que vivió lo más de sus años en los fortines. Frugal, cambativo, seguidor y de a caballo, se puede emprender con él una campaña difícil. No es juicioso entonces tenerlo en contra.

Han llegado ahora los caciques. Falta sólo Mateo Grande, que tarda en venir. El gobernador los agasaja. Les da audiencia en el Cabildo y una reunión en el reñidero de gallos. Por la noche los encandila con pirotecnia.

Las autoridades y los caciques concurren a un *te déum* por el concierto de las paces. El vicario Ameñábar diserta desde el púlpito, caluroso y perspicuo, so-

bre la hermandad de los descendientes de Eva.

Los caciques, cargados de presentes vistosos, retornan a sus lares; y aparece en seguida, con su séquito, Mateo Grande. Luce éste, en patas, un viejo sombrero de copa y sus capitanejos unos cascos de piel de aguará.

Mateo Grande, menos optimista y más exigente, no cree en promesas ni se conforma con los límites puestos a su cacicazgo. Prefiere, a las lindas palabras, reales garantías para los derechos del indio. El indio quiere ser señor de sus tierras y de su libertad. Y pide que no se le enganche a la fuerza a los ejércitos de los blancos.

El señor López despide a ese anarquista, previa alguna advertencia amenazadora: la autoridad ha de reprimir con energía y escarmientos implacables todos los malones.

Mateo Grande baja la escalera del Cabildo; el bronce de su cara se arruga con una sonrisa cautelosa.

Seguido de sus lugartenientes, se aleja entre una polvareda para reunirse a su banda, en la orilla de la ciudad, y encaminarse a las tolderías, por la parte de Calchines.

Rato después la brisa arrastra un lejano estrépito de tiros y voces.

El señor gobernador sale de su despacho y, firmes las manos en la baranda del balcón, pregunta al centinela:

—¿Qué ocurre?

El portador de la noticia es un esclavo, que entra a la plaza despavorido:

—Mateo Grande y su partida están asaltando las pulperías.

El señor gobernador no puede con su genio. Tiene 32 años y mucho brío. Empuña una lanza, salta a caballo y corre al lugar del suceso.

Pero ya Mateo Grande y sus jinetes, prorrumpiendo en alaridos y con escaso botín, marchan a sus tierras.

Y el señor gobernador, la cabeza descubierta y los talones pegados a los ijares del animal, no se detiene. Procura dar alcance y alcanza a los malhechores. Y se entra en el tumulto, repartiendo varazos y puntazos.

Los salvajes, belicosos y sorprendidos, lo rodean y, por mucho que remolinee la lanza con endiablada destreza y maniobre ágilmente su corcel, está a riesgo de caer ensartado en las chuzas aborígenes.

Suenan entonces unos disparos de tercerola: viene un piquete de dragones en amparo del temerario señor gobernador, y los indios precipitadamente se arrojan a la laguna y huyen en dirección a San José.

En el suelo queda, hecha una plasta, la cómica chistera del cacique.

El señor gobernador, al tranco de su cabalgadura y en medio de los dragones, regresa a la ciudad. Se enjuga el sudor de la frente y goza la agria y varonil fatiga de la refriega.

Ya enterados los vecinos del arrojo del señor gobernador y disipada la zozobra con su presencia, lo saludan al paso pañuelos y exclamaciones:

—¡Viva don Estanislao López!

—¡Viva nuestro gobernador!

—¡Viva el bravo defensor de los santafesinos!

Y un forastero, canario de nación y de nombre Domingo Cullen, que ha llegado en esas fechas para negociar un cargamento de paños y bebidas, contempla el espectáculo y se atreve a opinar:

—Ostentación de un coraje mal empleado. El gobernador para gobernar; los soldados para correr a los indios.

Media hora después, el señor gobernador está de barriga en un catre y el maestro de cirujía don Manuel Rodríguez, le frica las magulladuras con ungüento de ranas.

II

Tras disparadas y sustos
le da una paliza a Bustos.

EL sol sube del lado de Entre Ríos y quiebra sus primeras luces en las moharras, sables y tercerolas de los cuatrocientos cincuenta jinetes. De atrás viene el chirrido de la carretería y el ladrar de los perros

El viaje es premioso, hacia los pagos de Córdoba, Y en el mes de noviembre, de solazos agobiadores, hay que aprovechar las horas más benignas para la marcha. No es cosa de aplastar la caballada, cuando no se está seguro de encontrar remudas.

El gobernador López, respirando con fruición el

aire mañanero, derrama los ojos por el paisaje campesino. Va bien sentado sobre la montura y advierte en la diestra la caricia áspera y cautivadora de la tacuara de su lanza.

Al son de ese concierto de metales, cascos de caballos y vocerío de muchedumbre, el gobernador paladea una dicha nueva y deseada. Sale por primera vez, como jefe de una fuerza, a medirse con tropas regulares. Y la sangre late vigorosa en sus pulsos y la mente se le puebla de visiones de entreveros.

Debe proceder con rapidez; embestir por sorpresa. Balcarce está con tres mil soldados de todas las armas en el Arroyo del Medio y el coronel Bustos con seiscientos cordobeses y trescientos entrerrianos de José Eusebio Hereñú sobre la frontera Norte de Santa Fe.

Buenos Aires no ha declarado la guerra. Pero el gobernador López conoce los designios del Directorio por los pliegos secuestrados a un chasque: Pueyrredón ordena el avance de los dos ejércitos para sacar el gobierno intruso de Santa Fe. Y dispone además la remisión a Buenos Aires o Córdoba de los individuos que se sometan a las armas invasoras y para los rebeldes la última pena.

—Quieren exterminar a los santafesinos— dice el jefe al comandante La Rosa, que galopa apareado—. Y no lo conseguirán. La aventura les costará cara. Poca gente la nuestra, pero valerosa y ducha.

—Bajo su mando, gobernador, moriremos contentos, si hay que morir.

—¡Lealtad y heroísmo! Ese espíritu está ausente de las tropas de Buenos Aires. Los dragones de Balcarce se pasan en grupos a nuestro campamento.

—Conocen las puntas de las lanzas santafesinas; como que ya vinieron con Viamonte y con Díaz Vélez.

—La floja moral militar será la ruína de los ejércitos porteños. No es lo mismo, y ya lo van viendo, pelear a los españoles, en el Perú, que a nosotros, que defendemos nuestras cosas.

—Nos desprecian y se ensorberbecen con sus tácticas aprendidas en los libros.

—Sí, como los españoles. Pero sus tácticas se estrellarán siempre contra nuestro sistema de combatir. Carecen esos generales del sentido del terreno. Espero ahora una mano de Artigas.

El comandante La Rosa repone, caviloso:

—Nadie ayuda por cariño, gobernador. Y además al jefe de los orientales lo tienen ocupado los portugueses. Pero usted sabrá.

—Le interesa ayudarnos; que se dé por muerto si los porteños traen su dominio al litoral.

—¡Se chuparán el dedo! — dice el comandante con burla amenazadora.

—Así ha de ser — confirma el gobernador.

Y la legión de gauchos y de indios galopa días y galopa noches. Hay que evitar que algún traidor ponga en alarma a los enemigos.

Pisan jurisdicción cordobesa. Los moradores huyen azorados a la vista de la gente armada. Saben

que los ejércitos y las montoneras, si tienen necesidad, echan a sus filas a los hombres útiles, ultrajan a las mujeres y desvastan las viviendas y los campos.

Con los datos de los espías, el gobernador da un rodeo, desbarata la guarnición de Litín y, cruzando el río Tercero, rechaza a sable las columnas que acuden en auxilio de los derrotados.

El objetivo es Fraile Muerto, cuartel del coronel Bustos. Los expedicionarios le quitan la caballada y lo cercan. Y cuantas veces los cercados intentan libertarse, sufren sangrientos castigos.

Se despacha un chasque a Santa Fe con el parte de la victoria. Y al cabo de ocho días, el gobernador López decide levantar el sitio. Ya esa tropa de Bustos está mellada por la derrota y el desánimo, y llegan noticias: ha comenzado la invasión porteña.

Regresa velozmente.

En Rosario se halla a espaldas del poderoso ejército de Balcarce. La situación es peligrosa. Pero burlando la vigilancia, vadea el Carcarañá, fracciona su columna en partidas y aventaja a sus enemigos, no sin antes acosarlos con guerrillas sueltas. Sólo pierde algunas carretas de la retaguardia.

Y llega a Santa Fe.

La población escruta ansiosamente el horizonte Sur. De allá viene la amenaza, y de allá vinieron las otras invasiones, con un tremendo rigor.

La entrada del héroe a Fraile Muerto acrecienta la voluntad de resistir.

Repiques y salvas.

El doctor Juan Francisco Seguí grita desde el balcón del Cabildo, jactancioso y melodramático, a la muchedumbre de blancos, negros y cobrizos reunida en la plaza.

—¡Vencer o morir! ¿Quién tiene miedo? Yo vendo valor.

IV la jornada de un caballero

12

Se levanta el caballero,
reza y se pone el sombrero.

A LAS cinco don Manuel Ignacio Díez de Andino despega los ojos, bosteza y sobre la boca dilatada unas rápidas señales de la cruz cierran el paso a los espíritus adversos.

Sacude luego el cabo de cordón pendiente sobre el travesero y en el fondo de la casa resuena una esquilita. Viene un rumor de zapatillas, y unos nudillos baten el tablero de la puerta.

—¡Adelante!— invita don Manuel Ignacio.

A contraluz del patio se recorta una figura de mujer embarnecida y humilde. En su cara subidamente morena relumbra la dentadura.

—¿Cómo ha pasado la noche su merced? ¿Cómo ha amanecido su merced? — indaga, solícita, la criada.

—Bien, a Dios gracias... ¿Qué tal el tiempo?

—Ha limpiado, mi amo... Cuentan que ha sufrido mucho la fruta.

—Ha llovido anoche un aguacero; sentí ruído de piedra por la parte de la isla.

—Su merced trasnocha demasiado con sus libros y papeles. Hasta muy tarde he visto luz en su aposento. Desconfío que le haga mal a la cabeza.

El caballero rechaza indulgentemente esos temores con el ademán de espantar una mosca.

La criada se va y regresa con un fastuoso mate de plata boliviana.

—Me dicen —refiere la criada— que ha llegado ayer, al avemaría, un arria con vinos de Cuyo.

Don Manuel Ignacio, mudando la expresión de su rostro, inquiere:

—¿Eso lo cuenta algún sujeto de verdad?

—Su merced apreciar: el chueco Atanasio, sacristán de la Matriz.

Tras un compás de silencio, el caballero exclama:

—¡Feliz noticia!... Ya escaseaba mucho el vino en Santa Fe. Ayer mismo el padre comendador me confesaba que por falta de ese elemento suspendería los maitines.

—¡Válgame Dios! ¡Qué tiempos vivimos, mi amo! Antes eran los indios; y ahora los cordobeses. En las épocas del Rey teníamos más sosiego.

—Ya sabrá el gobernador, asistido por el Todopoderoso, aniquilar a nuestros enemigos — pronostica, con convicción, el caballero.

Consumidos una docena de mates, don Manuel Ignacio salta de la cama. Frente al espejo se ajusta el

corbatín. Pone en el oído su Breguet y, luego de darle cuerda con las llaves, lo deposita en el bolsillo y adorna el labrado chaleco con los pesados eslabones de la cadena.

Calado el velloso galerón y esgrimida la vara de ébano, don Manuel Ignacio cruza entre las tinas y enredaderas del patio.

La campana del convento de los franciscanos, convoca a misa de seis. El convento no dista más de cuadra y media de su domicilio, por la calle Real, y a él se encamina.

En el atrio unos jóvenes charlan y fuman. Don Manuel Ignacio les asesta una mirada dura. ¡La juventud está perdida! El progreso trae consigo cada día más irreligión. Esos donceles debían estar dentro de la iglesia, rogando por sus almas y por la salud de los blandengues, de los voluntarios y aun de la porción de indiada que muchos días atrás partieron con el gobernador a la Capilla del Rosario.

En el púlpito surge la maciza estampa del padre Cordero. Con recio acento y fogosos ademanes fustiga al satánico Voltaire, y a continuación impetra la ayuda del Altísimo para las armas santafesinas.

Don Manuel Ignacio se advierte conmovido y en vano procura desterrar de su imaginación la semejanza que aquella estameña revolante en la penumbra del recinto le suscita con un murciélago desmesurado. *Ite, missa est.*

Sale don Manuel Ignacio bajo el tallado dintel que conduce a la clausura del convento. Platica brevemente con el padre guardián. Un retablo de legos rebañan con las cucharas los platos de estaño; alzan las cabezas y dan los buenos días.

Transita el caballero por la crujía y el patio invadido de humedad y follajes, en busca del reloj de sol. Regula su Breguet con la raya de sombra del cuadrante; y retorna a la calle.

En la calle escruta el firmamento para el lado de las islas y, remontando la diestra por encima del cráneo, murmura:

—Viento Norte.

A menos de dos cuadras está la residencia de los mercedarios, en la plaza Principal. Hacia allí se dirige. Avanza por un portillo a la huerta de naranjos y seguidamente a las dependencias de la Orden, construcción de adobe con dos vertientes, contígua a la iglesia.

Un fraile enseña los números a una asamblea de ocho o diez arrapiezos. Los números los trazan con el índice en un rectángulo de arena.

El maestro y los párvulos dejan sus asientos.

—¿Y el padre comendador? — averigua don Manuel Ignacio.

—Lo encontrará, señor, en la sacristía — informa el mercedario.

El padre comendador lo acoge, cordial.

—¿Puede decirme su reverencia — pregunta el

caballero — si es verdad que ha llegado ayer un arria con vinos cuyanos?

—Verdad es — confirma el padre comendador — En el reparto nos ha tocado a nosotros un barril, mediante la influencia del escribano don José Gregorio de Bracamonte, hombre cabal. Ya ha desaparecido el peligro de suspender las misas.

—Una suerte.

—Sí, una suerte — remacha el sacerdote —. Atravesamos una época lastimosa. Los enemigos nos asedian por todos los costados y no podemos contar con otros mantenimientos que los de la propia tierra.

—Confío en el comandante López. Lo estimo un mozo aventajado y corajudo.

—Yo también confío... Pero, francamente, aquí, para *inter nos*, habría preferido en estas graves circunstancias a un individuo de la piedad y la experiencia de don Mariano Vera... Y ya llevamos muchos días sin saber nada. ¿Dónde andarán a estas fechas el gobernador y su gente?

—Una incertidumbre. Pero no dudemos del brazo santafesino... ¿Desea su reverencia tomarme confesión?

El padre comendador asiente.

Los pasos del sacerdote y del pecador suenan ecoicos en la iglesia solitaria; unas bujías alumbran a la Virgen de la Merced que, expulsada la Compañía de Jesús por Carlos XII, desalojó del altar mayor a San Ignacio de Loyola.

En pocos minutos el penitente lava su conciencia; y, con el milagroso resplandor que comunica al semblante la tranquilidad de los pensamientos, vuelve a la sacristía.

Ahora irrumpe el padre comendador:

—Socórrame con sus luces, don Manuel Ignacio; hay un pasaje de Tito Livio asaz confuso para mi entendimiento.

—Disponga de mí su reverencia.

—Vamos allá.

Mientras caminan, discurre el jefe de la Comunidad entre jovial y serio:

—No fueron dichas para nosotros aquellas palabras de Santa Teresa: "lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo".

Dialogan después despaciosamente en la celda principal el comendador y el caballero.

13

El memorialista Andino es un buen santafesino.

ESTA otra vez don Manuel Ignacio en la vereda. Vacila entre comer una empanada caliente y repulgosa en casa de su hija Clorinda y entre darle palique al ministro general en su despacho del Cabildo, cuan-

do percibe un rumor de voces y redobles de caja. Sombréase los ojos y, a través de los naranjos, en el otro extremo de la soleada plaza Principal, divisa un golpe de gente.

Acude a ese lugar, frontero a la Matriz. La chusma parlotea, hincada por la curiosidad. Se aproximan, desde el cuartel de la Aduana, a son de tambor, un piquete de blandengues y un piquete de pardos.

—¿Qué ocurre? — investiga el caballero, enjugándose las húmedas sienes.

El mulato a quien pregunta esboza un gesto de ignorancia y dice, señalando para la parte del Cabildo:

—Esos señores han de saberlo, patrón.

Vienen del Cabildo funcionarios y negros balumados con fardeles.

Don Manuel Ignacio reconoce al doctor Juan Francisco Seguí.

—¿Qué novedades tenemos, señor ministro?

—Nada. Alistamos un refuerzo para el gobernador. Seguramente por allá las papas queman.

—¿Qué tropas son? — averigua don Manuel Ignacio, convidando a su interlocutor con una pulgarada de rapé.

—Ciento cincuenta indios que anoche vadearon el río en chalanas, por el Paso de Santo Tomé, y que al rayar el alba caminarán con el teniente Freyre.

—Parece, señor ministro, que irán bien abastecidos.

—Sí, algunas prendas y algunos patacones; contribución de los europeos.

—Los europeos llevan la carga de los gastos.

—¡Claro! —razona el ministro—. Es lo justo. No vamos a estrujar a los hijos del país.

Don Manuel Ignacio, suegro de un tendero español, se observa:

—Sí, sí, de acuerdo, señor ministro. Pero hay que ver de no acobardar y ahuyentar a los europeos a fuerza de contribuciones para equipar la tropa. Esos europeos son, después de todo, gente útil, y con el tiempo y la mezcla serán los fundadores de grandes familias de Santa Fe.

El ministro sonríe, y, palmeando un hombro del caballero, replica con desdeñosa condescendencia:

—Mira usted muy adelante, señor don Manuel Ignacio Díez de Andino.

El doctor Seguí se aleja. Ya han formado los piquetes de blandengues y de pardos y ya llega, removiendo el arenal de la calle, el contingente de indios, sujetos pomulosos, de chiripás y camisas de basto lienzo.

El teniente Freyre los alínea. Los negros sirvientes del Cabildo desatan los fardeles, y el ministro Seguí, acompañado por el capitán de los pardos y el capitán de los blandengues, entrega en propias manos a cada indio un poncho, un sombrero y cuatro pesos en plata.

El ministro Seguí junto a la verja de la iglesia habla, con voz henchida de fervores, de la Constitución, de la patria santafesina, del gobernador López...

Los indios, encasquetándose los nuevos sombreros y palpando gozosamente los ponchos calamacos del regalo, escuchan sin entender una jota la elocuente alocución del representante del Gobierno:

Pardos y blandengues pernean, a compás de tambor, rumbo a su cuartel de la Aduana.

En el pórtico de la Matriz el cura Amenábar — delgado, erguido, blanca la tez — con una mano que resplandece al sol bendice a los indios. Los indios desfilan a rigor de planazos; y a nombre de la libertad irán a tropezarse y matarse con los porteños de Balcarce y los cordobeses de Bustos.

La turba se desperdiga. Un bulto de parroquianos se aglomera en la pulpería del vasco Mendieta.

Don Manuel Ignacio, sólo, espía atentamente la posición del gallito de lata encumbrado en la Matriz, y murmura:

—Ha cambiado el viento; viento Este.

Enseguida consulta su Breguet, y alguien interroga a su lado:

—¿Qué hora tenemos, don Manuel Ignacio?

A su vera está un jinete de larga chimenea y, en la mano libre del rendaje, un gordo estuche.

—Don Manuel Ignacio exclama:

—¡Hola, señor cirujano!... Pasadas las doce... y por las trazas del pangaré, viene de darse un galopón.

—Sí; nada menos que de la chacra de Larrechea. ¡Y con estos solazos de noviembre!

—¿Algún lacerado?

—Un esclavo de don Pedro; desbarbando ladrillos se astilló la islilla... ¿Y no hay noticias de la expedición?

—Nada.

—Demoran — repone, preocupado, el facultativo, oscilando pausadamente la chistera.

El cirujano, en ejercicio de su ministerio, reanuda el galope, y don Manuel Ignacio endereza para su morada, dejando en la arena los redondelitos de su vara de ébano.

En el patio la vieja criada cucharea en la paila el dulce de limón sutil que saboreará después su amo y también los rectores de las Ordenes.

Don Manuel Ignacio almuerza unos nutricios bastimentos —matambre, chatasca, carbonada— y sestea al amparo de la parra, en la lona del catre. Un pañuelo echado sobre la faz lo defiende del mosquerío y de la violenta resolana.

14

Se recibe un parte abierto:
¡Gran victoria en Fraile Muerto!

EL caballero despierta, toma unos mates y, despojándose de las livianas ropas de la siesta, se envuelve en una sábana y, calzadas las alpargatas, enhebra el zaguán.

Su primer preocupación en la calle, es avizorar las alturas y establecer la dirección del viento. Y dice, en sordina:

—Sopla el Sudeste.

Don Manuel Ignacio saluda a misia Zenaida Candioti que va de visita a lo de las muchachas del Fresno, ocupando toda la vereda con su miriñaque de ballenas; y saluda a don Manucho Echagüe y Andía que supo tener mando en el gobierno de Juan Francisco Tarragona y que ahora, en calzoncillos, come filosóficamente, a la puerta de su caserón solariego, una fuente de brevas.

Las viviendas despiden también, de rato en rato, a unos ensabanados que, como don Manuel Ignacio, se dirigen a la bajada de San Francisco.

Los espectros, una vez en el borde del agua, dejan caer la cándida vestidura y se echan a la corriente del río Santa Fe, centelleando las espaldas mojadas al resplandor del cielo y sin otra inquietud que la de pisar una raya.

Mujeres achatadas en la orilla fregotean ropas, y en los fondos de San Francisco, al canto de la barranca, se divisan algunas estameñas como lechiguanas.

Sale luego del baño don Manuel Ignacio, se emboza otra vez en la sábana y desanda el camino de su domicilio.

En el patio lo aguarda una robusta sandía rinconera, que el caballero parte y come con maravillosa maestría. Desde el patio dispara a la calle las cortezas que

las gallinas de la vecindad acuden presurosas y golosas a picotear.

De pronto don Manuel Ignacio se iergue y se viste con nerviosa prisa. Replican en San Francisco, en Santo Domingo, en la Matriz, en La Merced; y aún no se ha abotonado el chaleco, cuando detonan la artillería de la Aduana y, más distantes, las piezas de la batería del Paso.

El caballero se precipita puerta afuera. En la plaza Principal reina un alboroto de gentes. En el balcón del Cabildo, bajo el arco central, columbra a don Luis Aldao, gobernador interino y comandante de las armas, entre un tumulto de personas conspícuas. Siguen campaneando estrepitosamente las iglesias. Un hábito blanco asoma en la cuadrada torre de la Merced y unos hábitos negros tras el frontón de la Matriz.

—¿Qué hay? ¿Qué hay?... — reclama ansiosamente el caballero.

—Parte del gobernador.

—¿Y?...

—Que ha destrozado a la reunión de Córdoba.

—¿Dónde?...

—En Fraile Muerto... Aquel alférez rotoso que está pegado a don Luis y al cura Amenábar, ha traído el pliego.

El concurso rebulle:

—¡Viva el comandante López!

—¡Se fregó al coronel Bustos!

—Ahora, una soba para el porteñaje.

Y nuevamente el doctor Juan Francisco Seguí, adelantando el pecho sobre la baranda y en alto las mangas del levitón, enciende su oratoria fulgente y famosa en todo el litoral. Ahora improvisa en verso.

Don Manuel Ignacio escucha al ministro y exclama con profunda admiración:

—¡Qué facilidad!

Las autoridades deciden allí mismo, para costear los festejos populares del memorable hecho de armas, imponer una nueva contribución a los europeos de la ciudad.

El gallego Miguel Senandes, que a una vara de don Manuel Ignacio celebra jubiloso la victoria del joven comandante López, no puede disimular, ante aquella medida de gobierno, un respingo y una interjección amarga:

—¡Sopa! ¡Aviados estamos!

15

Celebra el pueblo la hazaña con triquitraques y caña.

SOBREVIENEN las sombras. Llamean unos barriles de alquitrán; y en las manos del pobrerío brillan luces de candelas.

Don Manuel Ignacio, ya tarde, regresa a su casa. Paisanos y milicos se apeñuscan en la pulpería del vas-

co Mendieta; hablan del triunfo y se enardecen los gargueros y los ánimos.

Después de cenar y escrutar el ceño de la bóveda y el rumbo del viento, entra a su alcoba. En la mesa crepita un velón de aceite de potro que calca sobre la lisa pared un perfil gigantesco del morador.

En la calma de esa noche se remonta el ladrar patético de los mastines y el alarido montaraz de algún ebrio que vitorea al creciente caudillo santafesino.

Don Manuel Ignacio lee una página del Oráculo Manual. Abandona luego el empastado libro y rasguea las hojas de papel de barba.

"Santa Fe, 9 de noviembre de 1818. — Tiempo "armado... Hubo repique y salva de cañones. El go- "bernador López, con su ejército, ha destrozado a la "reunión de Córdoba, acampada en Fraile Muerto. Ma- "ñana habrá Te Déum"...

Don Manuel Ignacio Díez de Andino escribe sus memorias...

16

Al borde de una tapera
lo descalabra a Hortiguera.

UN blandengue de la Cruz de Andino, llega al vivac del gobernador López. Viene despeado y jadeante. Trae noticias y lo entran a la carpa del comando. El gobernador, en su catre de campaña, se solivia con un codo y pregunta:

—¿Qué pasa?

—Señor: esta madrugada han asaltado el destacamento de la Cruz de Andino. Yo fuí de los pocos que pudieron escapar para poner sobre aviso a usía.

—¡Ajá!

—Se han apoderado de todo el mansaje.

—¿Fuerzas regulares?

—Caballería de Buenos Aires, del coronel Hortiguera.

—Con ése me quiero tropezar... ¿Mucha gente?

—Mucha; tal vez mil.

—¡Lindo! Es toda la caballería del ejército de Balcarce. ¿Puede decir qué rumbo llevan?

—Venían del Sur; y, escondido en unos pajonales, los aguaité; se movían para el lado del Norte.

—Anoche nos hemos cruzado, sin sentirnos. Me suponen en Añapiré, y allá van a buscarme. Mala sorpresa cuando se sientan picados de atrás... ¿Y usted de dónde es?

—De San Jerónimo de Sauce.

—¿Meztizo?

—Sí, excelencia.

—Vaya a las filas; se le gratificará.

El fugitivo se retira y el gobernador, mientras se calza las botas y viste la chaqueta, madura el plan que pondrá en ejecución.

La tropa, mal dormida, otra vez a caballo y a reandar el camino que desde Añapiré se hizo esa noche. Los tiempos son de peligros y penurias.

El general Balcarce está en Santa Fe. Atravesó el Salado. Pudo hacerlo con facilidad; lo guió el fraile Leal, que fué cura de Cayastá y conocedor de los pasos del río. Una bala destapó los sesos del servidor de los invasores.

El gobernador López debió retroceder frente a un ejército de esa magnitud. Quedaron en la ciudad unas pocas familias refugiadas en las iglesias; las demás huyeron a las islas y a lugares distantes.

Ahora el gobernador López se afirma en los estribos y experimenta ya la emoción voluptuosa de man-

dar y pelear. Los soldados de Hortiguera son más; para batirlos confía en la baquía, el coraje y la suerte de sus armas.

El sol arde con reflejos de fogón y el tierral seca las gargantas. La caballada bate las colas para espanto del mosquerío tenaz.

Ya en el rigor de la siesta, el blandengue que ha trepado a un árbol, avizorador de las lejanías, denuncia la presencia del enemigo.

La caballería de Buenos Aires bulle en las taperas de Aguiar. El coronel Hortiguera, advertido, forma un cuadro para defender los bagajes y adelanta otro para combatir.

El gobernador López aparta cien dragones y dice al comandante La Rosa.

—Siga usted al paso con el grueso de la tropa. Suceda lo que suceda no salga del paso, hasta que yo le ordene.

Y el pelotón de dragones se desprende a toda furia, tremolando las lanzas. Su gritería imita el parpar de las bandadas de siriríes. Por eso en los campamentos, a los soldados de López, se les llama "siriríes". Ya se definen las siluetas de los adversarios, detenidos para recibir la acometida.

Están a una cuadra. Fuego de la fusilería porteña. Los dragones sofrenan de un tirón y vuelven caras, en derrota.

Los invasores, golosos, inician la persecución, hasta que los perseguidos alcanzan al comandante La Ro-

sa. Entonces toda la división santafesina, en alud, se precipita sobre el enemigo y el enemigo cede al empuje, se desarticula y dispara.

Los "siriríes" integran una masa; un organismo vivo; un erizo de púas refulgentes y millares de patas veloces.

Los huyentes desbordan al cuadro de la retaguardia y contagian el pánico. Desastre general. El coronel Hortiguera, con un sablazo en la carnaza de un muslo, se refugia en la maciega del monte.

En la atmósfera caliente de esa siesta, sube el grito vibrante, luminoso, puro del clarín, anunciador de la victoria.

Hay trescientos cadáveres.

Hay prisioneros y hay botín.

La caballería del Ejército Directorial ha sido aniquilada.

¿Qué hará el general Balcarce?

El general Balcarce abandona la ciudad. No es una retirada; es una fuga. En su marcha arrea los ganados y cautiva, a lo indio, a las familias. Incendia el caserío de la villa del Rosario.

Y vencido por las montoneras, pasa a la otra margen del Arroyo del Medio.

17

Se arremolina, infernal,
la montonera oriental.

RODEAN la mesa los señores cabildantes. Ya han dictado sus providencias y, mientras el escribano don José Gregorio Bracamonte garrapatea el acta, la tertulia de personajes platica y toma mate.

A través del balcón se divisa la plaza solitaria; la paloma puesta de veleta en la Catedral parece tiritar con el frío de mayo, y la cercanía del crepúsculo afloja las luces y de las vidrieras nudosas de la Merced saca visos de quemazón.

—Nuestro gobernador se ha ido a Coronda — recuerda don José Elías Galisteo—; y cuando él parte, siento sobre nosotros más abrumador el peso de la responsabilidad.

—Naturalmente — confirma don Ramón Cabal, sorbiendo una pulgarada de rapé—. En tiempos procelosos, las equivocaciones cuestan caras. Por fortuna contamos para regirnos con un varón de las virtudes y el entendimiento de Estanislao López.

Don Pedro Antonio de Echagüe, señor de pera y nariz ganchuda, dice:

—Una vez más nos ha salvado del azote de la invasión y de la esclavitud de los porteños. Golpeó como un martillo a Bustos, a Paz y a Lamadrid en Córdoba y, volviéndose en alas del rayo, paró a Viamon-

te, sucesor de Balcarce, sobre el Carcarañá. ¡Proeza inmortal!

—¡Temístocles! — encomia, lacónico, don Manuel Francisco Maciel.

El señor Galisteo opina:

—La paz se ha concertado en San Lorenzo. Pero no nos fiemos demasiado de esas paces. La experiencia nos indica la facilidad con que el enemigo rompe los papeles que firma la propia mano.

—Y no olvidemos el enojo del general Artigas — previene el señor Cabal—. Nos ha soplado un oficio mezcla de simpatía y de amenaza. Es sujeto de temer.

Tercia el señor de Echagüe.

—¿Y qué pretende el general Artigas? ¿Qué sigamos la guerra hasta aniquilar el poderío de Buenos Anres? Un sueño y una crueldad. El señor López es sensible al derramamiento de sangre americana. Y cuando hizo fulgurar con el sol de repetidas victorias a las lanzas santafesinas y el general Viamonte convino en retroceder a su territorio, aceptó la paz. ¡Paz honrosa!

El señor Cabal espanta una mosca de la incipiente calva de familia, y aclara:

—Eso por un lado. Y no ignoraba el teniente coronel López ni nosotros, que se venía encima el ejército de Belgrano, que el Directorio ordenaba a San Martín que acudiera con sus granaderos a sofocar la supuesta anarquía y que la indiada amagaba por el Norte. ¡Situación de peligro!

—No neguemos — dice el Sr. Galisteo — que en la empresa cooperó el general Artigas. Bien es verdad que se lo aconsejaba la conveniencia.

Sarcástico, exclama el señor Cabal:

—¡Menguado servicio! Los cuatrocientos indios de Campbell que debimos expulsar por dañinos y los cuatrocientos orientales de don Ricardo López Jordán, que tenemos en casa, pendencieros y escandalosos. ¡Dios nos asista con esos huéspedes!

—De cualquier modo — reitera el señor Galisteo — se portaron bien, aunque díscolos, a las órdenes del jefe de los santafesinos. Y más que a ellos, culpo a algunos extraviados hijos del país, disconformes con la paz de San Lorenzo, que los incitan a la revuelta.

—Aldao y Seguí— denuncia el señor Maciel, intercalando en los dos nombres el rezongo opaco de la bombilla.

—Yo he pedido —observa el señor Cabal— que para atajar mayores calamidades arrestemos al doctor Seguí y a don Luis Aldao. Mis colegas no han compartido mi parecer. ¡Que no tengamos de qué arrepentirnos!

El señor Galisteo sonríe y dice, enigmático:

—Cada cosa a su tiempo. Don Manuel Ignacio Díez de Andino nos acredita por ahí de mozos de juicio y conducta. Y con nuestra prudencia debemos hacernos dignos de ese dictamen.

—¡Bah! —rechaza el Sr. Cabal—. Un viejo maniático, que escribe sus memorias para contar si lim-

pia o si se arma el tiempo.

Amostazado, el señor Maciel protesta:

—¡Es mi pariente!

Se disculpa del señor Cabal:

—Lo digo con todo respeto.

A esta sazón el escribano señor Bracamonte levanta la frente y comunica:

—Ya no veo; se me comen los ojos.

El señor Maciel saca de los faldones un yesquero, frota y acerca la llama al pabilo de las velas. Pero el yesquero cae de sus manos, el señor Bracamonte pone un borrón en el acta y los señores cabildantes se enderezan bruscamente en sus sillones: viene del Oeste de la ciudad un bochinche de gritos y disparos de fusil.

Los cinco levitones irrumpen atropelladamente al balcón. Las sombras del crepúsculo inundan la plaza. De la iglesia Matriz salen obscuras y a prisa, como vizcachas, unas filas de mujeres. Por la otra vereda corre un hombre con un chico a "cocollo". En la torre de la Merced blanquea el hábito del padre comendador, que explora el ámbito con un catalejo marino.

Los señores cabildantes conjeturan y manotean, con visible susto. ¿Qué nueva desdicha se abate sobre la ciudad? ¿Qué nuevos peligros acechan a sus clases dirigentes?

Por la otra esquina se acerca, presuroso, el comandante de armas don Juan Francisco Echagüe; sus botas granaderas dan multiplicados reflejos.

El comandante cuenta a los ilustres miembros del Cuerpo Capitular que los cuatrocientos montoneros orientales se han sublevado y que su jefe, don Ricardo López Jordán, no logra contenerlos.

Uno de los cabildantes blasfema, amenazador y pálido.

—Si don Ricardo no sabe imponerse a su tropa, merecerá un Consejo de Guerra y cuatro tiros — opina el señor Maciel.

El señor Cabal apoya:

—Nos expone a todos al mayor peligro. Sólo dejándose matar encontrará disculpas don Ricardo.

—¡Mucho pedir! — exclama, contemporizador, el señor Bracamonte.

Y el señor Cabal retruca con trágica ironía:

—Calzones se necesitan en estas circunstancias. La heroicidad es exigencia del oficio militar. Y quien no se sienta héroe, que tire el uniforme y se haga alfajorero.

El señor Galisteo procura serenar a sus colegas:

—No nos turbemos, señores. Ya verán ustedes cómo las cosas se resuelven sin daños irremediables. Y López Jordán es hombre de envergadura.

Don Pedro Antonio de Echagüe, chilla:

—¡Qué venga pronto nuestro gobernador!

Sitúase una pieza de artillería en cada bocacalle de la plaza, se expide un chasque a Coronda para el teniente coronel López y se ordena el arresto de los señores Aldao y Seguí, presuntos instigadores del al-

boroto.

Hay en la ciudad pocas fuerzas adictas para reprimir a los revoltosos. Y una mortandad de orientales puede traer compromisos con el general Artigas, tan amante de sus soldados.

Los señores cabildantes velan angustiados esa noche en la Sala Capitular. No cesan los gritos, y de tiempo en tiempo detonan las armas. Los amotinados desvalijan los depósitos de la Aduana y saquean, derribando puertas, las tiendas y pulperías.

Las familias impetran lúgubremente el amparo de los santos de su devoción. Renacen en los espíritus las horas patéticas de los tiempos de Viamonte, de Díaz Vélez, de Balcarce.

Pero con las claridades del amanecer la ciudad recobra su sosiego. Los orientales, acarreando su botín y turbias las cabezas con las raciones de caña, se embarcan rumbo al Paraná. En la ociosidad son reprensibles; en la pelea son héroes. Y van ahora a pelear, a las órdenes de su caudillo, contra los ejércitos portugueses.

Y los señores Aldao y Seguí contemplan el espectáculo de una aurora reticulada por los barrotes del calabozo: son dos presos políticos.

El doctor Seguí, movedizo, deplora:

—¡Lástima que los orientales se hayan ido sin molerles las costillas a los capitulares!

El señor Aldao, con muestras de abatimiento y la cara entre las rejas, dice:

—Lo esencial es salir pronto y bien de esta apretura. No las tengo todas conmigo.

Su compañero de infortunio lo conforta:

—El gobernador, en el fondo, nos aprecia más, a usted y a mí, que a los cantimplas del Ayuntamiento. Y hay que estar ¡caracho! a las duras y a las maduras.

19

Una ejemplar elección fragua la diputación.

LOS ilustres capitulares han cedido una sala del Cabildo a los señores diputados para un cometido de notoria trascendencia: elegir gobernador intendente y capitán general de la Provincia.

El gobernador interino, teniente coronel López, pide que el Poder se confiera por la voz del soberano pueblo. El asumió la dirección de los negocios y destinos de Santa Fe, en horas aciagas, llamado por la salud pública. Más limpios ahora los horizontes y sosegados los espíritus, desea que la situación se legitime.

El teniente coronel López ha debido ausentarse momentáneamente con unos escuadrones de cívicos. Los artilleros porteños — desertores del ejército de Balcarce — abandonaron el cuartel para unirse en las chacras con unos blandengues descontentos por el atraso del prest. El gobernador los desarmará y traerá

atados en cuerda.

Se piensa que el disturbio viene de sigilosas maniobras de don Urbano de Iriondo y don Calizto de Vera. Por esa causa el gobernador los habría hecho arrestar. A don Urbano lo alojó en la Aduana y a don Calixto, antiguo secretario de don Mariano de Vera, lo expidió con destino al Hervidero, en el Paraná.

El europeo don Juan Luis de Iturraspe, a quien la autoridad esquilma a fuerza de contribuciones para equipar el ejército, dice en rueda ociosa, comentando esas circunstancias:

—Nuestro gobernador, con ser celoso en cuanto concierne a la disciplina y el respeto, no se muestra aficionado a verter sangre. Por menos motivos don Pancho Ramírez decreta las ejecuciones. Entre los recién fusilados conocí yo a un negro de mucha chispa. Era cocinero de Viamonte y, muy sinvergüenza o muy patriota, en un descuido de los porteños se pasó en Rosario a las montoneras del inglés Campbell... Yo deploraría que don Urbano padeciera por su conducta. Sus prendas de santafesino lo capacitan para rendir útiles servicios al Estado.

—Sí— apoya don José Manuel Gálvez—. Es don Urbano hombre de chirumen, pero amigo de travesear. Y en los tiempos andantes pueden las travesuras costar caras... ¿Por qué no nos vamos a la plaza, a curiosear? Hoy es día de elección.

Y se van.

Los diputados toman asiento. Tras una mesa de

patas salomónicas, asoma el busto del presidente. Un rayo de sol saca luces de la campanilla de plata. Y un tosco almanaque de pared indica que transcurre el día 9 de julio de 1819, año de Nuestro Señor.

Los circunstantes juran sobre un descabalado ejemplar de los Santos Evangelios, y el presidente, con frases untadas de solemnidad, menciona el objeto que los congrega y que especifica el bando tirado por el ilustre Cabildo.

El doctor Juan Francisco Seguí, representante del cuartel 1º, anuncia:

—Yo me abstendré de votar. Ese ilustre Cabildo ha vulnerado mis inmunidades; me arrestó, atribuyéndome maquinaciones inverosímiles en relación al alboroto de las tropas auxiliares del Oriente. Protesto. Y si estoy libre es, señores diputados, por la generosidad del ínclito jefe de los santafesinos.

Levanta la asamblea un rumoreo de contrariedad. Don Gregorio Antonio Aguiar toma la palabra:

—Nuestra misión no es protestar, sino elegir. El señor diputado no puede callar su voto; y si no vota, huelga en este recinto.

El doctor Seguí rearguye:

—Yo estoy aquí porque me asiste el derecho de estar. Al que no le guste, que me aguante.

La airada contrarréplica del señor Aguiar la ahoga el furioso repiqueteo de la campanilla.

—Señores — dice el presidente — pasaremos a elegir.

El doctor Seguí formula una observación:

—La asamblea está incompleta. Falta la representación del pueblo rosarino. Ese cuartel no debe quedar mudo cuando vamos a dotar a la Provincia de una cabeza.

Don José Vicente Roldán se rebulle en el butacón y grita, chabacano:

—El doctor Seguí hace méritos para ganarse un carcelazo.

—Yo sólo reclamo legalidad — prorrumpe el Dr. Seguí, agitando un puño—. Si hay serviles...

Vocerío. Denuestos.

El presidente aletea, apaciguadora, una mano, y explica:

—El comandante del Rosario, don Juan Antonio García, hace saber que los recursos del pueblo y campaña se hallan obstruídos por indecorosa desolación. Unos, ausentes de sus domicilios; otros, en la recomposición de sus habitaciones. Nadie puede venir. Pero agrega que todos conocen a quien fué lucro de su gloria y trasmiten su consentimiento para su designación.

—El teniente coronel López — puntualiza el señor Roldán.

Los diputados aprovechan la coyuntura para descubrir su opinión:

—¡Viva el teniente coronel López!

El doctor Seguí, puesto de pie, exclama:

—Yo también vitoreo al insigne jefe. Pero los votos de los rosarinos no se pueden computar. No es for-

mal; no es jurídico.

—Ni falta que hacen esos votos — bramó el señor Roldán.

A este punto entra al recinto un caballero de levita color pasa y, enrollado al cuello, un poncho de viaje. Entrega un pliego al presidente: su credencial de diputado por Rosario. Es don Ventura Correa que, con sacrificio, viene a cumplir su deber. Espera que para no sufrir necesidad, algún santafesino acogedor le brinde cama y mantenimientos.

Los ánimos se serenan y los señores diputados, en un santiamén, dan cima a su obra.

El escrutinio de la elección se lleva al Cuerpo Capitular, que está reunido y a la espera en la sala vecina.

Cabildantes y diputados salen al balcón. Hay enfrente una fila de milicos y más atrás un pelotón de papanatas y curiosos.

El presidente del Cuerpo Capitular, don José Elías Galisteo, monda el pecho y declama:

—Santafesinos: La honorable diputación ha nombrado por uniformidad de votos al benemérito ciudadano teniente coronel Estanislao López, a quien desde hoy debéis honrar por gobernador intendente y capitán general y prestarle los respetos de su elevada jerarquía. Esperemos que de su natural valentía y práctica militar fluirán (como ya os consta) la defensa de los derechos de nuestra Religión y Libertad.

Sombrerazos y ovaciones. Los milicos apretan los

gatillos y la nube de humo se eleva en la atmósfera diáfana. Campaneos. Canglor de trompetas. Vuelo azorado de pájaros.

El Cabildo ordena tres noches de iluminación y tolerancia con los buenos patriotas que se mamen.

18

López, Ramírez y Artigas
quieren hacer buenas migas.

REINA en Coronda inquieta expectativa. Las gentes están, atisbadoras, en las puertas de las casas. Alguna comadre peina con largas brazadas la suelta mata de pelo que le desciende por un hombro. Un idiota, sentado contra la pared y ennegrecido de moscas, mira, inmóvil, al infinito.

En la Comandancia Militar flamea — señal de acontecimiento — la bandera de Santa Fe: celeste y blanca con un rojo listón transversal. El color de la sangre es del gusto común de los paisanos.

Montan guardia, a caballo, un grupo de blandengues santafesinos y un grupo de lanceros artiguistas. Más allá forman, con su capitán, los dragones de la Independencia y cercamente relumbran los instrumentos de la banda. Los músicos son porteños, capturados, en viaje al ejército del Perú, por las montoneras del Norte.

En una pieza de la Comandancia se entrevistan

los generales Estanislao López y Francisco Ramírez. Los dos caudillos tratarán asuntos esenciales para las provincias del litoral y la felicidad de la República. El general López ha venido, en carruaje, de Santa Fe, y el general Ramírez de Punta Gorda, atravesando el río.

Se ha elegido para el encuentro trascendental un claro día de octubre. La vegetación de Coronda ostenta las gamas ardientes que le da, bajo el rebozo de los arenales, una tierra de generosa grosura.

Bulle en la plaza un corro de vecinos conspícuos. Son los que saludaron, en nombre del pueblo, a los huéspedes ilustres.

Y dialogan Don Pancho Negrete y don Celedonio Maciel, hombres de razón y sabedores de asuntos públicos.

—Veremos las resultas de esta conversación de los jefes.

—Siempre que sea para cimentar la paz... Dios ha puesto a Coronda en el tránsito de los ejércitos y ningún pueblo de la Provincia sufre más el azote de la guerra. Por aquí pasaron, arrasadores, Viamonte, Díaz Vélez, Balcarce...

—Ansiamos la seguridad de nuestras familias y el medro de nuestras haciendas. Y las ambiciones y los odios de los mandatarios nos acarrean inminentes peligros. Al gobernador López lo reputo amigo de la paz, pero la paz, por desgracia, depende de la voluntad de todos. Los orientales y los porteños tiran a matar-

se y los santafesinos no podemos, aunque sea nuestro gusto, quedarnos sosegados.

—No es codiciable destino el del pavo de la boda.

—El gobernador López ha procurado hasta ahora guardar el equilibrio. Pero no hay caso. Porteños y orientales lo recelan. Artigas está que bufa porque no se le permitió acampar en Santa Fe a un ejército de observación contra Buenos Aires. Y el director Rondeau, a su turno, nos considera ya enemigos por haber aprisionado al brigadier Marcos Balcarce, que iba a reemplazar a San Martín, y al diputado por Charcas, doctor Serrano, que llevaba una misión secreta a Tucumán. Hay que decidirse: o por los orientales o por los porteños. Si unos y otros se nos echan encima, estamos fregados.

—Tal vez la reunión de hoy señale un rumbo a los negocios.

—Así lo creo.

—¿Y nuestro gobernador tendrá facultades para llevarnos por los caminos que él elija?

—Completas. Y congratulémonos. Es una cabeza clara, un brazo fuerte y un corazón apasionado por el bien común... La junta de constituyentes sancionó un estatuto influído por ideas modernistas. El gobernador lo repelió y se hizo plumear uno, dícese que por la mano del cordobés Urtubey. Con ese estatuto dispone de vida y bienes de los santafesinos. Confiemos en su perspicacia, su amor a la tierra y sus sentimientos humanitarios.

A esta sazón estalla la música, los soldados se ierguen y salen de la Comandancia, con áulicos y edecanes, los dos caudillos. Estos conversan y sonrien. Trasuntan optimismo Los espectadores intuyen que los jefes han concertado sus opiniones y sellado una sólida amistad. ¡Qué sea para ventura de las provincias y de sus egregios conductores!

El carruaje de flexibles sopandas se arrima a la vereda. Suben el gobernador y el general — retaco, moreno, fornido — y, tras ellos, el doctor Juan Francisco Seguí, ministro de López, y el fraile Monterroso, suave y siniestro, secretario de Ramírez.

El general entrerriano asómase por la ventanilla para saludar a los coronderos.

¡La cabeza de Ramírez!

Y el carruaje, removiendo el arenal y crujientes sus resortes, toma el camino de la Capital. Lo escoltan blandengues y lanceros.

El general entrerriano dejará en Santa Fe a José Miguel Carrera con 800 orientales y chilenos y pasará a la Bajada, para dar cuenta de lo acordado al Protector de los Pueblos Libres.

VI retablo de peleadores

20

Campbell, corsario irlandés, aborda a Hubac, el francés.

EL sopor de la siesta de diciembre abruma a Santa Fe. Las calles están vacías; los árboles inmóviles; el ámbito sin resonancias. Los perros se enroscan aletargados en las penumbras, las gallinas escarban el arenal al hallazgo de algún despojo de sandía y remotamente cruje, perezoso, un malacate. En el sosiego profundo de la hora hay quien se agita y trabaja: Laureano Martel, el armero. El jefe de la plaza le envía fusiles, lanzas y sables para componer. Rotas las hostilidades con Buenos Aires las demandas del ejército apremian. El gobernador López se ha ido para abajo con el general Ramírez. Tal vez ya estarán peleando por la parte del Arroyo del Medio.

Unos gritos angustiados y un martilleo de galope violan, de súbito, esa quietud de embrujamiento. Los santafesinos dejan bruscamente sus catres y su modo-

rra para atisbar. Hay vaivén de figuras, revuelo de enaguas, asomos de papillotes tras el enrejado de las ventanas saledizas y en el cubo de algún mirador.

¿Qué ocurre?

Pasa un jinete en cueros vivos y en caballo sin recado ni bridas. Los hombres abren la boca con festivo sobresalto y las mujeres se entran arreboladas y remilgosas.

El extraño transeúnte prosigue su correr desaforado. El sol cabrillea en su piel blanca, barnizada de sudor. En el Cabildo cubren con un capote su desnudez y lo conducen a la presencia de don Juan Antonio de Quintana, que descabeza un sueño en el butacón ministerial.

El señor secretario de hacienda inquiere, con alarma:

—¿Ha perdido usted la chaveta?

Don José Robledo, español, dueño de una tienda y de unos animales de tiro, relata:

—Señor: fuí a traer pasto de la quinta de Larramendi, cuando una turba de indios me despojó de todo, inclusive el apero y el rendaje. Me dejaron *in púribus*. Sólo tuvieron la piedad de no quitarme este cinturón de sapos que uso para cura de la culebrilla. Yo pido a usía el recobro de las prendas y el escarmiento de la chusma malvada.

—¿Para éso tanta bulla? — repone el señor de Quintana, bostezante y desabrido. — Vaya no más. Se dictarán las providencias pertinentes.

—¿Y entretanto que me pongo yo? — exclama el cuitado.

—Vaya no más — repite el señor de Quintana, severo, señalando la puerta.

Momentos después sale en comisión, con tres milicos, el ayudante Gálvez. Debe dar un trato benévolo a los indios. Son instrucciones que dejó el gobernador López. Cuando a los indios se les necesita para pelear, no es cosa de hostigarlos.

Pero en el curso de la misma siesta se olvida el insignificante episodio. Del lado del río viene un estruendo de cañones y un fragor de combate. Y hacia allá acuden soldados y curiosos.

En la boca del Colastiné está, hace días, una escuadrilla del Directorio que bloquea a Santa Fe y cierra el paso del Paraná. La comanda el sargento mayor Angel Hubac, corsario francés. Ya los rinconeros, siempre audaces, lo han tiroteado, desde sus canoas, sin causar perjuicios.

Ahora el asunto es más arduo para los porteños. Campbell se ha venido de Goya con cinco faluchos y una nutrida dotación de indios guaycurúes. Hubac tiene que vérselas con un rival a la altura de su coraje y experiencia. Campbell, irlandés, servía de marinero en la primera invasión inglesa, y desertó. Obedece a Artigas.

En línea de batalla vienen los faluchos de Campbell, hinchadas las velas latinas y rectas las proas al bergantín porteño: el "Aranzazu", la nave capitana, a

cuyo bordo está Hubac con la tripulación y sesenta cívicos de desembarco.

El bergantín despide fuego por todas sus bocas; mas el enemigo no se desvía. El acierto de los artilleros despedaza dos faluchos y los indios, con alaridos montaraces, avanzan a nado.

Los tres faluchos se arriman a la popa del bergantín y los guerreros de Campbell, con su jefe a la cabeza, pisan la cubierta del "Aranzazu".

Desde la costa y amparados por la arboleda, grupos de santafesinos espían, con emoción, el tumulto de la lucha. Imprecaciones y estrépitos. Sablazos y ráfagas de plomo. Relampaguean los aceros de las armas y los torsos de los combatientes. Nubes de patos abandonan medrosos sus refugios.

Los atacantes, rechazados, se arrojan al agua y sin cesar la gritería de desafío y de burla, van, a veloces brazadas, a la isla. Campbell, allí, reorganiza su fuerza.

Los vencedores no están para perseguir a los vencidos. De los sesenta cívicos, cuarenta figuran entre los heridos y los muertos. Toda la oficialidad ha sucumbido. El sargento mayor Hubac, con las piernas destrozadas, tiene vida para pocas horas.

Y en los dos palos del "Aranzazu" se tiende el velamen. El bergantín con sus embarcaciones secundarias y los tres faluchos capturados, se aleja aguas abajo, en procura del río de La Plata. Queda levantado el bloqueo.

Los santafesinos se vuelven a la ciudad para esparcir la noticia de una derrota que ha sido un triunfo.

Nadie se preocupa en esas circunstancias del ayudante Gálvez que está preso, con una barra en los tobillos. Mató a los indios que desnudaron a José Robledo. De su suerte dispondrá el gobernador López a su regreso de la campaña.

21

En Cepeda derrotó
a las fuerzas de Rondeau.

EN la plaza Matriz cinco reos ponen las espaldas al aire, condenados a recibir seiscientos palos, en público, para escarmiento.

El delito de los reos reviste gravedad y en otras circunstancias costaría la vida. Son cinco blandengues desertores, que anduvieron por los contornos de Santo Tomé, robando frutas y mujeres.

Para distracción de la plebe, hay una banda de música. Sus músicos tocaban en la división del coronel Lamadrid y recientemente se pasaron a la montonera santafesina del capitán La Rosa. El ejército de Belgrano se descuajaringó en Arequito. Es un enemigo menos para el gobernador López.

Suenan los parches y aparatos de viento y a la par unos peones de cuartel aplican, vigorosos, los baquetazos justicieros. Por curtidos que sean los malhe-

chores, no podrán soportar sin desvanecerse el bárbaro charqueo de lomos.

Pero no se han distribuído más de cincuenta golpes, cuando llega un alférez del Cabildo con orden superior de suspender la marimba.

Un oficio del general López anuncia que las armas del ejército combinado han obtenido una gran victoria. Y el gobernador delegado perdona a los reos.

Se echan a vuelo las campanas de la Merced, la Matriz, Santo Domingo, San Francisco. Los cañones de la Aduana queman una libras de pólvora. Y una multitud algarera afluye a la plaza.

La gente principal, incluídos militares y sacerdotes, entra al Cabildo. El gobernador delegado agita en la diestra la comunicación del general López: el ejército de Rondeau, batido en la cañada de Cepeda, huye hostigado por lanzas y sables. El glorioso acontecimiento ocurrió hace tres días, el 1º de febrero de 1820.

Los ordenanzas sirven refrescos y pasteles. Los circunstantes conversan, jubilosos. Y cuando se alude a la inevitable mortandad de la batalla, un velo de angustia ensombrece algunas caras; son los que piensan en la suerte de los parientes y camaradas que están allá.

Sobre la reunión tienen joviales vuelos de mariposas las frases optimistas:

—Un nuevo laurel adorna las frentes de López, de Ramírez, de Carrera...

—No olvidemos a Campbell, europeo corajudo y buen católico.

—Que se convenzan los enemigos de la bravura de las huestes santafesinas.

—Y sepan que nadie nos ofende con impunidad.

—¡El pavor que habrá entrado en Buenos Aires!

—El general López, bien lo conocemos, no detendrá su marcha.

—Y los jefes montoneros atarán en la pirámide de Mayo las bridas de los corceles de guerra.

—El orgullo porteño sufrirá un golpe atroz y merecido.

—Y que se asegure, por fin, una paz perpetua.

—Y todos trabajemos en buena armonía.

—Y no se vea precisada la autoridad a secarnos a contribuciones para el sostén de las tropas.

El gobernador delegado grita desde el balcón y corea la multitud:

—¡Viva Santa Fe!

—¡Vivaaa!...

—¡Viva nuestro jefe ilustre!

—¡Vivaaa!...

—¡Vivan los heroicos "siruríes!"

—¡Vivaaan!

El populacho se desperdiga y la banda de música de Lamadrid acomete unas marchas patrióticas.

Momentos después se restablece la soledad y el silencio, y un grupo de capitulares cruza la plaza con un vistoso ramo de flores: van en visita de agasajo a

doña Pepa Rodríguez del Fresno, hija del maestro cirujano y esposa del caudillo.

22

Se ciñe en el Gamonal
otro laurel inmortal.

DELIBERA el general López en su tienda de campaña, con altos jefes de su ejército y su secretario don Cosme Maciel, señor silencioso y taciturno. Carece éste, sin duda, del brillo y de los repentes del doctor Seguí, pero de cualquier modo maneja la péñola con juiciosa alacridad. El doctor Seguí sufre cárcel, aparejado a don Luis Aldao. Lo culpan en Santa Fe de unos pasquines echados contra la empresa guerrera del gobernador.

El ejército santafesino ha acampado en ese paraje — nacientes del Pavón, — conocido por las chacras del mayor Benítez y también del Gamonal. Ha parado para proteger el paso de sus bagajes y también de los prisioneros del Pergamino. Se atrincheraba en el Pergamino la división del capitán Obando y sobre ella cayó, de noche y por sorpresa, la escolta santafesina, acuchillándola. Obando logró huir. Este Obando es aquel capitán de pardos que acompañó al gobernador Vera a su destierro y que pone desde entonces su brazo y su indómita tenacidad para combatir al acusado de usurpador. Es fiel en su adhesión

a Vera y en su odio a López.

Va creciendo la mañana del 2 de setiembre de 1820. Una brisa fresca peina los pastizales y en el cielo añil se deslizan lentamente algunos girones de nubes que, como un párpado, tapan a momentos al sol. El campamento descansa sus fatigas. Los soldados, en círculos, matean y fuman. Alguno, a son de guitarra, canta y el corro celebra, con rudos dicharachos, la letra de las canciones. Son, alternados, donaires a mujeres y oprobios a Dorrego, el general enemigo. Alegra los ánimos el saber que hay racionamiento para la tropa. No olvidan las penurias que siguieron a la retirada de Buenos Aires: tres días sin comer, mascando yuyos y guascas.

Pero esa calma no implica despreocupación. Están los caballos ensillados, las cureñas ensebadas, las armas prontas. Centinelas y bomberos miran a todos los rumbos y aguzan unos oídos sensibles a los más débiles rumores de la Pampa.

En la tienda del general se examina la situación, se inducen las intenciones de los contrarios y se convienen las medidas para cada eventualidad.

—Después de su insignificante triunfo de Pavón — dice el general López — y de su asalto traicionero a las fuerzas de Alvear y de Carrera en San Nicolás, yo imagino que Dorrego, alucinado, querrá buscarnos. Ya tendrá noticias nuestras por boca del desnaturalizado Obando. Y si no nos busca él, deberemos buscarlo nosotros. El Ejército Federal posee ahora entusias-

mo y recursos para infligirle un inolvidable escarmiento.

—Y hacerle pagar — opina el comandante La Rosa — los insultos que nos dedica en sus oficios a Buenos Aires y al Interior: ladrones, asesinos, cobardes...

—Ya le probaremos cuán equivocado está y que quien injuria a Santa Fe y a los santafesinos, recibe fatalmente el castigo de su temeridad.

Los circunstantes apoyan los conceptos del caudillo y se prometen obrar en la hora trágica con fiero rigor.

La belígera tertulia sigue desflorando sus temas, hasta que irrumpe, presuroso, el oficial de una partida de exploración.

—General: a cosa de una legua, a retaguardia, se viene el grueso del enemigo.

Circulan rápidas órdenes, el campamento se sacude y a poco están los montoneros a caballo y agrupados, con sus capitanes.

Toda esa masa palpitante y viva, con color de barro y reciedumbre de árboles, como una emanación de la propia tierra, camina al mando de su general. Detrás del horizonte los espera la victoria o la muerte.

Hay un tintineo de metales, trémulo, angustiado: son las espuelas de los jinetes. A la vecindad del peligro, la carne se rebela. Ese involuntario temblor se disipará con la primera embestida, con la primera ráfaga de sangre, cuando todos los instintos y los esfuerzos se alíen en la tarea de matar.

Y marchan en la clara mañana. Bandadas de teros gritan, bailadores, encima de sus cabezas; alguna perdiz remonta su vuelo súbito y sonoro; algún ave zancuda los mira, alerta, junto al cristal de un charco.

Ya se divisan los enemigos, desplegados sobre una cuchilla. Tienen por jefe a un soldado insigne de la Independencia.

Los blandengues chillan, con su acostumbrado chillar de siriríes; los escuadrones de guaycurúes echan al viento sus espeluznantes alaridos de alimañas de selva.

Avanzan resueltamente el Ejército Federal y el ejército porteño. Son dos huracanes contrapuestos.

Los hocicos de la caballada se estiran, ardientes los belfos, dilatadas las narices, como si también husmearan la voluptuosidad de la sangre. Y el sol pone un resplandor de fuego en la lámina de los sables y en la moharra de las lanzas y en las pupilas afiebradas de los combatientes.

Ya llegan; ya están encima.

Choque.

Tumulto.

Fragor.

La línea porteña cede, se quiebra y finalmente se desbanda, sorda al llamado de las cornetas militares.

Persecución despiadada. Muchas leguas de correr perseguidos y perseguidores. Y cuando el cansancio doblega a las cabalgaduras, los jinetes se apean con los aceros ansiosos de un flanco donde clavarse.

El coronel Dorrego huye; va en mangas de camisa para confundirse en el tropel de los fugitivos.

Bajo el cielo luminoso se esparcen los cadáveres de hombres y bestias, y los prisioneros se amontonan en confusión de ganado asustadizo.

Buenos Aires ya no tiene ejército; Santa Fe podrá dictarle las condiciones de la paz.

El general López está en el campo de la batalla del Gamonal grave y silencioso; hombre y corcel tiran una sombra gigantesca sobre los pastos pisoteados, y a la vista de esa obra de destrucción y muerte, recoge las bridas, adelanta la diestra en el vacío y exclama con emocionada teatralidad:

—¡Basta de sangre!

He ahí una actitud de vigor plástico y alcance simbólico para el artista que, aun no nacido, cincele a su hora la figura encuestre del héroe.

23

En fragorosa refriega
a un nuevo rival doblega.

CORONDA.
26 de Mayo de 1821.

El general López ha llegado a las tres de la tarde. En una hondonada de las cercanías de este pueblo oculta sus tropas y adelanta partidas sueltas de montoneros para azuzar al enemigo.

El enemigo es ahora el general Ramírez, Supremo Entrerriano, antiguo compañero de intrigas y batallas del jefe santafesino.

El general Ramírez ha fundado la República de Entre Ríos con la anexión violenta de Corrientes y Misiones. Sueña agregar a sus dominios a la Banda Oriental, que los portugueses no aflojan. Ya lo sacó del medio a Artigas, el Protector de los Pueblos Libres, que ha debido guarecerse bajo el ala del tirano Francia.

Exige el Supremo que el general López, a quien ya llaman el Patriarca de la Federación, rompa la paz firmada con Rodríguez, gobernador porteño. Y como el caudillo de Santa Fe se niega, van ahora a medir sus armas y probar sus quilates. El destino fallará en este día por el poderío del Patriarca o por el poderío del Supremo.

El general Ramírez acampa en las proximidades. Festeja su reciente paliza al coronel Lamadrid. El coronel Lamadrid venía de Buenos Aires, con húsares y milicianos, para servir al general López. Y caminando entre la cerrazón de estas mañanas de invierno, a pocas leguas más acá del Rosario, cedió a la tentación de caer sobre la retaguardia de Ramírez y ganar para sí la gloria de la empresa. Pero el jaguar lo deshizo con unas dentelladas.

En esta estación del año los días se acortan. Pronto vendrá la noche. Y el jefe de los santafesinos la espera, como al mejor aliado. Los enemigos son bravos

y duchos, bien lo sabe, pero no conocen el terreno que pisan. La obscuridad acrecentará la ventaja.

Del lado del pueblo se remonta el lúgubre ladrar de la perrada. No hace un año aún, allí mismo, los dos caudillos, de aparceros, concertaban la guerra contra Buenos Aires. Y pulverizaron a Rondeau, a Soler, a Dorrego, eminentes capitanes de la época. Hoy los dos acechan y afilan la zarpa para el duelo mortal.

Están los montoneros a pie y con los pingos del diestro y está también la división de húsares del coronel Arévalo, división porteña rehecha después del descalabro de Lamadrid. La ondulación del suelo les cierra el horizonte, y aguardan, en silencio profundo, la señal de montar y embestir.

El general López escruta, desde la loma, la lejanía. Lo rodean algunos comandantes. Ahora se encarga de los papeles el doctor Seguí. Ha reemplazado a don Cosme Maciel, que, a su turno, ha ido a dar a un calabozo de la Aduana por ciertas veleidades políticas.

El doctor Seguí oficia de augur:

—Esta será la tumba del hipócrita capcioso del sistema federal.

Los militares asienten a la frase barroca del letrado, que sin duda encajará en los textos de alguna proclama.

Llegan distantes estampidos de fusilería: se tirotean las partidas con los soldados de Ramírez.

Y cuando despuntan las primeras estrellas, se aproxima el trueno de unos galopes furiosos y surgen de

las sombras crecientes los bultos de hombres y caballos. Todo el centro entrerriano se ha lanzado a la persecución de los guerrilleros, y los guerrilleros, burlones y gambeteantes, huyen y traen a sus enemigos a la zaga.

El trompa de órdenes arranca un grito agudo a su clarín, y montoneros y húsares, sobre sus recados, trepan la hondonada y se precipitan contra la férrea columna que se viene, arrolladora.

El encontronazo es duro, trágico, fulgurante. Sables y lanzas se mojan en sangre enemiga, sangre fraterna. Las boleadoras, con zumbidos siniestros, trazan en el espacio círculos de muerte. Corceles enloquecidos arrastran, rebotante por los pastos, el cuerpo exánime del jinete.

De las masas contendoras una debe predominar y la otra perecer. Y en la confusión y en las tinieblas preñadas de alaridos y de agrios hedores, los entrerrianos retroceden y finalmente se desgranan, buscando salvación. Implacables, ahincados, los triunfadores acuchillan la espalda de los fugitivos. Y las otras dos alas —la izquierda y la derecha— del formidable ejército de Ramírez, se desbaratan envueltas en la derrota.

El Supremo, ya todo perdido, huye también a ciegas y al amparo de la noche. A su lado va, para anécdota romántica de los historiadores futuros, Delfina, su amor. Lo custodia un pelotón de fieles y con ellos el fraile Monterroso y el coronel King, un norteamericano gustador de aventuras y peligros.

Rumbea el Supremo para Córdoba; por allá anda

José Miguel Carrera. En su seguimiento sale el comandante Orrego, con una compañía de blandengues. Es su consigna apresarlo vivo o muerto.

Un casco de luna derrama de pronto su resplandor plateado sobre la desolación del campo de la refriega; y cornetas y tambores, con un son de júbilo cruel, apagan el coro indiferente y tenaz de los batracios.

Y a las oraciones de la Ascención del Señor, entra el héroe en Santa Fe. Hora fausta. Repiques, cañonazos y ovaciones. Desfilan los prisioneros que escaparon a la matanza, y, valioso trofeo de guerra, se tremola el estandarte del Supremo Entrerriano.

24

Por malvado y por blasfemo
lo decapita al Supremo.

MISTER Richard Orr está en Santa Fe hace veinte días. Espera al gobernador propietario que anda en campaña, tras la última hueste del Supremo Entrerriano.

Míster Orr, comerciante de Buenos Aires, es dueño de los paños y quincalla que, marchando a San Juan, le secuestraron las montoneras en la posta de la Esquina. La mercancía se depositó en la Aduana. Para gestionar su devolución, trae documentos del comodoro inglés representante de su Soberano en el país y una carta de don Jerónimo Pío Biangui, caballero del hábito de Cristo y jefe de hacienda en Montevideo.

El alcalde de primer voto asegura que el gobernador propietario, a su vuelta, accederá al pedido. Ya le hizo entregar al vicario Amenábar las especies que

se encaminaban por una tropa al monasterio de las catalinas cordobesas.

—Yo soy —explica míster Orr— un comerciante inglés sin tocamiento con las facciones políticas. He deseado acogerme a las leyes del país, atraído por las ideas liberales que sus agentes propagan en Europa.

Míster Orr se aburre. Ya no tiene ni qué leer. Ha ido a pescar al Quillá y ha ido al reñidero de gallos. Desde la costa ha visto las goletas y bergantines porteños de Zapiola que cuidan a Santa Fe contra los probables ataques de Entre Ríos y en el reñidero ha formado algunas relaciones interesantes.

Posa en casa de don Manuel Igancio Díez de Andino, anciano señor de distinción y muchas cortesías. Míster Orr lo estimula en la tarea de llenar pliegos con noticias meteorológicas y dizques cotidianos de la ciudad.

—Con escribir usted su diario —discurre— realiza un servicio público mayor del que supone. Si sus papeles salvan los azares del tiempo, serán una valiosa fuente para estudiar y reconstruir la vida actual. Los mejores libros históricos de Inglaterra, se nutren con las memorias de quienes fueron testigos o sólo contemporáneos de los acontecimientos. Acaso los manuscritos suyos exceptúen a su nombre del olvido que nos tragará a todos.

Esas palabras suscitan a don Manuel Ignacio la visión de venideras generaciones de historiadores y novelistas santafesinos a la búsqueda en sus garrapatos

del atisbo de una existencia fenecida.

Y desde entonces los transeúntes nocturnos pueden ver, más empeñoso y hasta muy adelantadas las horas, el busto de don Manuel Ignacio, dentro del aro resplandeciente del quinqué y torcido sobre el rectángulo del papel catalán.

Esa tarde míster Orr se echa a caminar, a cualquier rumbo. Viste un talar abrigo de pieles que compró en Liverpool y que despierta admiración y codicia. Ya don Manuel Ignacio le ha advertido que con esa prenda no es juicioso rebasar los alrededores de la plaza, a menos de volver desnudo.

Los tejados proyectan sobre el centro de la calle un sinuosa línea de sombra. Por encima de los tapiales luce el oro de los naranjos y limoneros. Alguna vez míster Orr se detiene a contemplar despaciosamente el arduo garabato de un ventanal o de un pie de lámpara clavado en una esquina.

Y los parroquianos de la próxima pulpería, en ronda de cañas, inquieren, con extrañeza:

—¿Qué mirará el inglés?

Y el inglés traza, en su libreta, un rápido bosquejo del herraje.

Desemboca míster Orr en la plaza, bañada con el claro sol de invierno. Desfilan los escolares de primeras letras, rojas las narices de frío, con su maestro don José Alcázar y el regidor de policía. Y van a reunirse al grupo de personas que, apiñadas frente al Cabildo, levantan, curiosas, los rostros.

Míster Orr también se acerca. Prendida a un garfio, sobre la pared del Cabildo, está, en tosca jaula de hierro, una lívida cabeza cercenada, de pelos negros, hirsutos, tempestuosos.

No puede míster Orr evitar un escalofrío y una náusea. ¿Para qué exhibir ese despojo? ¿Para qué traer a los niños a presenciar semejante cuadro?

La respuesta se la da el maestro Alcázar, que perora a sus alumnos, señalando la jaula:

—Niños: ahí tenéis la cabeza del Supremo Entrerriano, a quien el Diablo extravió por los senderos de la ambición y del orgullo. Esa cabeza la cortó la mano inexorable y justiciera de nuestro gobernador. Tal el fin de los malvados, así sean poderosos. Niños, no lo olvidéis.

Se avecina a míster Orr un caballero de capa verde y picaduras de viruelas. Muestra la insignia de los jueces: un bastón de ébano y en el oro del puño las armas de la Provincia.

—Esta es una ostentación innecesaria; esto es sembrar odios entre los hijos de la propia tierra — dice míster Orr.

El juez recoge las imprudentes palabras del extranjero y formula una pregunta:

—¿En su país, señor, qué hacen con los malhechores?

—Se les entrega al verdugo.

—¡Ah! No será para que les den chocolate.

El sarcástico señor juez se aparta con fastidio y

míster Orr queda meditando. Efectivamente, en Inglaterra también se decapita a los foragidos y también se congrega el público, vocinglero, para presenciar la escena de sangre. Sobre algunos cuellos reales ha caído el hacha del verdugo. ¿Por qué entonces atribuir excepcional crueldad al vencedor que exhibe, como trofeo de guerra, en una jaula o en una pica, la cabeza del vencido? Este áspero país se está modelando y sus jefes viven circuídos de insidias y de acechos. Tienen que defenderse de mortales peligros. Y acaso intuyan bien la psicología popular, cuando le dan al populacho, como un juguete, la cabeza del general enemigo.

De estas reflexiones lo sustrae un vocerío de jinetes que llegan y descabalgan. Son los mensajeros de una noticia feliz: la escuadrilla de Zapiola acaba de destruir a la escuedrilla entrerriana. En las aguas del Colastiné flotan los cadáveres y los restos de navíos. Entre los muertos figura Monteverde, el jefe contrario. Ha sido Leonardo Rosales el héroe de la gloriosa jornada. Dicen que Francisco Martínez Puerto Real, patrón santafesino de una lancha, se distinguió por su bravura.

Míster Orr retorna a su alojamiento. La atmósfera limpia de la tarde se estremece con el estrépito que producen sacristanes y artilleros.

En la casa está en visita de cumplido el maestro de cirugía don Manuel Rodríguez, suegro del gobernador y encargado de preservar de corrupción a la cabeza del general Ramírez. El maestro de cirugía y don Manuel Ignacio comparten la opinión de que muertas

las últimas esperanzas de los entrerrianos, se cimentará ahora una paz definitiva.

Y ya entrando la noche arriba de Córdoba, con sus blandengues y sus indios, el general López, quien autoriza el reintegro de las mercancías secuestradas a míster Orr. Siempre ha mirado con simpatía a los viajeros ingleses.

25

Muere Obando fusilado, por crudo y empecinado.

LOS coroneles Juan José Obando y Anacleto Medina sufren prisión. Medina acompañaba al general Ramírez cuando la degollatina de San Francisco, y a Obando lo ha remitido el gobernador Mansilla para que los santafesinos le arreglen las cuentas.

Obando, desde 1878, se puso al servicio de cuanta campaña emprendieron contra el general López, unas veces los ejércitos directoriales y otras los ejércitos de Ramírez. Ahora fué capturado como capitán de partida de López Jordán, el aspirante a la dignidad de Supremo Entrerriano.

Es Obando sujeto de mala estrella y de indómita bravura. Y por ser bravo y consecuente con sus rencores y sus afectos, gana entre los vecinos de Santa Fe, sus comprovincianos, muchas simpatías, necesariamente

silenciosas. El proclamar sentimientos amistosos para el cautivo, acarrearía sinsabores.

Está Obando tan seguro entre las cuatro paredes del calabozo y con la barra de grillos, que la guardia permite algunas visitas. Y esta tarde entra don Cosme Maciel, que fué secretario del general López, en la batalla del Gamonal y se indispuso después por intrigas palaciegas.

Quedan solos. Obando pregunta, atenuada la voz:

—¿Qué se dice por ahí, don Cosme?

—Completa tranquilidad. Nada se trasluce. Creo que todo saldrá a pedir de boca.

—¡Ojalá!

—Y si las cosas se tuercen, encomendémonos a Dios. Corremos un albur mortal.

—Justo precio para la salvación de la Provincia. Ya hace cuatro años que López tomó por usurpación el mando, y su tiranía es inaguantable. Nadie más capacitado que don Mariano Vera para labrar la felicidad de los santafesinos. Y él estará aquí apenas le avisemos.

—Don Mariano Vera cuenta con muchos partidarios, especialmente entre la indiada. Pero tendrían que verlo en persona.

—Y lo verán a su punto. Sería fatal para la causa una aparición prematura. También nos ayudará el gobernador Bustos; y el comandante Juan Antonio García, que es hombre y medio, nos tarerá de Buenos Ai-

res gente y recursos. ¿Y qué hace su hermano don Anselmo?

—Es diligente y optimista. Ya tiene organizada una partida con Antonio Piedrabuena, por el lado del Oeste, y otra partida de rinconeros en los montes. Y como hay que preverlo todo, esperará Ramón Yedros en la bajada del Campito con canoas y bastimentos para el caso de una fuga a la Banda Oriental.

—No es escapar lo que me encandila, don Cosme. Manuela Rápido le ha deslizado a Anacleto una ganzúa.

—Yo les traigo algo mejor: una llave de la puerta del calabozo que ha fabricado el platero Juan Francisco Vélez y una lima para cortar los grillos.

Los ojos de Obando se encienden con luces gatunas:

—¡Espléndido!

—Y además unas onzas, contribución de don Urbano de Iriondo, don Manuel Denis y don Pepe Freyre.

—¡Beneméritos patriotas! En don Urbano se perfila un ministro de Vera.

El señor Maciel rechaza con un gesto y repone, grave y jovial:

—No hablemos de las achuras antes de carnear el novillo.

En la penumbra de la celda brillan las herramientas y el oro, que Obando esconde cautelosamente.

—Anacleto y Crisóstomo Gómez —dice el preso—

no ven la hora de romper los grillos y entrar en acción. Tendremos dos buenos colaboradores.

—No dudo de la lealtad de Crisóstomo Gómez, pero no es del temple de Medina, hombre fogueado.

—Lo propio pienso. Crisóstomo secundará a Anacleto. El dragón Manuel Acosta, me ha traído valiosos datos para atropellar la guardia y acogotar a los ayudantes Aldao y Rodríguez, que parecen insobornables.

—Mucho cuidado con ese dragón.

—Es sincero, y le he prometido una recompensa deslumbradora.

—Sí; y por ahí lo agarra el miedo y viene la delación y el fin de todos.

—En estos asuntos, don Cosme, hay inevitablemente que fiarse de otros prójimos. Y ese dragón, por lo que sabe, puede prestarnos mucha utilidad. El mismo me ha sugerido cómo podríamos atraernos a las tropas. Las pagas sufren atrasos. Es cuestión de onzas, o de autorizar un saqueo con cargo de indemnizaciones.

—A mi juicio, y al de Anselmo, todo se habrá logrado si echamos la mano encima al general López. En la noche de pasado mañana, día de San Jerónimo, el general ofrece una fiesta en su casa. Hermosa oportunidad para capturarlo a él y a sus secuaces.

—Esa comisión la quiero yo — pide, animoso, Obando—. Ansío verme con él cara a cara. Y en un

segundo habrá terminado la afortunada historia del brigadier general Estanislao López.

El señor Maciel se agita, con sobresalto.

—No; no derramemos sangre innecesariamente.

Tras la puerta del calabozo hay rumor de pasos. Es prudente despedirse. Una entrevista dilatada puede suscitar sospechas.

Sale don Cosme. Lo saludan los milicos de la guardia y, ya a pocas varas de la calle, el ayudante Aldao grita:

—Cabo González, remáchele una barra de grillos al señor Maciel.

Don Cosme palidece, comprendiendo que ha rodado súbitamente a un abismo de sombras, y con el aliento que le queda pregunta, mientras el cabo González, a sus pies, le coloca el hierro:

—¿Por qué?

—Orden del gobernador. Y andan ya en busca de su hermano Anselmo y otras personas. El dragón Acosta los acusa de conspirar con Obando contra el Gobierno. La vida de ustedes está en un hilo.

Y don Cosme va, como reo, a ocupar un calabozo.

Don José Elías Galisteo instruye el sumario. Lo asiste de secretario don José Gregorio Bracamonte, escribano experto en esos menesteres. Sirve de cabeza la denuncia del dragón Acosta. Y Crisóstomo Gómez revela los secretos de la trama y los nombres de los complicados.

—Señor gobernador —informa el señor Galisteo, con alarma—, la tentativa criminal está comprobada y aparecen envueltos en el delito infame muchos que pasan por adictos a su excelencia y al sistema federal.

—Ejecutaremos a todos los culpables; es necesario un escarmiento ejemplar; así lo exige la ley imperiosa de la salud pública.

—Advierta usía que son numerosas las personas de rango comprometidas, sin contar la plebe. Imponer a todos el castigo correspondiente, importaría enlutar la ciudad. Y en tanto se ahonda la investigación, surgen nuevos responsables. No se adónde iremos a parar.

—Deberé una vez más mostrarme magnánimo con mis enemigos. ¿Y abulta mucho el sumario?

—Son únicamente once fojas, por las dos caras.

El gobernador recapacita y resuelve:

—Bien, cierre las actuaciones y me las manda. Que ejecuten a Obando, santafesino renegado y que dejará de ser peligroso con unas varas de tierra encima. Y cubramos el asunto con un velo de olvido.

—Su excelencia merecerá la gratitud del pueblo y el aplauso de la historia.

—¡Ah! Pero ese cachafaz de Juan Antonio García padecerá las consecuencia de su audacia. Pediré a Rivadavia que lo fusile en la plaza de la Victoria. Y lo hará.

Y con las primeras luces del día de San Jerónimo de 1822, Juan José Obando sucumbe contra una pared y de rostro a un abanico de fusiles.

Ha muerto sin temblar y sin hacer frases.

Fué, hasta su postrer instante, el hombre valiente de su fama.

26

Lo zurran en Melincué al héroe de Santa Fe.

CAMINA el general López con ciento cincuenta veteranos y milicianos. Viene de segundo comandante Juan Luis Orrego, buen militar, que ha sido capturador del Supremo Entrerriano y también gobernador sustituto de la Provincia.

El general López ha pactado una mutua ayuda con Martín Rodríguez, gobernador porteño, para escarmentar a los salvajes. La amenaza de los malones siembra la intranquilidad, y a veces el pavor, entre los habitantes de las dos provincias. Hay que hacer sentir a los indios el temple de los ejércitos legales y convencer a los pobladores de que están protegidos.

Para éso ha salido a campaña el gobernador López, que siempre toma los puestos de peligro y responsabilidad. Desde Melincué dió una batida a los toldos del cacique Lienán. Le hizo más de cien muertos,

le apresó una muchedumbre de chusma y libertó otra muchedumbre de cautivos. El cacique Curutipay, sabedor del desastre de sus hermanos, ha huído, y en su huída ha abandonado mucha hacienda.

La empresa es fatigosa y de innúmeros riesgos. En invierno y con seca, los campos están desolados. Los milicos sufren postración y sed. Se cavan pozos en procura de agua. Sobre el cielo de un azul raso, uniforme, anda el caranchaje, listas las garras para afirmar la presa. Y en las lejanías se conjuga el humo y la rojez de los incendios; los indios arrasan todo para dificultar la penetración de la tropa.

La columna rumbea a la estancia de Agustín Gómez, con intención de pulverizar las últimas reuniones de los caciques Lienán y Curutipay. En Nocayé se da tiempo el jefe para escribir y mandar al gobernador de Buenos Aires, amigo y aliado, un oficio con noticias de las felices operaciones que ejecuta.

Se viene la noche, la tropa acampa y, a la madrugada, los espías descubren la posición de los indios. El general López, que decide y obra siempre con instantaneidad, dispone marchar sobre los caciques; hay que guarecerse en la obscuridad para sorprenderlos y destruirlos.

Los expedicionarios atacan. Escalofriantes alaridos. Los indios sólo atinan a cobijarse en los árboles y en las zanjas mientras la caballada se les dispersa. Los cautivos hallan el camino de la libertad.

Pero han llegado, Dios sabrá de donde, unas par-

tidas de ranqueles, que acometen ágiles y belicosos. Queda envuelta el ala derecha, el centro se desarticula y la izquierda, asustada, abandona el campo. En ese vértigo de bultos sombríos y rafagueo de armas, el jefe no consigue imponer un orden. Y lo que era una victoria cierta, se torna en total descalabro.

Al apuntar la aurora, el general López ve enarbolada una lanza sobre la chusma ruidosa y triunfante, y en el hierro de la lanza una cabeza: es la cabeza del comandante Orrego.

Nada puede ya cambiar la suerte de la acción.

Y el vencedor de tantos ejércitos disciplinados y de tantos capitanes gloriosos, debe volver la espalda y buscar salvación en la fuga, vencido por los caciques.

Y después de tragar leguas y sufrir torturas, arriba a Melincué con un pelotón de leales, milagrosamente escapado a la persecución.

27

Obsequia a los orientales con promesas y panales.

LA vivienda del gobernador, en la calle de la Matriz, estalla esta noche en rumores y luces. La chusma, mirona, teje en la vereda comentarios admirativos.

El gobernador agasaja con un baile a los diputados de Montevideo. Celébrase el pacto que, entre clamor de vítores y tronido de cohetes, se suscribió por la tarde en la Sala Capitular. La invencible provincia de Santa Fe de la Vera Cruz, según reza el documento, forja una liga ofensiva y defensiva contra el insurgente e intruso emperador Pedro I, ocupante del territorio oriental.

La delegación la forman un alcalde, un regidor y don Domingo Cullen. Este sólo ostenta el título de diputado y es, del terceto, el más verboso y propenso a la simpatía. Ha congeniado mucho con el doctor Se-

guí. Ya residió el señor Cullen unos días en Santa Fe, allá por el año 18, atareado en la venta de unas arrias. El señor Cullen es muy buscavidas.

En las dos salas, de poltronas granates y tersas lunas, danzan las parejas al ritmo de arpa, guitarras y violines. Crujen las ballenas de los vestidos de sarao y espejean los rubios peinetones. Las misias, virtuosas y analfabetas, vigilan los modales de las niñas, y hablan de los cotones llegados de Buenos Aires, del sermón cuaresmal del canónigo Villaroel y también, visionarias, de duendes y aparecidos.

Entre el cálido tumulto se escurren las chinas con panales y sorbetes.

En el patio penumbroso, a la intemperie, hacen los hombres graves un corro parlero. En el mes de marzo —marzo de 1823— todavía sufren calor los santafesinos. La enredadera recién baldeada que trepa la pared y se ensortija en los sostenes del parral, despide un hábito de gustosa frescura.

En las manos de los caballeros brilla a momentos el mate de plata del Perú, y dan lumbre y hedor las tagarninas paraguayas.

El gobernador, los cabildantes y los diputados de Montevideo estiman ya como cierta y cercana la formación del ejército santafesino del Norte que sacará a Lecor y sus satélites de la casa ajena donde han ido a aposentarse. El general López, director y vocero de esta guerra, ya tiene a la firma las circulares para pedir la adhesión y la ayuda ineludible de las

demás Provincias.

—Será imperecedera la gratitud de los orientales —exclama el diputado don Ramón de Acha— y también imperecedera la gloria del ilustre jefe de los santafesinos.

—Vivimos — anuncia el doctor Seguí — un día luminoso para América.

Un cabildante prorrumpe:

—Los más ingentes sacrificios son pequeños en defensa de la Religión y la Libertad.

El general, hinchando el pecho, formula entonces una promesa mágica:

—Mi espada, siempre al servicio de las causas justas, no se envainará hasta que el último invasor abandone el suelo del Oriente.

La frase del caudillo provoca una oscilación afirmativa de los cráneos y acrecienta el optimismo que, como una onda perfumada de esa lánguida noche veraniega, envuelve a los circunstantes.

El cirujano don Manuel Rodríguez, que parecía dormitar bajo una magnolia, vierte una gota de acíbar:

—No esperen nada de las provincias; ni un soldado ni una onza. Los gobernadores darán buenas palabras, y nada más.

El cirujano entiende el arte de curar, pero nada sabe de los complejos problemas de la política. Sin embargo sus agüeros traen una turbación a los espíritus.

Ya muy adentro la madrugada los invitados se retiran. En la obscuridad de las calles blanquean los atavíos de las damas; los sirvientes las guían con sus faroles portátiles.

Y se oye un comentario:

—¡Ché! ¿Vieron cómo Cullen la miraba y la atendía a Joaquina?

—A lo mejor sale un noviazgo.

—No hay que fiarse de los forasteros.

Joaquina es Joaquina Rodríguez del Fresno, hija del cirujano y viuda de Tiburcio Aldao. Cuando le nombran a Domingo Cullen, la cara se le enciende y con nervioso remilgo estruja el pañuelo.

28

La lepra arrasa, y su suegro pinta las cosas de negro.

ATAREADO y afligido anda el cirujano don Manuel Rodríguez. La salubridad pública exige remedios heroicos. Grave es que las gentes no se percaten de la magnitud del azote.

Ha resuelto ahora visitar al gobernador, su yerno; le dará cuenta de la situación y de las medidas aconsejables.

El general López lo recibe.

—¿Qué vientos lo traen, don Manuel? ¿Siempre con sus pedidos? Ya le hice aumentar la subvención.

—Nunca pido para mí, Estanislao; y si alguna vez pedí, fué, como le consta, para no irme a otras tierras en procura de sustento o por no allanarme a la vergüenza de ejercer la mendicidad.

El general asiente con una sonrisa, y el cirujano prosigue.

—Es indispensable que el gobernador se entere: la lepra, mal de San Lázaro, se arraiga y prospera en Santa Fe de modo atroz. La mortandad de una batalla levanta clamores; la mortandad de la lepra deja a todos insensibles. Eso es ignorancia. La epidemia, si no se la ataja, minorará el número de los habitantes de este suelo.

—Para atajar está usted, don Manuel, el maestro cirujano de la ciudad.

—Poco puedo hacer sin la ayuda de los Poderes Públicos.

—Vivimos tiempos de inopia; el erario dificultosamente sufraga las erogaciones primordiales de la administración y del ejército. No estamos para gastos imprevistos.

La cara esférica, blanca y cachetuda del cirujano se congestiona y, remeciendo las onduladas mechas que le rozan los hombros, exclama, con ímpetu:

—¡Caray! es primordial también combatir la lepra, enemigo capaz de terminar con un reino. Urge más esta campaña, que la de ir a matar portugueses a la Banda Oriental.

El gobernador replica, adusto:

—Don Manuel: la política es ramo de mi exclusiva incumbencia... En suma ¿qué cooperación pretende usted del Estado?

—Momentáneamente dos cosas: la construcción de un lazareto fuera de los ejidos, en terreno inmediato a la chácara de Pintado, y la expulsión de todos los incurables.

—¿Un lazareto? Encargaré, para recaudar contribuciones, al procurador síndico y al alguacil mayor. La gente está muy exprimida, pero hay, con todo, quienes pueden todavía soltar algún jugo: José Freyre de Andrade, Pascual Echagüe, Juan Luis de Iturraspe, Ramón Doldán...

—Si aflojan los cordones de la bolsa, tendremos lazareto.

—Se les hará aflojar.

—¿Y los incurables?

—¿Desterrarlos? ¿Quiénes son?

—Tengo la nómina.

El cirujano extrae de las faldetas del levitón una hoja de esmerada caligrafía y graciosos gavilanes.

El general lee y, con gesto de asombro, averigua:

—¿Todos éstos son incurables?

—Todos.

—Hay aquí mucha gente principal y muchos federales netos.

—Y leprosos de yapa.

—No puedo aplicarles una medida que es una condena.

—Entonces no se cortará el contagio.

—Déjeme la lista; lo resolveré.

—Estanislao: que el éxodo no sea sólo de la chusma; la lepra no repara en colores de sangre.

El cirujano se va, con la chistera puesta y el rebenque encajado en la bota de fuelle. Monta a caballo y piensa que no ha perdido la tarde.

En efecto, no la ha perdido. El síndico y el regidor recolectan ciento veintiún pesos. Pronto contará Santa Fe con su lazareto. Y el vicario Amenábar ha declarado que no tendrá embarazo alguno en bendecirlo; nada lo obliga a ello, pero considera la bondad de la obra.

Algunas canoas bogan cargadas de incurables. Los desembarcan en sitios solitarios de la costa entrerriana, con prevención de severos castigos si se les antoja regresar a Santa Fe. ¡Dolorosa tragedia la de esos infelices! Y, conforme lo temía el cirujano, sólo se conceptúan incurables a los plebeyos y a los sindicados de unitarismo. La política es así.

Las providencias sanitarias han despertado en la población inquietudes y aprensiones. Todos ven ahora el fantasma que antes no veían. Y se ha forjado también un arma nueva para destruir noviazgos y dañar enemigos. Es fácil echar el soplo de que éste o aquél es lazariento.

También se ocasionan entredichos oficiales. El Cabildo pide a la Junta de Representantes que franquee su beneplácito para declarar a San Roque patrono me-

nor de la Provincia. San Roque, protector de lacerados y apestados, tiene poderes para amparar a los santafesinos contra esas calamidades.

La Junta de Representantes se niega. Es materia delicada gravar al público con un nuevo precepto religioso cuando, en la corrupción del siglo, no se cumplen las vigentes. Y recomienda a los cabildantes deliberada circunspección y asesoramiento de teólogos.

Don Sebastián Puig, del Cabildo, y don Juan Manuel Aldao, de la Junta, dilucidaron el tema en la talabartería de Quevedo. No conciliaron sus opiniones y estuvieron a un jeme de pegarse con unas guascas.

Pero estas ingratas desinteligencias de los cuerpos colegiados sirven siquiera para acendrar más la devoción pública. Sale continuamente San Roque de las penumbras de la Matriz con su bordón y su perro y, seguido de una muchedumbre emocionada y rezadora, gira por la plaza bajo la luz del sol. Isabelita Maciel y las muchachas de Larramendi le han preparado, para las estaciones, unos lindos altares frente a sus viviendas.

Las súplicas han sido escuchadas. El maestro cirujano hace saber al gobernador que la situación mejora. La sacada fuera de la provincia de gran parte de los incurables y la concentración de los curables en la chácara de Pintado, ha detenido el contagio.

Los padres franciscanos — que tienen un leproso — ofician un *te-déum* en acción de gracias. Asiste el general López y lo mejor de la ciudad.

Don Manuel Rodríguez, con todas sus genialidades, es un dechado de pobreza digna, de austeridad profesional y de amor al prójimo. Lo ha probado una vez más, en estas duras circunstancias.

El comendador de los mercedarios, de visita en casa de los Arriolas, dice cuerdamente:

—Los maestros cirujanos del futuro Santa Fe, obrarán con justicia si exaltan la memoria de don Manuel Rodríguez, protomédico de mucho saber y fervorosa vocación.

A lo cual observa el mayor de los Arriolas, de conocida versación en letras humanas:

—Sin amenguar su decoro, el vulgo considera un tanto orate a nuestro protomédico. Y como, aunque el mundo cambie, las gentes, en lo íntimo, permanecen las mismas, será explicable que al facultativo de los tiempos venideros que se le ocurra canonizar civilmente a don Manuel, espejo de caballeros y de cirujanos, también lo motejen el vulgo y sus colegas (que el peor enemigo es el del oficio) de hombre sin brújula.

El padre comendador cierra el coloquio con un latinajo:

—*Mutato nomine.*

29

¡Hosanna! Repiques, coros, tracas, títeres y toros.

PASCUA de Resurrección!

Hay en la atmósfera vibraciones de júbilo y en los semblantes una expresión feliz. De la cabeza de las mujeres ha caído el negro rebozo y del brazo de los hombres el crespón, que también enlutaba el asta de las banderas y la empuñadura de los sables.

¡Pascua de Resurrección!

Se desentornan las puertas de calle, vuelven los cotones y los percales estampados a decorar los quicios de las tiendas y las cabalgaduras recobran su galope y sus corvetas. Otra vez los martillos baten los yunques, los vendedores sueltan su pregón, los muchachos algarean por las huertas y los transeúntes alzan las voces y se expanden con la gloria de la risa.

¡Pascua de Resurrección!

Las cornetas de los cuarteles modulan alegres dianas, los aldabones retumban ecoicos y los campaneros quiebran el cristal del aire con cascadas de bronce.

¡Pascua de Resurrección!

Después de tantos días de recogimiento, de angustia y de silencio se han desgarrado los paños luctuosos de los altares, y el alma de los creyentes —todo Santa Fe— se ha esclarecido con una luz de milagro.

—¡Cristo ha resucitado!— coreaban mujeres y hombres, grandes y chicos, y estallaban los manojos de cohetes y fogueaban en los fondos de las viviendas escopetas y pistolas.

Y ahora desfila con fuentones por las veredas el chinerío de las casas ricas; lleva recios manjares para cebar al vicario Amenábar, al padre comendador, al padre prior, al padre guardián.

El gobernador ha querido otorgar a su pueblo en esta pascua tranquila de 1824, la memorable diversión que se merece por su amor al sistema federal y su lealtad y obediencia a las autoridades. Y ha pensado en una de aquellas fiestas que tanto gustaban al difunto general Ramírez, Supremo Entrerriano: toros y títeres.

La plaza Matriz ha sido emparejada por cuadrillas de presos; y con una carretería colocada a la redonda se ha formado un circo, y más allá, con tablas y latones, un dispositivo para las comedias; cocos y percalinas, yuyos y ramas ornamentan los aparejos y cautivan los ojos con sus colorinches abigarrados.

A la tarde —tarde clara y apacible de abril— afluye el público ansioso. Esa ansiedad alcanza por igual a las clases altas y las clases bajas, que se acomodan en lugares distintos.

Al arribo del gobernador y su séquito, los músicos rompen con una marcha española. En el séquito —señoras y caballeros— viene don Domingo Cullen, diputado por los orientales, que al fin se agarró definitivamente a Santa Fe. El amor tira fuerte.

Se deplora la ausencia del doctor Pascual Diez de Andino, bachiller en artes y experto en tauromaquía y teatro. Está de duelo. Hace pocos meses, su padre, don Manuel Ignacio, finó de repente con la pluma mojada en tinta y la cara sobre el último pliego de sus memorias.

En el palco oficial —carreta que aún apesta a tabaco tarifeño— don Agustín de Iriondo capta la atención de los circunstantes. Reseña con mímica ilustrativa, las suertes y alardes de Pepeillo, a quien, siendo muy mozo, vió lidiar en la plaza de Bilbao.

Las damas, en corrillo, comentan y admiran el vestido lujoso de la gobernadora; es un fino obsequio de misa Encarnación Ezcurra de Rosas; se lo mandó con el ayudante Gálvez. Las modistas porteñas reciben figurines de París.

El general López levanta una mano y comienza la fiesta. Avanzan los toreros y el concurso aplaude, ríe y rebulle. Los lidiadores son gentes del lugar: Lorenzo Calcerrada, andaluz con tienda en la calle Santo Domingo, Genesio Freitas, pulpero portugués del barrio de Cantarranas, el monigotillo de la parroquia de San Antonio, Diego Buendía, cubano maestro de tapiales y algunos otros. Lucen ceñidos y arbitrarios trajes con galones y lentejuelas que les comunican un inevitable aspecto de mojigangas.

Se echan al redondel unos toretes guampudos y esqueléticos, traídos de los montes de Bragado. A fuerza de capeos y garrotazos cumplen de mala gana el impro-

visado oficio. Y ruedan por el polvo algunos lidiadores, y al portugués del barrio de Cantarranas con dos costillas rotas, hay que conducirlo a casa del maestro de cirujía.

De la función taurina se pasa al teatro. El titiritero —lo es fray Pablo Carrascosa— mueve los muñecos con unos piolines de espinel. Los personajes se agitan, discuten y riñen en la fábrica escénica; se sopapean con sus manos rígidas y luchan con sus espadas de palo. Los espectadores celebran con algazara ruidosa y emoción pueril las desdichas de los malos y las venturas de los buenos.

Y a las avemarías, cuando las sombras del crepúculo anegan ya el lugar, los santafesinos, contentos de la hermosa pascua vivida, que recordarán futuras crónicas, enderezan a sus casas.

En el lóbrego cañón de los zaguanes se perfilan las parejas de enamorados, y en la pulpería de don Francisco Leiva se arma una trifulca entre aborígenes y criollos.

Y alguno grita, caliente el garguero de caña:

—¡Viva Artigas, padre de los indios!

30

Muestra al mundo en las Misiones su grandeza y sus riñones.

Itaquí, julio 19 de 1828

QUERIDA mama: Esta es la primera carta que le escribo desde que salí de Santa Fe, va para dos meses y probablemente será la última porque ya emprendemos la vuelta. Así termina esta famosa expedición de nuestro brigadier general López a las Misiones Orientales.

Yo venía con la ilusión de iniciarme en la práctica de la guerra, matando brasileros. Pero está de Dios que regresaremos sin quemar un cartucho ni verle la cara al enemigo. El único militar brasilero que recuerdo, es aquel capitán Germán M. de Souza Araña que el general Lavalleja mandó prisionero a Santa Fe. Y era, sin duda, excelente persona el capitán Araña.

Hicimos un viaje fatigoso. No me arrepiento, sin embargo; he conocido sitios y cosas que no conocía. Yuyos y follajes son de un verdor profundo y nuevo,

y a cada paso corren arroyos transparentes, como de vidrio, y vuela la pajarería con colores de brasa y colores de añil. Las jornadas eran cansadoras porque había apuro en alcanzar al general Fructuoso Rivera, Don Frutos, según lo nombran, pero nunca padecimos hambre ni sed. Con estirar la mano teníamos, de sobra, frutas y agua de riquísimo sabor. Gente no encontrábamos; ignoro si los lugares son desiertos o los pobladores, temerosos, huían al rumor de nuestra tropa. Hemos solido ver, a los lejos, algunos indios que boleaban baguales.

Al general López le ha dado por distinguirme. Me ha puesto en funciones de asistente. Yo procuro hacerme digno de su confianza. He trabado amistad con Juan José Morcillo, escribiente del secretario Amézaga. Es un joven de despejo y esmerada caligrafía. Por lo que ven mis ojos y Morcillo me cuenta, estoy bastante enterado de los asuntos de la expedición.

En el viaje ha sufrido el brigadier el disgusto de las deserciones. Hasta llegar a Mandisoví se le escaparon infinidad de cordobeses y correntinos y unos pocos dragones de Santa Fe que, sin ganas de pelear, rumbearon todos, seguramente, para sus querencias. El brigadier ha mandado al gobernador sustituto la lista de los prófugos; si los captura, deberá ejecutarlos de acuerdo a las ordenanzas militares.

Hemos pasado por las ruinas de Yapeyú, cuna del general San Martín. Este personaje está ahora en Montevideo, agasajado por el general Lavalleja y sin re-

solverse a ir a Buenos Aires, disconforme, dicen, con la política de nuestro país.

Hemos visitado algunos otros pueblos interesantísimos; con el brigadier recé en la capillita de La Cruz que, por lo preciosa, a usted gustaría mucho, y ví allí mismo un reloj de sol con unas pinturas, que dudo haya mejores, de vírgenes y santos. Esto, parece mentira, es obra de salvajes dirigidos por padres jesuítas; Morcillo pronostica que todo perecerá por negligencia de los comarcanos y porque los gobiernos bastante preocupación tienen con los negocios de la guerra.

Al llegar a Itaquí creímos que el brigadier asumiría inmediatamente el mando del ejército nacional del Norte para operar en gran escala contra las tropas brasileras, con arreglo a las instrucciones recibidas y la autoridad de que lo ha investido el gobierno de Dorrego.

Pero enseguida se comprendió que Don Frutos no quería subordinarse al jefe santafesino ni obedecer a Buenos Aires. Fueron y vinieron oficios de un cuartel a otro sin lograr entenderse. Don Frutos arguye que Dorrego lo injuria con el mote de traidor y que, por consiguiente, rechaza toda orden emanada de ese Ejecutivo Nacional.

Hemos pensado varios días que la expedición formada para combatir a los brasileros, tal vez tuviese que combatir con los orientales y entrerrianos de Rivera. Esta perspectiva nos entusiasmaba menos, pero nos apron-

tábamos para seguir a cualquier parte al brigadier, que siempre llevó sus soldados a la victoria.

Se dejaron, por último, los papeles para dar, en conferencia de los dos generales, una salida final a situación tan apretada.

Y ayer vino don Frutos del otro lado del río a nuestro campamento, con escolta y secretarios. Usted lo conoce, mama. Es aquel señor rechoncho, cetrino, rudo, que sabía pasar todas las tardes por casa, con don Domingo Cullen, y se iba a tertuliar a la tienda de don Gregorio Echagüe. Pero muy diferente verlo allá, paisano pacífico, que aquí, de entorchados, con un ejército a sus espaldas y descubiertas sus ambiciones de dictador. Parece otro hombre.

Don Frutos se encerró como dos horas con el brigadier. A ratos un milico les llevaba mate y copitas de aguardiente de anís. Nos punzaba a todos la curiosidad.

Apenas Don Frutos se fué con su séquito, Morcillo me dió noticias. El caudillo oriental, intransigente, se negó a ceder la jefatura del ejército y, echando sapos y culebras contra Dorrego, Lavalleja y Oribe, invocó 18 años de eminentes servicios a la patria.

El brigadier debía entonces tomar el mando por las malas o abandonar el terreno a Don Frutos. Y el ejército del Brasil no perdería la oportunidad de caer sobre un enemigo desmoralizado por sus propias discordias.

Morcillo me observa que el brigadier imita en las

circunstancias al general San Martín; el gran capitán, disponiendo de fuerzas suficientes para conservar su dominio sobre el Perú, se retiró frente a Bolívar, que perseguía, después de todo, los mismos propósitos libertadores.

Ya se han dictado algunas medidas para levantar el campamento. Supongo que dentro de esta semana reanudaremos el camino que ya hicimos. Nuestra entrada en Santa Fe no será, desde luego, muy lucida; si no hemos sufrido como soldados ninguna derrota, la suerte no ha querido ofrecernos la ocasión de probar nuestro temple ni el acierto de nuestras lanzas. En realidad ha sido una expedición de mucho gasto y ningún provecho. Yo siento, sobre todo, la amargura que lo sucedido debe acarrear al brigadier, aunque él no transparenta sus contrariedades.

Le he oído a él una frase que me ha quedado grabada: "He cumplido mi deber, y no tengo embarazo en retirarme a mi Provincia con la satisfacción de haber tributado este servicio a la causa pública".

Dejemos estas cosas.

Mi pensamiento está con usted y la muchachada de allá. En las noches misioneras, tranquilas, misteriosas, con un cielo maravilloso por la multitud y esplendor de los luceros, toda mi imaginación se puebla de visiones de Santa Fe.

En este amanecer se quedó, casi de golpe, el cadete Saturnino Viana. Lo agarró un mal de cámaras, cuya gravedad no previó el cirujano del ejército. Es

de los Vianas que habitan en la calle nuestra, tirando para el Salado, a unas varas del sauce de las ánimas. Visite a los deudos y dé, con la cautela del caso, la noticia de esta malaventura.

No deje, mama, de mirarme los gallos de la huerta, especialmente aquel cenizo crestón, que, seguro, ganará mucha fama en la pista del reñidero.

Cierro la carta porque de repente saldrá el chasque con pliegos del brigadier.

Se hinca y le pide la bendición su hijo que la quiere y no la olvida

AGUCHO

31

Realiza otra vez el sueño de escarmentar al porteño.

Río de Las Conchas, 26 de abril de 1829

QUERIDA mama: Le escribo a la luz de una vela, atronado con los clarines y tambores que pregonan la victoria del brigadier general López. Me apresuro a decirle, para su tranquilidad, que he salido ileso de la batalla, fuera de un arañón de sable en la frente y cuya cicatriz podré ostentar con orgullo.

Hemos hecho duras marchas y contramarchas hasta alcanzar este glorioso desenlace. Primero fuimos en

busca del general Lavalle hasta el Carcarañá y, teniéndolo ya casi a la vista, volvimos sobre nuestros pasos. El general enemigo nos siguió hasta los Carrizales. Deseaba el brigadier maniobrar con sus montoneras en un suelo quebrado y conocido. Esa noche nos prevenimos para librar combate al amanecer. Y la luz del nuevo sol nos mostró que los porteños se habían retirado; brillaban allá las brasas en los fogones y había tropillas enteras de caballos muertos, envenenados con el mío-mío.

El general Lavalle advirtió que había sido llevado a un terreno inconveniente para sus tropas, y resolvió alejarse en punta de pie. Es él un perito en el arte de la guerra; sin embargo, nunca como entonces tuvo a su favor las probabilidades de ganar. Contaba con fuerzas muy superiores a las nuestras, santafesinos y entrerrianos pobres de elementos y de disciplina militar. Porque, a la verdad, las provincias lo han dejado solo al brigadier en esta peligrosa empresa. Temen comprometerse y que las cosas salgan mal.

Las partidas exploradoras capturaron la misma mañana a dos lanceros enemigos. Yo asistí al interrogatorio. Eran veteranos de Ituzaingó.

Los prisioneros dieron informes de escaso interés y, preguntados qué decía el general Lavalle, repusieron:

—Que tiene muchas ganas de toparse con López para quitarle las ínfulas con una buena sableada.

El brigadier sonrió y sólo dijo:

—¡Vamos a ver!

Yo pensé con horror que él, si cayera en las garras del enemigo, correría la suerte desgraciada del coronel Dorrego. Pero entonces todos los santafesinos sabríamos vengar su sangre.

A partir de Carrizales, el general Lavalle fué retrocediendo y nosotros avanzando. Evidentemente nos quería atraer él ahora a un campo más adecuado para la sableada prometida. Tengo visto que todo el juego táctico de estos ases de la guerra, consiste en llevar al rival con engañifas a un terreno inconveniente o a meterlo en la trampa de una emboscada. El medio poco varía: simular una reculada infeliz o la fuga de una derrota. Parece cuento que todos caigan, tan a menudo, como chorlos, en semejantes redes.

Entramos a territorio de Buenos Aires y, contra lo supuesto, recibimos ayudas y valiosas incorporaciones de milicias provinciales.

Mucho esperaba el brigadier del estanciero don José Manuel de Rosas, a quien nombró coronel del ejército y quien tenía encargo de organizar una división con paisanos del Sur de Buenos Aires, adictos a la causa federal. Según sus cálculos, esa división ya vendría a nuestro encuentro. Y así sucedió.

Tras días y días de caminar, siempre alertas, a las espaldas de Lavalle, vivaqueamos sobre el río de Las Conchas, ya sólo a siete leguas de la ciudad de Buenos Aires.

Yo he ido en todo el trayecto muy cerca del bri-

gadier. Satisface y honra servir a un superior de esa capacidad y esas virtudes. Enérgico como es, no usa expresiones zafadas ni deprime a sus subordinados. Se le ve sereno siempre, aún en los instantes de máximo peligro. Me apena mucho que, abrumado por graves preocupaciones, deba soportar el dolor de una ciática. No lo he oído quejarse, pero a menudo cruza por su cara la mueca del sufrimiento. Para su alivio, el cirujano del ejército le da bálsamos y fricaciones. El señor Rosas le ha prometido una receta casera que, dice, hace curas maravillosas.

Se situaron algunos piquetes de vigilancia en los pasos del río, y nosotros nos tumbamos en los recados. Estábamos molidos con el ajetreo del viaje. A una legua, a nuestra izquierda, acampaba la división del coronel Rosas y, como a tres leguas, a la derecha, el edecán don Pascual Echagüe con cuatrocientos coraceros.

Era noche cerrada cuando un fragor de pelea nos despertó con sobresalto. Del lado del puesto de Alvarez fogueaban los fusiles. Y al rato aparecieron algunos fugitivos: tropas numerosas de Lavalle atacaban por sorpresa al destacamento, apoderándose de la caballada de la milicia. Y en la obscuridad descubrieron los fugitivos que ese ejército ocupaba posiciones para una batalla general.

—Bueno —dijo el brigadier—, vamos a terminar con este asunto.

El resto de la noche transcurrió en preparativos. Y cuando alumbró la aurora estaba a nuestro frente el

adversario. El brigadier adelantó algunas guerrillas para hostigarlo. Yo permanecí en la línea, a caballo y la lanza en ristre.

Por fin iba yo a entrar en fuego y a desafiar la muerte. Y le confieso, mama, que sentía un frío de hielo por los lomos, un temblor en las pantorrillas y una sequedad ardiente en la garganta. Tenía miedo de tener miedo. Y me lo pasé rezando.

Eso duró poco. Los porteños empezaron a moverse lentamente, y, al observar por la izquierda a la división de Rosas —montoneros con cintillos colorados en las cabezas—, se detuvieron y cambiaron los frentes, escalonándose.

Formaron un cuadro, con sus jefes, sus bagajes y sus caballadas adentro y en los ángulos unas piezas de artillería. Los gauchos santafesinos y entrerrianos juntaron unos potros y, atándolos con lonjas de los pescuezos y de las colas, los largaron contra el cuadro. Los porteños los cañoneaban, pero asimismo muchos, enloquecidos, atropellaban y desbarataban las filas.

Por el lado del Oeste se levantó de pronto una polvoreda. El brigadier miró con el anteojo y, asegurado de que venía el edecán Echagüe con sus coracedos, el trompa de órdenes tocó a la carga.

Mama: enconmendado a la Virgen de Guadalupe, apreté los talones en los ijares y el puño en el asta de la lanza. Arrancó mi escuadrón como un pampero.

No puedo contar lo que ocurrió. Se arremolinan en mi memoria figuras, reflejos, alaridos; una confusión

de infierno. No me poseía otra ansia que la de matar y en mí ya se había disipado todo rastro de temor. En ese bochinche avertigante, hay algo, empero, que diviso con precisión y que acaso angustie mis sueños. Es una cara rubia de chiquilín —tal vez hijo de gringo— que me mira con pavor cuando le enderezo la lanza. Y calibro todavía el peso de su cuerpo, que saqué ensartado, limpiamente, de la montura, por las ancas de su caballo.

Me cegó después un velo rojo; la sangre me brotaba de la frente. Me curaron y vendaron. Dijeron que era una herida superficial.

El ejército de Lavalle ha sufrido una derrota. Pudo, sin embargo, por el puente de Márquez, repasar el río. Ahora va, a la desbandada, por los caminos de la ciudad.

El brigadier trasluce su alegría; ha vencido a un rival que manifestaba por él y sus soldados profundo menosprecio.

—Ahora tendrá Lavalle —ha dicho el brigadier— un motivo para ser más modesto.

Anda la versión de que regresaremos enseguida a Santa Fe; quedaría el señor Rosas, como porteño, para arreglar los asuntos de Buenos Aires.

No puede usted quejarse, mama, de falta de noticias mías, y agradézcaselo a mi maestro, don José Alcázar, que me enseñó a escribir.

Reciba un abrazo y un beso de su hijo que la quiere y no la olvida.

AGUCHO

32

Más que chuzas y pistolas
vale un buen tiro de bolas.

Fuerte del Tío, mayo 13 de 1831

QUERIDA mama: Ahora graduado de alférez sigo junto al brigadier. El capitán Cazales me vaticina una rápida carrera en el ejército. ¡El cielo lo oiga!

Me he concedido el lujo de un asistente o algo así. Es un muchachito, Tolentino Cisneros, nieto de la curandera del barrio de Cantarranas y uno de los nacidos en las iglesias cuando el gran susto de la invasión de Díaz Vélez. Se me muestra muy apegado y yo le enseño a leer en un "Arte de Nebrija" que traía conmigo.

Paso a una noticia que en Santa Fe celebrarán con triquitraques y campaneos.

Anteayer llegó un chasque: que a las oraciones del día 10 una partida de Pancho Reinafé apresó por los

montes al general Paz, que andaba casi solo. El autor de la proeza era un gaucho santafesino. Francisco Zeballos, que lo echó al suelo con un golpe de bolas.

Se alborotó el campamento. Fué una de dianas y chillidos. Pero el brigadier se acusaba bastante incrédulo, costándole concebir que el comandante de un ejército cayera, como un espía, en manos de las patrullas.

Sin embargo, así ha ocurrido. El general Paz arribó ayer, acompañado por don Pascual Echagüe, que le salió al encuentro. No parecía el personaje que es, con un pantalón de brin, un ponchito deshilachado sobre la camisa y un gorro de munición. Para mayor desaire montaba un sotreta sin otro apero que una caronilla.

El brigadier lo recibió en la puerta de su tienda; se dieron la mano y entraron ambos a conversar. No pudo evitarse que tipos guasos hicieran al prisionero muecas de burla y de amenaza y, sobre todo, el ademán del degüello. Créame, mama, que eso me produjo dolor y vergüenza como si yo fuera responsable.

Al cabo de dos horas el general fué al birlocho del brigadier, para darse un descanso. Yo me acerqué entonces, con Tolentino, a la ventanilla del coche. Me ofrecí para servirlo en cuanto pudiera y le manifesté mi condenación por la vileza de aquellos individuos de la tropa. Me agradeció con buenas palabras. Es un señor que, al menos en su desgracia, inspira simpatía. Tiene los ojos verdes, el cabello castaño y un lunar en el arranque de la nariz. Con esto le digo poco para representárselo. Usted lo verá.

Se estima que con esta prodigiosa captura se acaba la guerra. No hay en el ejército unitario quien sustituya al general Paz. Y éste ya ha despachado unos pieglos a los jefes de sus tropas; les expresa la disposición de ánimo del brigadier para que terminen las hostilidades y se entre en arreglos.

Es de carácter tan extraordinario este suceso que algunos, envidiosos del mérito de don Pancho Reinafé, insinúan que el general Paz, adrede, se ha dejado agarrar para no sufrir después la humillación de una derrota. Esto es una patraña. Sabe el general que a un jefe de su volumen y peligro se le fusila o se le encierra hasta la consumación de sus días. Yo no creo que el brigadier lo ejecute; no pensaría lo mismo si de él dispusiera el gobernador Rosas.

El brigadier respira satisfacción. Ahora entrará en Córdoba victorioso, sin necesidad de derramar sangre.

Benítez ha partido rumbo a Buenos Aires con la noticia. Es portador también para el gobernador Rosas del fiador y la manea del general Paz y de las bolas con que le trabaron el caballo. Un regalo de agradecer.

Esta tarde, después de las cuatro, se encaminará a Santa Fe el general Paz, con nutrida custodia. Allá lo pondrán en la Aduana. El brigadier ha comisionado para la conducción a Pedro Rodríguez del Fresno; debe usar éste con el prisionero cuanta consideración no perjudique a su seguridad. Don Pedro, usted lo conoce, es persona de bien y sabrá cumplir.

Deseo, mama, que disfrute de inmejorable salud y reciba un abrazo de este hijo que la quiere entrañablemente.

AGUCHO

33

Aunque asusta, desahoga
la tragedia de Quiroga.

ES un domingo de febrero de 1835.

Los palitroques brincan y los bolos resuenan sobre la empalizada. El público pregona sus apuestas y acoge con dicharachos joviales los aciertos y con burlas y muecas las pifias.

Goza de popularidad en Santa Fe el juego de bolos, y los días de fiesta se colma la cancha de aficionados y mirones. Hermanados por el mismo gusto, se confunden las diversas categorías sociales de la ciudad.

El Ayuntamiento ha intentado alguna vez combatir ese juego por los disturbios que suele ocasionar y el dinero que se fía a los albures. En ese sitio se tramaron conjuras políticas, según aquella que tuvo por remate el fusilamiento del coronel Obando. Pero las medidas autoritarias fueron innocuas o cayeron en desuso; señores influyentes aman esa diversión, y aunque se

propongan no ir parece que las piernas los llevan a la cancha contra su voluntad.

En esta tarde dominguera, la reunión se anima y bulle, y más por la clausura del reñidero a causa de infracciones fiscales de su concesionario. La gente sesteada y ociosa es propensa a la algazara.

Arroja el bolo don Bernardo Echagüe, mayordomo de la cofradía del Santísimo Sacramento, y tiene un pulso tan certero que hace ganar a cuantos apuestan a su tiro. Y enderezan y disponen los palitroques para la otra suerte, cuando entra, con mucha prisa, un ordenanza del gobierno. Busca al ministro general, don Domingo Cullen, que allí está, sentado, y entre sus pies el brillo de una onza patria, postura para otra vuelta.

El ordenanza le da un mensaje. El señor Cullen, siempre cuidadoso en el hablar, articula, sin embargo, una palabrota y se aplica un chirlo en la rodilla.

Luego susurra:

—¡Lo que me temía!

Dice breves palabras a unos caballeros y parte apresuradamente, mientras un manilargo de aire distraído afirma el talón de la bota sobre la onza patria que el ministro general ha dejado en el suelo.

El concurso comenta, aspaventero, la sensacional noticia: el general Juan Facundo Quiroga ha sido ultimado con toda su comitiva, en territorio de Córdoba. Así lo comunica al brigadier general López, en oficio que acaba de llegar, el gobernador de aquella

Provincia, don José Vicente Reinafé. El señor Reinafé lamenta lo sucedido, pero sus propias palabras trasuntan el alivio que le trae la eliminación de aquel temible personaje.

Hay en la cancha cabildantes, militares, sacerdotes, caballeros de versación en los negocios públicos, y todos convienen en que este nefando crimen quita un estorbo a la política de Santa Fe y simultáneamente apareja serios peligros. Columbran todos un complot de los hermanos Reinafé, sujetos capaces de fechorías de esa magnitud, y presienten también las inculpaciones y las sospechas que se urdirán. El gobernador Rosas querrá hacer pagar la sangre del general Quiroga, que iba de delegado suyo a tratar con Tucumán. Si no lo hace, a él mismo lo sindicarán los unitarios de instigador del tremendo delito.

Alguien observa:

—Es un compromiso para don Domingo Cullen. Disfruta fama de travieso, y mucho amistó con Pancho Reinafé, cuando éste anduvo por aquí. Hasta le regaló un bayo de su marca y de buena alzada. De esas circunstancias sacarán malas consecuencias sus enemigos.

—Nadie puede creer —replica otro— que don Domingo haya puesto mano en este asunto.

—Yo tampoco creo, pero quienes se interesan en perjudicarlo, fingirán creer.

—Y nadie ignora que don Domingo es cuñado y consejero único del gobernador.

—¡Su oráculo!

Un patricio repolludo protesta, revolviendo sus ojillos de rana:

—Destruyamos esa especie venenosa, inventada para deslucir las cualidades del Patriarca y acumular sobre la cabeza de su ministro y compañero nubes de tormenta. ¡Es deber de los buenos santafesinos!

—Ahuyentemos los temores. A la sombra del brigadier, nada grave puede ocurrirle a don Domingo.

—Sí, mientras el brigadier haga sombra —apunta el organista de San Francisco, agorero y gangoso.

Está allí un señor alto, de barba negra y rostro embebido. Y alguien, inoportuno, le dice:

—Su hermano saboreará como un caramelo la noticia.

El señor rechaza, contrariado:

—Absolutamente. Sólo injusticias y amenazas puede José María ver cernidas sobre sí como resultado de ese suceso.

El aludido caballero es don Julián Paz, hermano del general; éste ya lleva cuatro años de cautiverio en un calabozo de la Aduana. Don Julián se ha establecido en Santa Fe, para atender a su hermano, y se gana la vida con tráficos mercantiles.

—Va entrar un gran susto — conjectura un cabildante— a todos los gobernadores. Es fatal malquistarse con el señor Rosas, tan lleno de poder y empeñoso en sus designios. Y esos gobernadores, ya lo veo, se mostrarán muy celosos en execrar el delito y pe-

dir la muerte de los culpables; sin embargo, en lo íntimo, más de uno se regodeará; era sujeto de cuidado el caudillo de la Nioja.

—A mi juicio, no está muy segura sobre los hombros la cabeza de los Reinafés. Si no son tontos, desde ya buscarán salvación en la huída.

Salen los caballeros, locuaces, y cuando el señor Paz toma otra dirección, alguno refiere:

—Yo visitaba a menudo al general Paz. Pero con su modo de ser... En todos los dichos sólo vé intrigas, intenciones de sondeos o embozados propósitos de mortificación. Hay que medirse mucho para conversarlo. Lástima, porque es hombre de chirumen y de lectura.

—Poco a poco se le han retirado todos, por eso, inclusive don Domingo y el señor Maciel.

El doctor Francisco Solano Cabrera, profesor de filosofía, excusa:

—Consideremos la situación del general, día y noche entre cuatro paredes, bajo llave y con la incertidumbre del porvenir. Es cosa de agriar el ánimo.

Ya ha entrado la noche. En las pulperías y casas de abasto los parroquianos beben y disputan. Canta una ronda de chiquillos. Pasa un jinete, al tranco: el animal con cintas y luciérnagas en las crines y en las ancas el bulto claro de la novia.

En la plaza se agrega al grupo el señor Cullen. El brigadier, muy preocupado, quedó en el Cabildo y expedirá un pliego de expresiones enérgicas al gober-

nador de Córdoba. Hay que poner de relieve, sin lugar a equívocos, con hechos y palabras, que Santa Fe no disculpa el asesinato ni apaña a los asesinos. Un duplicado del documento se pasará al señor Rosas, para que se entere.

Y en la obscuridad el señor Cullen gesticula y repite, patético:

—¡Muy grave! ¡Muy grave!

34

Entre dianas y galopes
regresa, enfermo, el gran López.

UN jinete trae la noticia al Cabildo: ya está el brigadier en el Paso, con su séquito.

Don Domingo Cullen imparte las últimas disposiciones para la recepción del gobernador propietario.

El brigadier marchó a Buenos Aires hace dos meses, en enero de este año de 1937, en procura de alivio a sus males y por instancias del doctor Lepper, médico de Rosas, que vino a asistirlo.

El brigadier descuida su salud. En campaña afronta todos los rigores de la intemperie y se enorgullece de compartir las fatigas de la tropa. Su dolencia la adquirió o la agravó en la expedición del invierno pasado contra los mocovíes. Sufrió días de frío bajo la mojadura de los aguaceros. A su vuelta, con dolor de cintura, fiebre intermitente y carraspera tenaz, su sue-

gro, el cirujano Rodríguez, dió la alarma. Descubría los anuncios de una enfermedad capaz de abatir a tan preciosa existencia. Para conjurar el peligro, medicinas y jaculatorias.

Muchas esperanzas se cifraron en ese viaje. Los médicos porteños, el cambio de clima, la despreocupación por los negocios del Estado, eran recursos propicios para su restablecimiento.

Llegaron crónicas de la acogida que pueblo y autoridades de Buenos Aires dispensaron al Patriarca de la Federación. Ovaciones, embanderamientos, músicas y agasajos sociales. Se supo que no sentó bien la ausencia del cintillo colorado en el uniforme del jefe santafesino y que el señor Rosas se abstuvo de atender personalmente a su "querido compañero". Los unitarios difunden que Rosas profesa un odio africano al caudillo, acaso futuro rival, y el señor Rosas ha aducido en su descargo el temor de perjudicar la importante salud de su huésped con los temas del servicio público.

Frente a la vivienda del brigadier forman las compañías de blandengues y dragones. La cuadra está atestada de populacho —cabezas greñudas y sombreros de torta— y en la puerta se reúne el gobernador sustituto con los diputados, los cabildantes, los jueces, los rectores de los conventos. A lo lejos la arena de la calle, bañada de sol, finge un río de cristal, y pasan las sombras veloces de los patos que surcan las alturas.

Se divisa la polvoreda de los vehículos y las escoltas. Ya viene el brigadier. Música, cohetes, gritería.

El carruaje principal para al borde de la vereda. Desciende el Patriarca apoyado en el brazo de la gobernadora y del doctor Lepper. Lo sigue el coronel Cuitiño, espaldero del señor Rosas.

Aplausos; y todos disfrazan una angustia: el brigadier, demacrado y débil, no revela ninguna mejoría.

En el patio, bajo el tamizado resplandor del toldo, se ha puesto una mesa para los visitantes. Licores con bizcochuelos y tabletas, hechuras de Leonor Aldao y Javiera Larramendi.

No acaban las frases de bienvenida ni los sonoros besos de las damas en los carrillos de las viajeras. Y preguntas y más preguntas, preguntas a veces bobaliconas sobre la vida y las cosas de ese Buenos Aires remoto.

Chinas y esclavas, lucientes las dentaduras, trasiegan por los patios y los cofres y líos del equipaje. Y cuatro mestizos astrosos jipan balumados con un mueble de charoladas brillazones: el primer piano que sonará en Santa Fe.

El brigadier se ha retirado a una pieza interior; necesita conversar con el señor Cullen. Mañana mismo reasumirá el mando.

En el patio, los circunstantes dialogan. Las caras reflejan la decepción que ha ocasionado el físico del brigadier. Tal vez todo sea la laxitud de la larga travesía.

Llega el Capitán Elliot. Es comandante del buque *Fly*, de su Majestad Británica, y desea entrevistar al

brigadier, en visita de cortesía.

El marino le recomienda el cuidado de su preciosa salud y el brigadier declara con magnífica austeridad de prócer:

—Primeramente la salud común. Mis esmeros y desvelos se encaminan a disfrutar la pura gloria de ver a mi patria restablecida y sus hijos beneméritos abundantes en recursos y bendiciones celestiales.

Poco habituado a las fraseologías de testamento político, el inglés dilata los ojos y aprueba con un ademán.

Y después de unos minutos de conversación, gentes de la casa, cumplimenteras, guían al forastero a la mesa del patio. Allí el juez don Sebastián Picazo interroga, indiscreto:

—Cuéntenos, capitán ¿qué piensa usted de nuestro gobernador?

Y el capitán dice entonces, lisonjero:

—Deploraría abandonar la América del Sur sin ver a un hombre tan notable; su apariencia y lenguaje denotan al patriota y al hombre de juicio.

Luego, respondiendo a una pregunta ineludible, manifiesta con el aplomo y la sospechosa sinceridad de un viajero ilustre:

—Es la santafesina, entre las muchas mujeres que conozco, la que más vivamente impresiona por su beldad y sus virtudes.

El autorizado dictamen provoca gestos de asentimiento y orgullosa satisfacción; y hacia el huésped van

las manos solícitas con un dulce en la punta de los dedos.

Don Cayetano Echagüe observa:

—El brigadier fué siempre muy afecto a los europeos de la Inglaterra, cuando son instruídos. Le interesa saber cómo se cuecen las habas por aquellos mundos.

El juez Basavilbaso, hombre meticuloso, desaprueba la chabacanería de esa frase con un titubeo de cabeza.

El capitán Elliot platica largamente, en su idioma, con el doctor Lepper, que fué médico de la Marina británica y vino al país el año 24.

El coronel Cuitiño, anguloso y patilludo, regresará en esta semana a Buenos Aires. Llevará al señor Rosas (delicado recuerdo del brigadier) una jerga federal, obra de industria santafesina.

Los visitantes se van; ya ellos han cumplido y el brigadier necesita reposo.

El señor Cullen, poseído por silenciosas aprensiones, se dirige a su despacho. En la esquina de la plaza ve, confidenciales, misteriosos, al doctor Lepper y al coronel Cuitiño. Los saluda con un galerazo y no puede evitar un pensamiento inquietante y acusador:

—¡Espías de Rosas!

35

Alza la invencible mano
para enfrenar al Tirano.

EN la puerta del Cabildo espera la volanta que llevará al ministro general señor Cullen a Buenos Aires. La escolta de blandengues lo acompañará hasta el Arroyo del Medio.

El señor Cullen conferencia con el gobernador. El sol otoñal esmalta la alfombra y de rebote echa un reflejo dorado en el decaído semblante del brigadier.

La salud del brigadier aumenta los recelos. Poco logran la ciencia y cuidados del profesor de Medicina señor Rodríguez. Fué el enfermo a San Pedro, antiguamente Añapiré, a repararse con la paz del lugar y el olvido del mundo. No mejoró. Curanderas y ensalmadores le dieron allá bizmas y conjuros, sin consecuencias bienhechoras.

Y cuanto intenta por ahuyentar sus preocupaciones esenciales, resulta vano. Su pensamiento y su voluntad sólo actúan para el servicio público.

Divisa en los horizontes políticos obscuros presagios. La influencia del señor Rosas cobra cuerpo y se cierne amenazadora sobre los destinos y la independencia de Santa Fe. Urge refrenarla.

El señor Rosas le escribe cartas de fervoroso aparcerismo y admiración hiperbólica. La perspicacia y el conocimiento de los hombres son cualidades innatas del

brigadier; y columbra entre tanto halago retórico un espíritu de falsía y enemistad. Evidentemente, el señor Rosas adivina en el gobernador vitalicio de Santa Fe el mayor obstáculo para sus planes de dominación.

Ahora mismo el brigadier confía al señor Cullen una misión en extremo delicada, con la dignidad de ministro plenipotenciario de Santa Fe. Es el primer paso para restringir las peligrosas atribuciones que ejercita el gobernador de Buenos Aires y, por ese camino, cortarle las alas.

—Usted lo visita a Rosas —expresa el brigadier— y si se lo impiden, según lo probable, trata con el ministro Arana. Don Felipe es caballero de comprensión y buenos dotes. Le pone delante de los ojos, bien patentemente, las pretensiones de este Gobierno.

—Bien patentemente, pero con mucho tino. El asunto está erizado de riesgos.

—¿Qué riesgos? Si Rosas se rehusa a gestionar el levantamiento del bloqueo francés, como es seguro, usted, ministro plenipotenciario, se comunica directamente con el almirante Leblanc. El jefe de la escuadra estará en disposición para un buen entendimiento. Las provincias litorales no pueden aceptar en sus intereses tantos perjuicios por la obstinación del gobernador de Buenos Aires. Y no demoremos en hacer sentir nuestra autoridad de Estado autónomo.

—¿Y qué ocurrirá después? —interroga el señor Cullen, asaltado por trágicos barruntos.

—¿Se asusta? Rosas no se animará a venir abierta-

mente contra nosotros, y, supuesto que venga, no olvide que Santa Fe fué siempre la tumba de sus agresores.

El señor Cullen aprueba con un gesto esa imagen de himno patriótico, y repone:

—Esos son los riesgos; una guerra...

—Si toleramos a Rosas en el uso de su soberana voluntad, se hará señor de la República. Y sería fatal. Es un compatriota de muchas ambiciones y de pocos miramientos. Lo he calado hondo. No tendrá empacho en fusilar a todos cuantos se le atraviesen. El desmedido afán suyo por lo rojo, se lo dicta el instinto.

—Yo obraré, don Estanislao, en consonancia con sus instrucciones. No será por omisión de diligencias si les llegan a faltar a los negocios brisas prósperas.

—Y entereza, Domingo. Evite que nos enerven con dilaciones. Tenemos el concurso de Berón Astrada y tendremos también el de Pascual Echagüe y de los demás gobernadores, siempre que nos vean proceder con firmeza y sin miedo.

Sigue el coloquio de los dos pro-hombres, ganados ahora por una envolvente felicidad. Examinan las perspectivas y relances previsibles de la trama sutil y procelosa que están tejiendo, y disponen las actitudes oportunas para cada contingencia. El señor Rosas padecerá un berrinche y la política general cambiará bruscamente sus derroteros.

El señor Cullen se despide. Lleva una cartera de papeles y en un brazo el poncho de vicuña. En la antesala lo reverencia un retablo de frailes: un trapen-

se, un trinitario, un agustino y un jerónimo; los manda el señor Rosas para que el brigadier los aplique a las necesidades espirituales de la provincia.

Cuando el ministro plenipotenciario de Santa Fe se mete en la volanta y el cochero fustiga los cuartagos y a su zaga trotan los blandengues, don Urbano de Iriondo, que discurre por la plaza bajo el sol, dice a su acompañante, fray Pablo Carrascosa, de la Orden franciscana:

—¡Pobre Domingo! En esta partida se juega el número uno. Y él bien lo sabe... Las comisiones azarosas y arrevesadas fueron siempre arrope para su gusto. Pero ¡qué Dios no lo prive del amparo de Estanislao!

El fraile apostilla, filosófico, con una remembrana bíblica:

—Es oficio ejemplar y heroico el de chivo emisario.

36

Fina glorioso y sereno.
¡Que Dios lo acoja en su seno!

DOBLAN las campanas de iglesias y conventos, y, a pausas, retumban los cañonazos.

Hay pavor en todas las caras y duelo en todos los corazones.

A las cuatro y media de la tarde ha entregado su

alma el brigadier general Estanislao López y Fonseca.

Gobernó veinte años y fué llamado, con el estilo de la época, el Patriarca de la Federación.

Amó, sobre todas las cosas, a Santa Fe, su país; y por amarlo le dió autonomía y bandera.

Venció a los generales más idóneos y valientes de su tiempo.

Fué generoso en la victoria y altivo en la adversidad.

Sobrio de costumbres, puro de intenciones, vivió cincuenta y un años y murió serenamente, abrazado a su fe.

Lo llora su pueblo.

Lo lloran sus *siriríes*.

Esta fecha aciaga la recoge la historia de la Provincia y la historia de la República: 15 de junio de 1838.

El porvenir dirá cuánto haya influído el luctuoso acontecimiento en los destinos de la patria.

Una sombra se proyecta y agranda sobre Santa Fe.

Una sombra fatídica.

Una sombra sangrienta.

¡Juan Manuel de Rosas!

el amor y la política

(los constituyentes del 53)

1. arribo

MEDIANDO septiembre de 1852, comienzan a llegar a Santa Fe, ya derrumbado el poderío de Rosas, los delegados de las Provincias a la Convención Constituyente.

Diligencias y berlinas surcan la calle del Comercio. En pos galopa una escolta de milicos forasteros —chuzo en la mano, tercerola en la espalda—, custodiando desde su provincia al representante que se bambolea en el coche, rendido por la fatiga de un largo andar. Y a las aberturas de viviendas y pulperías asoman los santafesinos para atisbar al arribante y tejer luego el comentario de las tertulias.

Los armatostes vienen rodando los ásperos caminos desde Tucumán y Córdoba, bien engrasados los ejes; su chirrido, en el sosiego de las noches, puede advertir a la indiada belicosa o al gauchaje alzado el tránsito de los viajeros. Algunos de estos transeúntes ya han moli-

do sus huesos, para alcanzar aquellas capitales, con las lentas y tediosas marchas a tiro de bueyes desde las provincias cuyanas, desde La Rioja, desde Jujuy.

Más afortunados son los delegados de las provincias mesopotánicas. Entrerrianos y correntinos desembarcan de los veleros en la costa gredosa del Campito y, deslizándose entre la ranchada rústica y prolífera de ese suburbio, caen a la plaza Matriz, donde se abren las arcadas del Cabildo.

Los vehículos paran allí. Postillones tiznados con el polvo y curtidos con la inclemencia de la travesía, desmontan las jadeantes cabalgaduras. Y el personaje que viene dentro de la caja, desciende y entra saludado por el centinela y recibido por el oficial mayor.

Los delegados discurren, en visita de cumplido, con don Domingo Crespo, gobernador y capitán general de Santa Fe; y luego, asistidos por algún funcionario de la administración, retornan a la calle en procura de hospedaje. Posarán en conventos y casas de familias principales; la ciudad carece de fondas dignas de personas de ese rango. Los representantes de Entre Ríos —el doctor Juan María Gutiérrez, porteño, y don Ruperto Pérez, paranaense— ocupan con los correntinos y delegados de otras provincias, las celdas del patio de los naranjos en el Colegio de los Jesuítas. El último mercedario, fray Plácido Camacho, ha fenecido meses antes. A esa fecha rige la casa el canónigo Miguel Vidal.

2. meditación

RUPERTO Pérez ha llegado esa tarde. Toca los treinta y dos años. Es alto de talle y angosto de espalda; una barba corrida pone marco a un semblante de traslúcida palidez. En su provincia goza la reputación de un hombre de carácter vigoroso y de inteligencia nutrida de lectura. En Santa Fe sábese que cuenta con la amistad del general Urquiza y que ha fundado y redacta en Paraná el *Iris Argentino*, candente hoja de oposición a la política rosista.

Los áulicos del gobernador Crespo han dicho con elogio en las reuniones del Cabildo:

—De Entre Ríos vienen dos púas bravas.

No obstante su buen continente, Ruperto Pérez no interesa a las niñas de la ciudad que lo acoge. Es casado. Su esposa, María Coll, santafesina, habita con sus chicos, Nicanor y Dolores, una quinta de los alrededores de Bajada Grande.

El entrerriano cuelga de un clavo su galerón piloso y del respaldo de una silla su levita. De rostro a la puerta de la celda, lía la chala de un cigarrillo y, la vista perdida entre los naranjos llenos de perfume de azahar y bullicio de pájaros, se abisma en sus meditaciones.

El tiempo adelanta. Las sombras de ese primer crepúsculo de su arribo a Santa Fe, anegan el patio. Ya sólo horadan la obscuridad el blancor de las flores y el

parpadeante carbunclo de las luciérnagas. El distante cuartel de la Aduana levanta un son de corneta y los badajazos de la Merced, de la Matriz, de San Francisco, de Santo Domingo esparcen en la magia del ambiente sus palpitaciones de bronce.

Ruperto Pérez da lumbre al velón; escribe a los de su casa.

Apenas llenado el pliego y chupada la tinta con la arenilla, entra a la celda el doctor Juan María Gutiérrez para anunciar que un criado lo busca. Se tiene dispuesto que los dos señores entrerrianos se alojen en el colegio y se alimenten en la mesa de misia Manuela Diez de Andino. Esta dama, entrada en ancianidad, mora con los suyos a cinco cuadras, tirando al Sur. Ha amadrinado, ocho años antes, la boda de María Coll con Ruperto Pérez.

Ambos caballeros, guiados por el sirviente, van a lo de misia Manuela Diez de Andino, y cercana la medianoche regresan al convento.

Algunas luces brillan en las celdas del patio de los naranjos. El resplandor oscilante y rojizo de los velones baña las caras de los huéspedes torcidas sobre el libro abierto o sobre la hoja de papel que raspea la pluma de ave. Esos modestos señores, cuyos nombres recogerá la historia y cuyas figuras grabarán los litógrafos, velan en el sortilegio de la noche santafesina y entre las rasas paredes de la celda frailesca. Pensarán en los seres que dejaron lejos, pensarán en las dificultades de la obra que deben acometer... Y se apaga una luz tras

otra luz y por fin recobran su imperio en el lugar la quietud y las sombras.

3. sermón y volatines

CON el último día de setiembre está ya en Santa Fe la mayoría de los delegados. En esa fecha se solemniza a San Jerónimo, patrono de la ciudad. Los devotos, la totalidad de la población, acuden a la Catedral para rogar por la ventura de los santafesinos y el advenimiento de tiempos bonancibles. Se encienden luminarias y regalan oropeles a la imagen de talla del patrono. El santo patrono, desnudo y patético, posa una rodilla en el polvo y muestra el corazón encerrado en un puño. El cura encargado del sermón se amilana. ¿Cómo hablar, sin los dones de la elocuencia, a un auditorio donde están los convencionales, maestros de la palabra y del saber? Y en su lugar trepa al púlpito el padre Francisco Magesté, que fué jesuíta y ha secularizado. En la penumbra del recinto hace sonar, en arrebatada improvisación, sus abiertas vocales catalanas. Están presentes las autoridades y un bulto de convencionales. En alfombrines y reclinatorios se hincan las señoras y señoritas de la ciudad, presas en el aro vistoso del miriñaque.

Esa misma tarde, siguiendo las celebraciones, hay volatines en la plaza mayor. Colócanse los aparejos: trapecios, barras y una enorme esfera estañada. Una

maroma describe su parábola desde la torre de la Merced hasta el centro de la pista. En tejados y balcones aguaitan racimos de curiosos. Multitud de espectadores se reúnen a la redonda del circo. Los niños se empinan en brazos de las madres para ver a los pruebistas, encendidos de talcos y lentejuelas. Los acróbatas dan tumbas carnero, voltejean en los trapecios, se equilibran sobre el globo plateado. Pero la sensación más fuerte la suscita la bella Natalia, deslizando sus botinas de raso por la cuerda floja, en los puños el balancín y el escorzo de una milagrosa aparición que baja de los cielos. Brota en todos los pechos un sobresalto angustioso de catástrofe. Y la funámbula ya en piso firme, tira el balancín a la arena y con los dedos unos besitos al público atónito, inclusive a los sacerdotes apostados en los techos de las dos iglesias. Una aclamación unánime de admiración y alivio estremece la atmósfera primaveral. Bandadas salen con azoro de los naranjos; las mariposas de papel de unos barriletes cabecean en las alturas. Y los convencionales del 53, pegados a los balaustres del Cabildo, agitan al aire los pañuelos; y bajo los tiesos solapones de aquellas levitas más de un corazón romántico apresura su ritmo en homenaje a la belleza de la bella Natalia.

4. tertulias

AVANZA la estación; llegan los calores. Los convencionales se visitan, nacen amistades o antipatías y apuntan las corrientes contradictorias que aparecerán en la asamblea constituyente.

En el patio de los naranjos varios de ellos se congregan a menudo. Despojados de la levita, que cuelgan de alguna rama, reposan en los asientos, aflojan el lazo del corbatín y se abanican con las galeras. El doctor Juan María Gutiérrez va leyendo y traduciendo pausadamente al castellano unos volúmenes ingleses de Derecho Constitucional, auxiliado por Salvador del Carril y José Benjamín Gorostiaga, que algo saben de aquella lengua. A veces discuten la interpretación de un giro, consultan el diccionario y accionan animadamente; y en medio de la discusión rezonga a ratos la bombilla del mate que ceba el canónigo Vidal. En esos desacuerdos idiomáticos asiste al doctor Gutiérrez la autoridad de haber viajado con el doctor Alberdi por las capitales de la Europa.

Comentan también la actitud díscola del gobierno de Buenos Aires y conjeturan los acontecimientos que pueden sobrevenir.

—Les guste o no les guste a los porteños, tendremos Constitución— opina un caballero con tonada riojana.

—No, deniega el Dr. Facundo Zuviría—. La Constitución no podremos elaborarla si no contamos con la adhesión de la provincia de Buenos Aires. Es indispensable la presencia y la influencia de sus hombres en la Confederación.

Algún otro disiente con esa tesis. Y así se acusan, en aspecto tan substancial, dos tendencias encontradas entre los representantes de las provincias.

Pero no son estos temas graves los exclusivos que adoban el ocio de los contertulios. También platican frívolamente de amor y pasatiempos. Alguien nombra a Emilia López y un flujo de sangre enrojece la cara del doctor Salustiano Zavalía, de Tucumán, viudo y maduro. Escrutando al doctor Gutiérrez, alguien elogia los encantos de Jerónima Cullen, y el aludido procura nerviosamente otro cauce a la conversación.

Los días se alargan y cada cual escoge entretenimientos de su gusto. Los transeúntes suelen observar a algún delegado con los aparejos de pesca y, a rastras y relumbrando al sol, un patí, una boga, un amarillo...; o ven cruzar la plaza a algún representante cuyano que sienta en el antebrazo a un batará de riña; o divisan en la parte del Salado a algún otro convencional que, cazador de patos, trae al hombro la escopeta y en la mano una pelota de plumas.

En esas siestas el sol incendia los arenales de las calles, y centellean las abolladas bacías de los rapistas; hay en el espacio una vibración deslumbrante y soporosa que engendra más duendes y misterios que la no-

che. Entonces el aljibe de don Bartolomé Zavalla atrae a los forasteros. ¡Delicioso y famoso aljibe, como la cisterna bíblica! Es el único de la ciudad. En el centro del patio, brinda su agua una frescura y una limpidez de que carece el agua de los aguateros. Ninguno más asiduo y entusiasta que el doctor Luciano Torrent; bien es verdad —susurros de cotorreos— que no va el donoso correntino por sed de agua... Severa, la hija de don Bartolomé, escancia los vasos. Sed de amor...

5. patria

UN pliego del ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación notifica un deseo del general Urquiza: que la Convención Constituyente se instale el 20 de noviembre de este año. ¿Cómo es posible —arguye un grupo de delegados— que funcione la asamblea entre los preparativos militares y el estrépito de armas que viene del Sur? Anda *Mascarilla* conspirando —anarquista, desnaturalizado, apodan a Juan Pablo López los papeles oficiales—, y el general Santiago Oroño moviliza las gentes de Rosario para vadear con ellas el arroyo del Medio.

Y en esa fecha, contra todas las objecciones, la Constituyente se convoca. El general Urquiza no concurre a la ceremonia: debe detener la invasión de Ma-

dariaga y el avance de Hornos, encargados de desbaratar la Convención de Santa Fe.

Van entrando los delegados al Cabildo, con sus indumentos de mejor uso, la varita de ébano en las manos enguantadas y los pantalones tirantes con la trabilla. Don Ruperto Pérez se detiene a mirar un garfio clavado en una de las arcadas: allí se colgó un día la jaula con la cabeza lívida y barbuda del general Ramírez, Supremo Entrerriano. Más allá pende un estribo de bronce, trofeo que dejó un soldado de Lavalle, el año 40.

Los representantes se acomodan en los sillones de damasco punzó de la sala alta, frente a la mesa presidencial. Un Cristo extiende los brazos en el testero. En las lisas paredes de ladrillo cocido y cal de Paraná tiena una reverberación violenta la luz que viene del exterior. De la mitad del techo pende un quinqué con una bola de aceite de potro para alimentar los mecheros.

Afuera está formada la tropa provincial. Estallan los cohetes y se remonta la vocinglería regocijada del populacho. Desde las torres de las iglesias atalayan unos monagos, esperando la señal de los repiques.

En las salas laterales se congregan las damas santafesinas, federalas con Rosas, federalas con Urquiza. Polleras campanudas, mangas sopladas, redondos sombreros con ornamentos de ave; los mismos apatuscos y las mismas curvas amplias que la retórica de los oradores y que la rúbrica de los notarios.

Los ordenanzas van y vienen con los pocillos de té aromático y los vasos de panales. Trasundan también las botijuelas con el agua del aljibe de los Zavallas.

Ha llegado el ministro de Relaciones Exteriores don Luis J. de la Peña. Desde la tarima el gobernador y el capitán general lee, con el engolamiento apropiado a las circunstancias, el mensaje del Director Provisorio. Sus palabras caen en un silencio que apenas si interrumpe el leve crujir de ballenas de algún miriñaque. "Vosotros vais —dice— a reconstruir la patria, a restablecer el pacto de la familia dispersa, y yo el primero me adelanto a abrazar a mis hermanos y a venerar a mis antepasados". Al conjuro de esta frase, la emoción prende más honda en los auditores y toda la sala aplaude y vitorea el nombre del libertador, héroe de Caseros.

6. fervor

CON las primeras estrellas la concurrencia abandona el Cabildo y los piquetes talonean camino del cuartel. En la plaza, la plebe espía, abriboca, el desfile de los personajes y el atavío de las damas. Sale el gobernador con el ministro de Relaciones Exteriores, el presidente de la Convención doctor Facundo Zuviría y un grupo de delegados. La vivienda de don Domingo Crespo dista tres cuadras. Allá van los señores, discursivos, enjugándose las sienes con el pa-

ñuelo. A trechos les retarda el paso el doctor Juan Francisco Seguí que, gesticulador y polémico, encarando a don Santiago Derqui, refuta los textos de la Constitución norteamericana vertidos al español por García de Sena. Y como tal vez sospecha que dudan de su sindéresis, el inspirado y original tribuno exclama con enfático convencimiento:

—Deben enorgullecerse los santafesinos y toda la gente del litoral de tener un hombre de mi fuste.

Los caballeros entran a la morada del gobernador, en la mano las copaltas, rígidas, como latones. El patio exhala aromas de diamelas. El dueño de casa conduce a sus acompañantes a la mesa servida, donde las llamas de las velas de sebo irisan el cristal de los caireles.

Ya muy madura la noche se marchan los convidados. Gutiérrez y Pérez con don Pedro Díaz de Colodrero y el general Ferré se dirigen a su alojamiento de los jesuítas. Brilla la brasa de los cigarros. El doctor Gutiérrez diserta con vehemente fervor patriótico sobre el preámbulo de la carta orgánica que debe darse a la Confederación. Cita autores y doctrinas. Sus oyentes callan. Acaso recelan del liberalismo filosófico del doctor Gutiérrez, oriundo de la escuela de Rivadavia.

Ya están los forasteros en sus celdas. Sólo fulge el candil que derrama su resplandor sobre el busto inclinado y la hoja de papel que escribe el doctor Gutiérrez; acaso anota las tesis jurídicas que desarrollará en las sucesivas controversias de la asamblea. Y si

nos aproximamos quedamente podremos leer, por encima de su hombro, en los negros caracteres de la tinta de agallas, estos inesperados renglones:

A ELLA

No me enamoró tu trato
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto
Que nació tal vez en mí.

7. idilios

Y se devanan los días. Los convencionales afrontan su labor. Sesionan por las tardes y por las noches. En la mesa presidencial despide claros reflejos, en contraste con el lóbrego corbatón, el rostro aquilino y rasurado del doctor Facundo Zuviría. Las discrepancias enardecen los ánimos y provocan fogosos discursos. Hablan, sin cohibirse, de Dios y de la Patria. Describen con los brazos anchurosos círculos para fortalecer la elocución y, alguna vez, para ahuyentar los insectos que en esas noches estivales zumban en la atmósfera de la sala y se queman en los mecheros. Suena la retreta; vienen brisas fragantes de las huertas del barrio y quizás el coro de una ronda infantil.

Así se ejecuta, tramo a tramo, la obra magna. Ca-

da capítulo trae problemas que atañen a la existencia y porvenir de la Confederación. Siguen el modelo norteamericano, de cuyas prescripciones se apartan a menudo, atentos a la peculiaridad de las costumbres y el estado de la cultura del mundo para el cual legislan. Ponen todos su saber, su prudencia y sus mejores pasiones al servicio del bien público.

Y esas abrumadoras preocupaciones no los privan, con todo, de amenos y livianos esparcimientos, que a veces derivan a peligrosas situaciones sentimentales. Así se urden idilios y noviazgos. Algunos de esos convencionales, los más mozos, suelen montar unos pingos coscojeros, los puntiagudos botines en los estribos y el alón de la levita sobre la grupa. Esos jinetes tienen una cuadra preferida, y a una reja de esa cuadra asoma una figura de mujer que remata en peinetón color caramelo. Una sonrisa de esos labios ilumina los arabescos de la reja, y el jinete, excitando los airosos corveteos de la cabalgadura, saluda con su imponente chimenea. Y esa niña y ese caballero se dicen las cosas de los enamorados en la retreta, en las tertulias familiares y, a la salida de misa de once, en el atrio de la Catedral.

Ruperto Pérez acompaña al doctor Gutiérrez a pasar y volver a pasar por la casa de las chicas Cullen, en cuya vereda suelen tropezarse con un joven rollizo y corto de estatura —Nicasio Oroño— que anda en parecido lance de amor. El doctor Gutiérrez olvida en las circunstancias los temas constitucionales

para gustar tópicos menos graves y menos áridos: recita versos propios y versos de Espronceda y Manuel J. Quintana. También suelen divisar por los contornos al doctor Torrent, que ahora tiene, para rimar el paso, a Félix Constanzó, de Paraná, cortejante de Telma Zavalla.

Pero no descuidan esos hombres sus deberes oficiales. Sin embargo, alguna vez el ujier del Cabildo ha debido avisar al doctor Zavalía la apertura de la sesión: el doctor Zavalía, en casa de las López, tocando la guitarra y cantando aires tucumanos, pierde con facilidad la noción de la hora.

8. penurias

EL tratamiento de los artículos religiosos motiva en todos los sitios comentarios y discusiones con la ardorosa participación de las mujeres. El doctor Leiva ha querido que se introduzcan en los textos las profesiones de fe. Es un sacerdote precisamente —el padre Lavaisse, de Santiago del Estero —, quien le ha salido al cruce. Ha sostenido este sacerdote que la Constitución no puede intervenir en las conciencias, sino regular solamente el culto exterior. Lo que ha producido deplorable efecto es la actitud del doctor José Benjamín Gorostiaga, también de Santiago del Estero, propugnador de la libertad de cultos. Este san-

tiagueño se ha enajenado con la ocurrencia la simpatía de la gente de la ciudad. Ya por ahí lo tildan de hereje y, para conjurarlo, algunos, a su paso, cruzan dos dedos. El doctor Gorostiaga habita en los altos de la alfajorería de Merengo, y noches anteriores le han untado con suciedades el pasamano de su escalera.

Los convencionales dilatan su estada en la ciudad, y aunque la vida no es muy gravosa, de hábitos sobrios y rodeados de atenciones, siempre se gasta. Los gobiernos tienen exhaustos sus tesoros y además es mucha la distancia para remesar dinero. Los delegados de las provincias más lejanas no reciben ni un real. Los recursos que trajeron se agotan y comienzan a sufrir enojosos inconvenientes y privaciones. La ropa padece con el uso, y hay levitas despeluzadas y galeras que se arratonan. Ya alguno ha debido renunciar al vicio del rapé o del tabaco, y hay quien elude el pasaje de las calzadas porque el deterioro de las suelas da entrada a la arena. Los más afligidos son, explicablemente, quienes se han echado novia y aspiran a una esmerada presentación. Don Domingo Crespo ha tenido una inspiración dichosa que todos le agradecen: ha mandado a su hijo Nacho al convento de los jesuítas con un cartucho de bolivianos de su peculio particular para aliviar las situaciones de mayor apremio.

También algunos aceptan otras obligaciones. Verbigracia: don Ruperto Pérez va a recibir exámenes en la escuela del Estado. El preceptor de la escuela es don

Juan Nepomuceno Menacho, instructor de renovadas generaciones de santafesinos. Menacho profesa convicciones arraigadas en el ramo de la educación, y es en virtud de una reforma pedagógica dictada por la Honorable Junta de Representantes, que acaba de dimitir su empleo. La reforma prohibe que se azote con varas a los alumnos. El viejo maestro protesta al caballero entrerriano:

—¿Cómo cree usted posible que exista disciplina y los párvulos saquen buena letra si al preceptor se le quita su vara de membrillo? Con una vara se ha forjado el carácter y se ha llenado de sabiduría el entendimiento de todos los próceres de la independencia y de la Confederación. No reportarán beneficios las innovaciones de gentes avanzadas, espíritus envenenados con las teorías rivadavianas. Me pasma que un ciudadano de orden como don Urbano de Iriondo elija esos caminos extraviados.

Y don Juan Nepomuceno Menacho, firme en sus trece no ha querido reasumir el cargo de preceptor.

Otra disposición de gobierno que se achaca a las ideas modernistas que están desparramando en Santa Fe ciertos convencionales: la orden impartida a don Laurentino Candioti, capitán de Puerto y comandante de Resguardo, de impedir el embarque de chinas indígenas. Hay quienes, por moderado precio, atienden pedidos de chinas pampas para otros puertos y, en especial, para Bajada Grande. ¿Qué existe de reprobable en ese comercio? — preguntan muchos veci-

nos reputados de discretos. Y razonan: Si aquí tenemos sobra de chinas para el servicio ¿qué malo que se manden a donde faltan y a cambio entre a la ciudad dinero o especies?

9. júbilo

Y van corriendo los días y las semanas.

Fúndase el Club del Orden para promover, dice el acta, la mayor armonía entre los países del litoral. Celebrando el acontecimiento se baila en casa de don Mariano Comas. Hay piano, arpa, violín, clarinete. Las chinas del servicio, entre el tumulto de las parejas, distribuyen chocolate caliente y licor rosa y, para sopar, tabletas y bizcochuelos. También circulan pomposos mates de plata. Los sahumadores vierten hálitos de benjuí. Las llamas de las velas, multiplicadas por los espejos, arden en un ambiente turbio. Damas y caballeros lucen sus mejores requives y su mejor garbo. ¡Fiesta memorable! Se cuchichea el compromiso de tres constituyentes: Juan María Gutiérrez con Jerónima Cullen, Salustiano Zavalía con Emilia López y Luciano Torrent con Severa Zavalla. Se dice más: el doctor Torrent se incorporará definitivamente a la vida santafesina. Y el baile sigue, sigue ... La orquesta desgrana chotis, mazurcas, habaneras, minués federales hasta que alumbra el horizonte y se alborotan los

gallineros con sacudimientos de plumas y concursos de kikirikis.

Y las semanas forman meses, y ya emigran los mosquitos y la fronda de los naranjos se constela de esferas de oro. Y llega el 1º de mayo. Se ha jurado la Constitución. Guarnecen la plaza el piquete de policía, la Guardia de la Federación y caballería de los cantones del Sauce y de San Pedro. Bulle la multitud. Se agitan las banderas. En los balcones del Cabildo están los convencionales, puesto en medio el gobernador y el presidente de la asamblea. La banda toca el Himno Nacional, las cabezas se descubren y los niños de la escuela del Estado modulan el "Oíd mortales el grito sagrado" que se eleva como un sahumerio en el ámbito puro de la mañana otoñal. Luego las manos rebaten y las gargantas vitorean a la patria y al general Urquiza. Vibra el tolondón jubiloso de las campanas, en morteros y camaretas detona la pólvora y distante viene el retumbo de los cañones de la Aduana; hasta el gallito de hojalata clavado de veleta en el frontón de la iglesia Catedral parece aletear y erguirse, presto a saludar con su clarín a una aurora nueva para la grandeza de las Provincias Unidas.

Hay, sin embargo, por ahí, caballeros sazonados que, entre el alborozo dominante, sienten la mordedura de una cavilación. Evocan el discurso del doctor Zuviría, en la asamblea, opuesto a la inmediata sanción del estatuto. "Antes de dictar la Constitución —dijo— debemos sofocar la anarquía, cortar la gue-

rra civil, y restablecer la paz en la República si no queremos que una nueva anarquía y una sangrienta guerra civil sea el Te Deum que los pueblos canten a nuestra obra''. ¿Serán palabras proféticas o simplemente aprensiones infundadas de un gran patriota? ¿Chocarán las armas y se verterá la sangre de provincianos y porteños en lidia fraticida?

10. nostalgia

Y transcurre ese 1º de mayo, y poco a poco los convencionales, cumplida su misión, se alejan por los caminos fatigosos que ya hicieron, rumbo a sus provincias. Agregan a los equipajes unos alfajores de Merengo para que saboreen las esposas, las hijas, las novias que allá los esperan. Y llevan, sin duda, algo más: el recuerdo feliz de sus días de Santa Fe y el recuerdo de la hospitalidad afectuosa, cordial y noble de sus hogares. Alguno, sin embargo, queda captado por las seducciones del medio hasta la hora postrera; donde sólo fué a servir un mandato precario verá llegar la ancianidad; y otros retornan al solar nativo emparejados a una santafesina, y formarán una descendencia de inagotable renovación a través de los tiempos.

soldados y almaceneros

(historia de una ciudad)

soldados y almaceneros

1. tronco

LA goleta hendía el agua del Paraná y la brisa de la tarde labraba en las velas redondeces de torsos.

En la proa, el maestre de campo Francisco Javier de Echagüe y Andía, señaló con el brazo tendido un cantil desmatizado por la contraluz.

—A ese lugar —dijo— Francisco de Godoy trajo este año o el anterior un trozo de indios calchaquíes y una pequeña población de españoles y gentes de la tierra.

—No es sitio aparente —objetó el capitán Santiago Ontiveros y Sotomayor— para esas fundaciones. ¿Cómo puede medrar pueblo alguno entre Santa Fe y Buenos Aires?

Asintió el maestre de campo, agregando:

—En ese mismo paraje Juan de Ayolas puso el fuerte de Corpus Christi, hace ya dos siglos, y allí perecieron a manos de los salvajes gran porción de

conquistadores. Por último lo abandonaron desastrosamente.

—Sin embargo, en las presentes circunstancias no ha de ser, con todo, lugar más inseguro que Santa Fe.

—Lo propio creo, aunque me asista la esperanza de remediar las dificultades que nos agobian. Sabré persuadir al gobernador Zavala de la urgencia de los auxilios para frustrar la embestida de abipones y payaguaces y evitar ¡vergonzosa desdicha! la evacuación de una ciudad con siglo y medio de historia. Pondré todo mi celo y mi capacidad al servicio de la comisión; quedará conforme el Cabildo Capitular de Santa Fe.

Ontiveros y Sotomayor observó:

—Grupos de personas nos atisban desde lo alto de la barranca.

—Sí; serán vecinos del Pago de los Arroyos, gente de paz... Llevamos treinta horas de navegación. Daremos fondo. Bueno es descansar y avituallarnos.

La nave echó el ancla a una cuadra de la costa, portegida al socaire de una curva de la barranca. La marinería recogió los paños y en el cielo remoto nacieron las primeras estrellas. Con lenta pausa de bostezo sobrevino la noche, una de esas noches de América, profundas, inmóviles, cargadas de misterios y de efluvios silvestres.

Con el nuevo sol la goleta tocó la costa, y el maestre de campo y el capitán saltaron a tierra. Al término de una rampa encontraron el Pago de los Arroyos: a

la derecha, distante seis cuadras, las viviendas de los calchaquíes; a la izquierda, cercanamente, las viviendas de criollos y españoles.

Varias personas se presentaron a los arribantes. El capitán Valeriano Ximénez, alcalde de la Santa Hermandad, los guió, luego de conocida la categoría y designios de los forasteros, a la casa de don Francisco de Godoy.

A las puertas salían los habitadores. Saludos. Las gallinas picoteaban en la hierba y los perros daban la bienvenida con revoleos de rabo. El maestre de campo pudo reconocer a no pocos santafesinos que habían buscado amparo en ese rincón; otros, en carretas y con sus familias, emigraron ya a Buenos Aires.

Moraba el fundador una casa, como todas, de techo pajizo y paredes de ladrillo crudo. Era un caballero bajo de estatura y espaldas compactas. Revelaba la reciedumbre de quien lidia con las hostilidades de la naturaleza y las asechanzas de los hombres.

Francisco de Godoy dispensó a los visitantes afectuosa acogida. El capitán Ontiveros y Sotomayor únicamente vió, al unísono de un acelerado latir del pulso, la mirada obscura y centellante de una doncella adyacente al fundador. Esa doncella —crenchas castañas, semblante claro, caderas sólidas— se llamaba Pascuala Farías.

Fueron a la capilla. Estaba en el altar una tosca imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de antigua pertenencia de los calchaquíes. El maestre de cam-

po humilló devotamente el promontorio de sus cabellos y en su boca carnosa palpitaron unas oraciones: impetraba de esa Virgen buenos vientos para el viaje y buen ánimo del gobernador del Río de la Plata para los santafesinos.

Y al mediar el día y ya aprovisionada la goleta por la generosidad de los vecinos del Pago de los Arroyos, se encaminaron todos a la playa.

Fué entonces cuando el capitán Ontiveros y Sotomayor sufrió, en un tronco de ceibo, la luxación de un pie. Juiciosamente se determinó que permaneciera el accidentado en el Pago de los Arroyos. A su regreso de Buenos Aires el maestre de campo lo reembarcaría.

Momentos después la goleta enfilaba el medio del río Paraná, y el capitán Ontiveros y Sotomayor, a cuesta de dos vecinos, iba a hospedarse bajo el techo de don Nicolás Martínez, suegro del fundador.

Tendido en un sillón de caderas, vió el capitán transcurrir muchos días y vió otras tantas veces, sobre la blanqueada pared de adobe, el juego de una faja de sol que iba a quebrarse en el bronce de un mosquete.

Los amos cumplían espléndidamente los deberes de la hospitalidad. Procuraban al cuitado holguras y distracciones. Y el cuitado, imaginativo y laxo, refiguraba a la moza que, vista en la morada de don Francisco de Godoy, le había dejado un recuerdo tenaz.

Una tarde, tarde cumbre, lo visitó también Pascuala Farías, sobrina de don Nicolás Martínez. Platicaron, y con la plática surgieron las confidencias. Pascuala era, como el capitán, nacida en España. Llegó a América, a requerimiento de su tío, recién formado el caserío del Pago de los Arroyos. Su tío la reservaba a un caballero vizcaíno que, mientras ella cruzaba los mares, fallecía de una picadura de alimaña ponzoñosa. El capitán residía desde 1723 en el continente. Vino de Cádiz a ejercer su oficio de platero. Se estableció, por azar, en Santa Fe, y como allí había penuria de metales decidió, tras una campaña guerrera contra los indios, seguir la carrera de las armas. Y así acompañó en ese viaje al maestre de campo Francisco Javier Echagüe y Andía y así el destino dispuso su parada en el Pago de los Arroyos y luego, con la dislocación de un tobillo, su estancia definitiva.

Pascuala y el capitán tejieron un idilio.

Al cabo de tres meses el maestre de campo, remontando el río, tocó el Pago de los Arroyos en busca de Ontiveros y Sotomayor. Fué viva su sorpresa: el capitán había desposado a Pascuala Farías y, vuelto a su oficio, labraba unas hebillas para los zapatos de don Francisco de Godoy y utensilios domésticos para familias de pecunia.

El maestre de campo siguió aguas arriba, y en la quietud de ese andar, empapados los ojos con el verdor de las islas y el azul de la bóveda, trazaba planes y calculaba futuras contingencias. El gobernador Za-

vala fué pródigo en prometer; pero el comisionado del Cabildo Capitular presentía que los santafesinos sólo encontrarían salvación en su voluntad de sacrificio y en la potencia de su brazo.

El capitán Ontiveros y Sotomayor se advirtió cómodo y feliz en el Pago de los Arroyos. Ese aire delgado y ese cielo luminoso, le traían, por remedo, añoranzas de Cádiz, su ciudad natal.

Tenía su casa y su taller de platero. Fluían plácidos los días, y se arraigaba a ese pedazo de suelo con acendrado amor.

Vinieron los hijos; la maternidad sazonaba la belleza de Pascuala Farías.

Se propalaron las inmortales hazañas del general Francisco Echagüe y Andía, ahora caudillo y héroe y después gobernador. Con valor y sagacidad había aplastado a los infieles y librado a Santa Fe del saqueo y el suplicio. El platero pensó, con fugitivo desabrimiento, que él renunciaba a la gloria de servir al Rey y acaso a la gloria de figurar en los fastos históricos de estos países; viviría la vida opaca del artífice anónimo.

Entretanto la población del Pago de los Arroyos aumentaba con quienes venían a cultivar la tierra o ejercer otros oficios. Y el Pago de los Arroyos mudó de nombre. El cura Ambrosio de Alzugaray logró en 1731 permutar la imagen de Nuestra Señora de la Concepción con una escultura de Nuestra Señora del Rosario que veneraban los indios. En tales negociacio-

nes intervino Ontiveros y Sotomayor, asistido por Juan Frutos, alcalde de la Santa Hermandad. Y el lugar se llamó entonces Capilla del Rosario de los Arroyos. Este cambio lo aprobó después, en su primer visita pastoral, el obispo de Buenos Aires fray Juan de Arregui, que de paso confirmó al primogénito de los esposos Farías-Ontiveros.

Otro suceso sobresaliente: el traslado de los calchaquíes a la costa del río Carcarañá. No se estimaba ventajosa la vecindad inmediata de aborígenes con criollos y españoles. Ya se había fustigado desde la metrópoli la excesiva producción de mestizos en las colonias.

Los calchaquíes no resultaron perdidosos. Se les dotó de habitaciones, un oratorio y un fraile franciscano. Y el pueblo, titulado Calchaquí, pareció en alguna época ganar más importancia a la observación de los viajeros que la propia Capilla del Rosario de los Arroyos.

Y en la Capilla del Rosario se deslizaban con lisura los años de aquel siglo. Los días parejos. Novedades: la intriga de toda aglomeración humana, el nacer y el morir de las gentes, la langosta que desvasta los sembrados, la hormiga negra que roe los frutales, el tigre cebado que de regiones ignotas trajo un camalote... En ecos apagados y distantes llebagan los acontecimientos ordinariamente administrativos de Santa Fe y Buenos Aires.

Sin salir nunca del área de ese mundo, el capitán

Ontiveros y Sotomayor envejeció a la par del siglo, viendo espigarse y madurar a sus retoños, primera hornada de rosarinos.

Ya viudo y tras el goce de una ancianidad dilatada y sin alifafes, realizó el tránsito definitivo. En el momento de volver al polvo, se dijeron para el platero y el poblador unas frases de emocionada congoja; las dijo don Pedro Tuella y Mompesar, un aragonés allí avecinado y que padecía el raro achaque de preguntar fruslerías del pasado y plumear papeles en el sosiego de sus ocios.

2. hijo

EN el fondo de un bargueño se ha encontrado un rollo de papeles mordido por el tiempo y el trabajo de la polilla: es el diario personal de Santiago Ontiveros y Farías.

Los manuscritos están incompletos y frecuentemente ilegibles. No obstante —una lupa y acopio de paciencia —he conseguido descifrar algunos pasajes. Reproduzco varios fragmentos; la mayoría debo desecharlos, pues sólo aluden a los fenómenos meteóricos y a las dolencias reumáticas del memorialista.

Item más: el diario se corta de golpe, a la altura del año 1823, precisamente cuando la Capilla sube de rango. Debo suponer, dada la crecida edad del caba-

llero, que el percance lo ocasionó la muerte; no he tenido tiempo ni ganas de cerciorarme del óbito en los registros parroquiales de la iglesia Matriz del Rosario.

10 enero 1801. — Don Pedro Tuella me ha traído una relación del pueblo y jurisdicción del Rosario de los Arroyos. La destina al *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo* de Buenos Aires. La he leído y releído y puesto al margen nutridas acotaciones; lo induciré a corregir algunos textos y ampliar algunos capítulos. Esta tarde, después del baño en el río, ya al canto de las oraciones, los rosarinos nos habrán visto por las calles, a él y a mí, platicando y braceando desapoderadamente. Discutíamos el asunto. Don Pedro me aventaja en años y, de consiguiente, va para viejo; dispone, empero, de una imaginación pueril. Habiéndole cobrado a este terruño un amor cuyo tamaño supera al de los nativos, se regodea formulando pronósticos delirantes. Sueña: de aquí a un siglo o siglo y medio, este mismo suelo que pisamos sustentará a una de las ciudades principales del Virreinato, acaso con no menos de 50 mil almas. El prodigio lo obrará —cuentas suyas— el río ancho y profundo que viene desde la Asunción, los caminos de carretas que, arrancando del Norte, pasan por aquí, la feracidad de los campos colindantes y el privilegio de un clima suave y un cielo limpio, adecuado para captar europeos. Los lugareños lo suponen un tanto chi-

flado. ¡Pasarse días y noches escribiendo cosas que no dan de comer y averiguando cosas que a todos tienen sin cuidado! Pero es lo cierto que, aunque padezca algunas manías, razona de una suerte que en ocasiones causa pasmo.

30 julio 1803. — Ha llegado el ilustrísimo señor obispo de Buenos Aires doctor Benito Lué y Riega. Posa en la casa parroquial. He ido a besar el anillo episcopal con mi mujer, Elvira Vargas Machuca, y mi hijo Santiago, ya un doncel con despejo y buena caligrafía. Su ilustrísima es un señor amable en el trato e inflexible en cuanto concierne a su ministerio. Con aguda alacridad encareció la urgencia de acrecentar la devoción de Nuestra Señora del Rosario y de proclamar en toda sazón la fidelidad a Nuestro Amado Monarca. Con prelados de ese valimiento y esas virtudes, le esperan a nuestra Santa Iglesia días esplendorosos.

6 junio 1810. — De paso a Santa Fe, arribó esta mañana don Aristides Candioti. Dice que en Buenos Aires ha habido alborotos. Refiere que una tarde, no recuerda bien si el 25 ó el 26 del pasado mes de mayo, un bulto de gente díscolas se reunió en la plaza de la Victoria, pidiendo cabildo abierto y lanzando voces hostiles contra el señor virrey. Aunque este episodio carezca de trascendencia, yo lo reputo como síntoma de los tiempos que corren. Nada bueno puede venir

cuando se quebranta el respeto debido a las jerarquías y prenden en el populacho las ideas diabólicas de la revolución francesa.

27 febrero 1812. — Esta tarde fuí al bajo a cebar los anzuelos. Me acompañaba Ventura Correa, que supo ser alcalde de la Santa Hermandad. Nos acomodamos en una ensenadita, frente al Espinillo. Pica bien el pescado. Sacamos unos patíes que, sin mentir, pesan media arroba. Así da gusto mover los aparejos. A la vuelta observamos gran algazara en la batería Libertad. Formaban cuadro los dragones de la patria, el piquete de artillería y otras unidades. El general Belgrano, en el centro, enarbolaba una bandera blanca y azul y decía una arenga que no pudimos entender. Debía ser una ceremonia importante; estaba, rodeada de otros vecinos, el alcalde don Alejo Grandoli; luego detonaron con salvas de pólvora, fusiles y morteros. Don Pedro Urraco contó esta noche, en la pulpería de la plaza, que el general Belgrano ha inventado una bandera. ¿Una bandera es cosa de inventarse? A mi juicio, vamos mal. Apenas se compongan los negocios de la Península, nuestro Rey mandará buques y soldados al Río de la Plata. ¡Adiós entonces las ilusos y los rebeldes!

2 febrero 1813. — He sufrido un gran dolor y un gran desencanto. Mi hijo Santiago, sin autorización paterna y a despecho de mi insobornable fidelidad al

Rey, se ha ido hoy con las fuerzas de Celedonio Escalada, comandante militar de San Lorenzo. Ha llegado también esta mañana y proseguido después su marcha con igual rumbo un regimiento de granaderos a caballo. Lo he visitado a su jefe —el coronel San Martín— para reclamarle a mi hijo. Ese militar, mozo que representa poco más de 30 años, me deshaució: cuando la patria necesita soldados, el deber le impide oponerse al enganche de patriotas voluntarios. Las circunstancias no admitían discusiones y me retiré; ya el coronel montaba el caballo para partir. Toda la tropa ha tomado camino del Norte. Se presume que acecha a los once navíos españoles que, armados en guerra, remontaron la corriente hace pocos días. Santiago, con su desobediencia, se ha cerrado para siempre mi casa y mi corazón.

6 febrero 1813. — Hoy ha pasado, descendiendo el río, la escuadrilla real; ha pasado también, de vuelta a Buenos Aires, el regimiento de granaderos. Se ha librado un combate frente al convento de San Carlos, de los padres franciscanos, y se asegura que los marinos sufrieron un descalabro. Yo no ví desfilar a los granaderos, pero don José Valeriano Garay, que los vió, me cuenta que Santiago iba, cerca del coronel San Martín, vistiendo uniforme, y que hacía muy buena figura. Eso sí: mi enojo no me priva de reconocer que el muchacho tiene, como su abuelo, una magnífica planta. Yo no lo perdono, pero pido a Dios que

lo proteja en todos los peligros.

28 febrero 1814. — Pedro Tuella y Mompesar ha entregado hoy su alma al Señor. Yo pierdo a un invalorable amigo, y el pueblo del Rosario de los Arroyos pierde a un preclàro cronista. Acompañé su ataúd al cementerio, sito como a diez cuadras de la plaza, tirando al Noroeste.

28 diciembre 1815. — Se ha practicado un recuento de la población. En la Capilla del Rosario habitan 327 varones y 436 mujeres.

26 enero 1819. — Una enorme desdicha azota al Rosario de los Arroyos. El general Juan Ramón Balcarce, obligado a abandonar el pueblo por la proximidad de la caballería santafesina, ha ordenado el incendio de las viviendas. 164 ranchos de paja se han convertido en cenizas. Sólo quedan en pie la capilla y 16 casas con tejados. Procuramos facilitar los posibles alivios a tanta gente arrojada al desamparo. Hemos padecido con Elvira algunas horas de inenarrable angustia. Tendremos todos los rosarinos un recuerdo imperecedero de este suceso injusto y aterrador. Mientras escribo, en medio de la noche oigo voces de dolor y voces que claman venganza.

5 noviembre 1821. — Hemos recibido hoy una carta de Santiago. Está fechada en Lima; en esa ciudad

entró el ejército el 9 de pulio de este año. Es capitán del regimiento de granaderos. Ha hecho toda la campaña a las órdenes del general San Martín. La madre se ha sentido muy emocionada con las noticias del hijo; está orgullosa de él. Mis ideas y sentimientos se han modificado notablemente con el transcurrir de los años. El día que vuelva, si estoy aquí, encontrará mis brazos abiertos.

7 diciembre 1823. — Se ha leído públicamente, por el alcalde Santiago Correa, un acta de la Honorable Junta Representativa de la Provincia. En ella se concede a este pueblo el título de Ilustre y Fiel Villa y se reconoce solemnemente por patrona a Nuestra Señora del Rosario. En la ocasión dijo unas atinadas frases nuestro cura el doctor Pascual Silva Braga, hombre de mucha sindéresis. Se dispararon cohetes y hubo fiesta en la cancha de bochas. Día de júbilo. ¡Cuánto no hubiera gozado con este acontecimiento, si el cielo le prolonga la vida, el difunto don Pedro Tuella!

3. nieto

UNA tarde de junio Santiago Ontiveros y Vargas entró a la villa del Rosario. Venía con su esposa: Carmen Villademoros, peruana de ojos retintos y piel suavemente morena. Se habían ayuntado en Lima, y

allí quedaron cuando el general San Martín emprendió el regreso de su cruzada libertadora.

Trepaba ya el último Ontiveros la pendiente de los cuarenta años. Después de incesante rodar y batallar, sentía apetencia de sosiego. El sablazo que le tajó un hombro en las fragorosas cargas de Pichincha, le ocasionaba frecuentes y difusos dolores.

Sus padres ya no existían; primero se fué Santiago Ontiveros y Farías, después Elvira Vargas Machuca. Los dos habían alcanzado edad longeva. El capitán que volvía tras una ausencia dilatada y azarosa, habrí querido abrazar a aquellos viejos; habría querido que ellos conocieran y amaran a Carmen Villademoros, la hija que les traía de la ciudad de los Virreyes.

Desde el día en que marchó con las tropas de Escalada al combate de San Lorenzo, el Rosario, entonces capilla y ahora ilustre y fiel villa, mostraba algunos cambios, pero no precisamente progresos. Las levas y el constante reñir de los caudillos no eran estímulos para el desarrollo de la población. Después del incendio de 1819, por allí pasaron, depredando y apellidando guerra, algunos escuadrones del ejército auxiliar del Perú sublevado en Arequito, las caballerías de López y Ramírez camino de la victoria de Cepeda, las montoneras santafesinas que retornaban derrotadas por Manuel Dorrego en Pavón y las que iban a tomar el desquite al Gamonal; y en su ejido acamparon cinco días las tropas de Lavalle para alejarse y ser bati-

das en el Puente de Márquez. Por las inmediaciones de la villa, foseada y zanjeada, desfiló años más tarde el general unitario escueto, trágico, duro: lo conducía su estrella aciaga a la hecatombe de Quebracho Herrado y a la muerte ruín agazapada en una casucha jujeña. Ahora, afianzado en el mando el brigadier general Juan Manuel de Rosas, suponían los vecinos de la villa que alboreaba para ellos una era de tranquilidad. Las esperanzas las robustecían la presencia de Juan Pablo López en el Cabildo de Santa Fe; *Mascarilla*, que vivió en el Rosario, contaba entre los rosarinos con numerosos fieles.

Santiago Ontiveros y Vargas buscó alguna ocupación. Le habría sido fácil encontrarla en las filas del ejército federal. Pero prefería, en pos de tantos ajetreos militares, un quehacer sedentario. Tenía una cualidad notable: la buena letra; y se le asignó una plaza en el Juzgado de Paz, a las órdenes de don Juan José Benegas, para tirar oficios.

Fruto del matrimonio del santafesino con la peruana: una niña, Carmen Ontiveros y Villademoros, que fué creciendo y sazonándose con serena holgura. Y mientras crecía y se sazonaba, sucedían algunos acontecimientos: la caída de Rosas, el tránsito de la villa a la categoría de ciudad y la libre navegación de los ríos, base del engrandecimiento del Rosario.

Carmen Ontiveros y Villademoros, ya moza de 17 años, se unió con Humberto Gasparotti, muchacho genovés, dueño de un almacén de artículos marinos en

las inmediaciones de la Aduana.

Esta boda provocó la oposición paterna. El capitán y su mujer habrían preferido para su unigénita algún joven menos basto de indumentaria y modales y con antecedentes de familia en la ciudad. ¿No había acaso en la oficialidad de los piquetes y en las tiendas de paños de la calle Córdoba o de la calle Puerto muchos buenos partidos para las muchachas rosarinas? Pero cuando esas criaturas se encaprichan...

Carmen Villademoros de Ontiveros falleció; sus relaciones dijeron que a causa de disgusto. Los periódicos de la ciudad exaltaron las virtudes de la difunta y su ejemplar consagración a las obras de beneficencia.

El viudo siguió, hasta su último año, asistiendo a los *te-déums* y paradas militares de las fiestas patrias. El medallerío que en esas ocasiones lucía su pecho, certificaba su condición de auténtico guerrero de la independencia.

4. biznietos

EL hijo de Humberto Gasparotti y Carmen Ontiveros y Villademoros, recibió en la pila bautismal el nombre de sus antepasados rosarinos, aunque italianizado por costumbre hogareña. En su juventud fué Giácomo; en su edad provecta fué don Giácomo.

Heredó un poderoso establecimiento importador;

surtía con sus mercancías a las colonias de Santa Fe y a los comercios de las Provincias. Alguna vez debió el Gobierno servirse de los millones de esa firma para aliviar los ahogos de sus presupuestos.

A la par del comercio de don Giácomo, la prosperidad se enseñoreaba de la urbe naciente. La edificación se extendía horizontal y vertical. Ya empezaba a rebasar las fronteras, antes lejanas, de los dos bulevares: el bulevar Santafesino, paseo de coches y de jinetes en pingos corveteadores, y el bulevar Argentino con los rieles en medio. Y ya descollaban sobre el panorama de la ciudad, sacando lumbres de ascuas con el rol de la tarde, algunos miradores vidriados; y a numerosas causas se permitían competir en altura con las torres de Nuestra Señora del Rosario.

Los ferrocarriles, el puerto, la absorción de inteligencias y brazos y la energía tesonera de los moradores de la ciudad, creaban el milagro de la transformación.

Todo eso, algún estadígrafo laborioso y enamorado de su terruño, como don Gabriel Carrasco, lo puso en cifras comparativas y en láminas pueriles y de singular persuasión.

Vinieron luego los desbarajustes financieros del 90, las convulsiones armadas del 93, la sublevación militar del 95, las procelosas experiencias del comicio libre y posteriormente el colazo de la crisis mundial. Y a pesar de todos esos castigos, las fuerzas vitales de la admirable ciudad santafesina no se quebranta-

ron ni han de quebrantarse. Al pie de los rascacielos rueda la avalancha de los autos, se encienden y palpitan los letreros luminosos, dilátanse los barrios por los espacios abiertos, puéblase el río de ultramarinos y balandras, y todas las mañanas medio millón de seres madruga con optimismo para emprender su faena cotidiana.

¡Don Pedro Tuella y Mompesar se quedó corto en su predecir y en su soñar!

5. choznos

DON Giácomo reposa hoy en el cementerio de San Salvador. Un artista genovés ha labrado, para su fastuoso y merecido panteón, un busto de Carrara. El granito perpetúa, con lentes de oro y cuello de palomita, la figura terrena de ese benemérito propulsor de mi ciudad natal.

Y ahora hay comerciantes, políticos, doctores y hasta un poeta vanguardista entre la descendencia fluente de aquel capitán gaditano, Santiago Ontiveros y Sotomayor, que vino al Pago de los Arroyos en los días de don Francisco de Godoy.

Fin

orrea, Miquel Ángel
Aleluyas del brigadier

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY